
F. T. MARINETTI
MAFARKA
NOVELA DE AMOR
INTENSO

DEL MISMO AUTOR

Cómo se seducen las mujeres y se traicionan los hombres, traducción de Ju'io S. Giménez, 1 volumen de 192 páginas, en 8º, Editorial TOR.

F. T. MARINETTI

MAFARKA

NOVELA DE AMOR
—— INTENSO ——

Versión de Marcelino Ortiz



EDITORIAL TOR
Rio de Janeiro 760
BUENOS AIRES

F. T. MARINETTI FUNDADOR DEL FUTURISMO Y ACADEMICO DE ITALIA

Filippo Tommaso Marinetti nació en Alejandría, en Egipto, el 22 de diciembre de 1876. Estudió en su ciudad natal, terminó de bachiller en la Sorbona de París, y tomó la láurea de doctor en leyes en la Universidad de Pavía, siendo también abogado de la Universidad de Génova. Fundador del movimiento artístico que tomó el nombre de FUTURISMO, es miembro de la Academia de Italia desde el 18 de marzo de 1929, secretario de la Clase de Letras de la Academia desde el 27 de setiembre de 1929 y secretario del Sindicato Nacional de Escritores. Muy joven, ganó el primer premio en los "sábados popu-

lares" de Sarah Bernhardt en París con sus versos "Los viejos marineros".

En 1902 publica "La conquista delle stelle"; en 1905 inicia la publicación de la revista "Poesía" con Buzzi, Luccini, Cavacchioli, Folgore, Govoni, y otros. El 3 de abril de 1909 hace representar "Il re Baldoria" tragedia satírica, en el teatro de la "Opera" de París. El 20 de febrero de 1909 da vida al "Movimiento futurista" con el muy belicoso manifiesto publicado en "Le Figaro" y traducido en todos los idiomas del mundo. Sus ideas no sólo provocaron un intenso movimiento artístico en Italia, sino que, trascendiendo las fronteras geográficas, generaron en todos los países grupos o escuelas de orientación análoga que miraban a Marinetti como al Jefe inigualable. Las ideas del futurismo se pueden sintentizar así: Arte; vida explosiva; antimuseo; anticultura; antiacademia; antilógica; antigracioso; antisentimental; modernolatría; religión de la novedad; originalidad; velocidad; intuición e inconsciencia creadora; esplendor geométrico; estética de la máquina; heroísmo en el arte y en la vida; destrucción de la sintaxis; sensibilidad geométrica y numérica; solidificación del impresionismo; síntesis de forma-co-

lor; el espectador en el centro del cuadro; dinamismo plástico; estados de alma; físicopintura abstracta de sonidos, ruidos, olores, pesos y fuerzas misteriosas; revolución escolar; compenetración y simultaneidad de tiempo, espacio, lejos-cerca, exterior-interior, vividosoñado; arquitectura pura hierro cemento; imitación de la máquina; luz eléctrica decoratriz; síntesis teatrales sorpresivas sin técnica y sin psicología; simultaneidad escénica de alegre-triste, realidad-ensueño; drama de objetos; escenodinámica; danza aérea y teatro aéreo; arte de los ruidos; tablas táctiles y tactilismo; búsqueda de nuevos sentidos; palabras en libertad y síntesis teatrales táctiles y olfativas; cocina futurista sorpresiva original alegre antitradicional; protección de las máquinas; declamación sobre varios timbres; aeropoesía, aeropintura, aeromúsica, aeroteatro; medición de los valores artísticos en forma original y real; etc.

Fué el Futurismo quien organizó los primeros grupos de voluntarios que pidieron e hicieron la guerra al lado de Francia e Inglaterra en 1914, guerra en la cual Marinetti, como teniente de los "bombardieri" recibe la "Cruz de hierro", una "medalla de bronce" y otra medalla al valor como jefe de "auto-

blindate", una condecoración por las heridas recibidas en Zagora.

Después de la guerra mundial, entre una conferencia literaria y una "serata" de teatro a sorpresa, entre una exposición y un congreso de artistas, Marinetti dirigió las luchas en las plazas de Italia para valorizar la victoria de Fiume y Dalmacia; con Carli y Vecchi da vida a la asociación de los "Arditi"; con Piero Illari funda y dirige la revista "Rovente" que invadió el mundo en 5 idiomas; con Prampolini dirige la síntesis mundial "Noi" dedicada a las artes plásticas; con su esposa Benedetta, pintora y escritora de gran valor, organiza originales manifestaciones artísticas y con Piero Illari y Depero inicia la serie de los salones futuristas a las bienales de artes decorativas de Monza.

Voluntario con el grado de mayor en la guerra de Abisinia (1935-1936) combate en el Tembien las 3 más violentas batallas con los voluntarios de la legión "28 ottobre" siendo propuesto para el grado de coronel y para 2 medallas por méritos de guerra. Ha sido en el Tembien, cuando bajo el fuego abisinio el grande Poeta Futurista escribió el "Poema de la guerra en Africa Oriental" que saldrá a la venta en varios idiomas.

Sus máximas condecoraciones extranjeras son: la de Oficial de la Legión de Honor y de la de Gran Cordón de la orden de la Corona de Rumania.

Marinetti ha sido, además de animador, una Poesía viviente absolutamente nueva, espléndida de energías, en movimiento con sus pensamientos aceitados como un pistón, con sus imágenes a colores rielantes como las lamparitas señaladoras de una central eléctrica. Marinetti ofreció en Italia y al mundo la estética de la máquina dando implícitamente una lección de nuevo orden, dinamismo incansable, síntesis, heroísmo creador, creación heroica, vida múltiple.

Marinetti, que París llamó justicieramente "la cafeína de Europa", escribió entre otros los siguientes libros: "Destrucción", "D'Annunzio íntimo", "Le Roi Bombonce", "Los dioses se van, D'Annunzio queda" "Mafarka el futurista", "El futurismo", "La batalla de Trípoli", "El monoplano del Papa", "Nosotros los futuristas", "Teatro sintético futurista", en colaboración con Settimelli y Corra, "Cómo se seduce a las mujeres", "Democracia futurista", "Palabras en libertad", "Los indomables", "El tambor de fuego", "Los amores futuristas", "Futu-

rismo y fascismo", "Primer diccionario aéreo", en colaboración con Azari, "La cocina futurista", en colaboración con Fillia, "L'aeropoema del golfo della Spezzia", etc.

"Mafarka el futurista", el primero y más significativo poema futurista, enjuiciado y condenado por el Superior Tribunal, lleva en sí los "capisaldi" de la poesía-literatura futurista, hilvanados sobre una trama fantástica, impresionante, originalísima, irreal, antilógica, antisentimental, antitradicional, modernolatra.

PIERO ILLARI

¡GRANDES POETAS INCENDIARIOS!

Aquí tenéis la gran novela explosiva que os ofrecí. Es ella multifónica como nuestras almas y, a la vez una canción lírica, una epopeya, una novela de aventuras, un drama.

Soy el único que ha sido capaz de arriesgarse a escribir una obra maestra semejante, la que un día ha de morir a mis manos, cuando el progresivo resplandor del mundo haya logrado compararse al suyo y lo haya hecho innecesario.

Para oprobio de los moradores de Reuma y de Parálisis, esta obra mía truena al viento de la fama como un estandarte imperecedero en la religión más elevada del talento huma-

no, y mi altivez de creador se siente complacida al contemplarla.

No la protejáis: vedla, más bien, caer con estrépito, como si fuera una granada bien cargada, sobre las cabezas estupefactas de nuestros coetáneos, y luego danzad, danzad una danza guerrera removiendo el lodo de su encharcada estupidez, sin parar mientes en su rumiar monótono.

Cuando les aconsejé: "¡Desdeñad a la mujer!", todos me arrojaron vulgares denuestos como si fueran patrones de prostíbulo, exasperados por una batida policial. No obstante, yo no negaba el valor animal de la mujer, sino la preponderancia sentimental que se le imputa.

Deseo impugnar la voracidad del corazón, la dejadez de los labios semiabiertos para beber la añoranza de los crepúsculos, la exaltación de las cabelleras esclavas de estrellas excesivamente elevadas, de colores siniestros... Deseo vencer el despotismo del amor, la obcecación de la mujer única, el gran claro de luna romántico que alumbra la portada del Burdel.

Gritéles: "¡Honremos la guerra", y, desde entonces, el temor, esa loca mano helada, les agita las tripas removiéndolas bien aden-

tro, entre el estómago estrecho y las costillas débiles. ¿Habrá pintor que sepa trasladar al lienzo el resplandeciente amarillo verde que alienta sus rostros, entretanto que van farfullando la letanía de la moderación de los pueblos y del desarme mundial?

¡De vez en cuando, se arrojan los unos a los otros los brazos al cuello para cobrar ánimo antes de precipitarse en masa hacia nosotros, que constituímos el adversario que hay que cazar, que cazar a cualquier precio!

¡Ridícula canalla y bajamente absurda, la de estos adoradores de la Paz! ¡Jamás entenderán que es la guerra la única higiene del universo! ¿Y acaso no soy yo un inhumano para algunos supuestos partidarios del progreso, quienes, para no semejarse a los antiguos romanos, hánse dado por satisfechos con suprimir el uso del baño diario?

Mas, no malgastemos el tiempo en meditar sobre la irreparable arenificación de sus cerebros, de los cuales el mar se aparta. Mas bien, solacémonos contemplando cómo su torpe inercia, para amedrentarnos, se inflama con inesperada exaltación. Algunos chocan contra nosotros, y su severidad almidonada se deshace por parecer feroz. Otros cubren de galas su estilo provinciano para censu-

rarnos con solemnidad. Mas, su imbecilidad ostentosa apenas entretiene a la multitud desocupada y, necesario es decirlo, los menos necios se mantienen acurrucados y silenciosos, con la nariz encajada en el vaso de su oscurantismo.

¡Ah, hermanos futuristas! ¡Mirémonos cara a cara! ¡Sepa yo que en nada os semejáis a ellos! ¿Y podríais aveniros, pues, también vosotros, a subsistir como hijos y siervos infames de la vulva? ¿Y deseáis también vosotros desbaratar el Futuro que se anticipa rugiente, y el ilimitado Porvenir del hombre?

Invocando el nombre del Orgullo humano que idolatramos, os predico la hora cercana en que los hombres de vastas sienes y de mentón de acero parirán portentosamente, con la sola energía de su voluntad poderosa, gigantes de formidables proezas... Os aseguro que el espíritu del hombre es un ovario inactivo... ¡Nosotros lo fertilizamos por primera vez!

F. T. MARINETTI

I. — EL ESTUPRO DE LAS NEGRAS

—¡Perro! ¡Escorpión! ¡Serpiente cornuda! ¡Suelta esa negra!... ¡No te permito tocarle ni un cabello!... Mas ¿en qué lugar se ha ocultado mi primer capitán?... ¡Abdalá! ¡Abdalá! ¡Abdalá!

Dejóse oír un lamento de mujer herida y, con breve intermitencia el ruido sordo y confuso de una lucha impetuosa en un montecillo de higueras, a veinte codos por debajo de las almenas de la ciudadela, desde cuya altura Mafarka-l-Bar, rey de Tel-al-Kebir, controlaba el recuento de los negros apresados, trasmitiendo instrucciones a sus oficiales.

—¡Abdalá! — agregó el rey — se encuentra allá abajo, sobre el borde del terraplén...

¡Presto! ¡Toma por el cuello a ese artillero, y lánzalo al foso!

Retumbó un grito doloroso, e inmediatamente, oyóse el golpe seco y lejano de un cuerpo precipitado desde gran altura a las rocas.

—¡Jefe, estás servido!

Aquel lamento femenino se arrastró, debilitado, por el montecillo de higueras, y fué apagándose paulatinamente, entre tanto que aumentaban el tintineo de las cadenas y el agitar de los pies descalzos en la tierra.

—¿Cuántos son nuestros cautivos?

—Son seis mil negros y cuatro mil negras; pero vienen más... La segunda columna ya se acerca.

—¿Qué traéis de botín?

—Traemos tres ametralladoras, doscientos fusiles, cincuenta toneles de ron y quinientas mil latas de conservas... También hemos capturado trescientos toros, dos mil camellos y mil dromedarios... Y, a más, cuarenta mil jaulas de gallinas.

Mientras tanto, en las bóvedas de las casernas, ubicadas debajo de los muros, retumbaban el griterío incesante de mujeres, cacareo de gallinas, ruido de populacho, que a intervalos dominaban iracundos juramentos

de los oficiales irritados, que contaban interminablemente a hombres y mujeres, machos y hembras, entretanto que pasaban de tres en tres, azuzados a latigazos.

Por otro lado, los relinchos de los caballos, los mugidos de las vacas, el ruido de las cadenas, el rugir de los negros a los golpes de las varas erizadas de púas, quebraban a trechos el incesante pasar de aquel enorme rebaño invisible, cuyo curso era posible seguir, mirando las nubes de polvo que se alzaban del fondo de la carretera, como de murallas en demolición. El ambiente estaba pesado; una atmósfera caldeada y color ocre, a la que los gritos de los centinelas parecía horadar abriendo negros agujeros.

De tiempo en tiempo la brisa venida del desierto se alzaba pesadamente, como por el aliento de un brazo agotado, y oleadas pestilentes pasaban entonces por la ciudad. Era un olor agrio y empalagoso que azucaraba y rasguñaba a la vez las fosas nasales... Mafarka-l-Bar dilataba las suyas, aun tapadas por la arena levantada en la contienda, procurando aspirar aquel aliento fosforoso, que le remontaba la visión de incontables cadáveres negros diseminados por el llano y tostados por el sol, alrededor de la ciudad.

De todos los rumbos del horizonte procedía aquel nauseabundo olor a carnaza; mas, su virulencia picante y almizclada se acrecentaba enormemente hacia el Oeste, sobre el nefasto puente de Balambala, al cual arribaban arrastradas en ese instante las afamadas jirafas de guerra, valientes monstruos de hierro y madera, cuyo cuello policromo estiraban excesivamente entretanto que avanzaban con andar trepidante y pesado.

Largo tiempo escuchó el general en jefe su traqueo estrepitoso e intermitente, que repercutía aún en lo más lejano de la ciudad como si fuera una resaca de la lava en las entrañas de los volcanes. Luego se asomó nuevamente entre dos merlones para hablar otra vez a su primer capitán.

—¿Dónde está Muktar?

—El también ha quedado allí, en el puente de Balambala... ¿No distingues su chilaba roja?... En este momento hace componer la panza desgarrada de la jirafa de guerra mayor, por sus cordeleros.

—¿Con qué la componen?

—Utilizan corteza de palmito, que es mucho más fuerte que el cuerpo que nos suministra el bribón de Sabatán. ¡Su avidez de comerciante ladrón nos ha atrasado el triunfo esta mañana!

—¿Qué medidas has tomado contra ese traidor?

—Dispuse que le encadenaran durante el alboroto.

—No era indispensable. La mala bestia esa no puede amedrentarme, realmente. Ponle en libertad tan pronto se cierren las puertas de la ciudad... La de Balambala, sin embargo, debe quedar abierta para los campesinos. Encárgate tú mismo de cuidar aquel pasaje e igualmente de la prisión de Gogorrú. Y a propósito: ¿cómo marcha el apetito de nuestro amado cautivo?

—Bubassa, vuestro tío ha ingerido esta mañana dos repletas escudillas de *hallahuá* y dos libras de *karamendin*.

—¡Bien!... Abdalá. Di a mi hermano Magamal que despache de inmediato sus espías hacia los cuatro puntos cardinales y que regrese dentro de una hora, con informaciones exactas.

En el momento que el reloj de sol de la torre de Gogorrú indicaba el mediodía, Mafarka-l-Bar ascendió a la terraza de la fortaleza, cuya enorme masa de cal, resplandeciente al herirle los rayos del sol, parecía sur-

car el espacio como una nube, por sobre las ondulantes copas de las palmeras, entre un blando arrullar de palomas.

Con vivo gesto, apartó la túnica de piel de su torso de color de bronce, y, desnudo hasta la cintura, levantó al cielo los brazos tatuados con formas de aves, entonando con su dulce voz azul:

—¡Alah! ¡Alah! ¡Alah!

Poseía la agilidad y el vigor de un joven atleta irrebatible, preparado para morder, para ahogar, para abatir. Su cuerpo extremadamente sólido, extremadamente impetuoso, casi frenético debajo de una pelambre fulva y de una piel escamosa, semejante a la de una serpiente, parecía pintado con los matices de la fortuna y del triunfo, tal como el casco de una gallarda nave. Y la luz le demostraba su pasión, pues incesantemente le acariciaba los vastos pectorales, de tendones latentes, y los bíceps que parecían de encina, y la impresionante musculatura de las piernas, a la que el sudor daba brillanteces maravillosas.

Tenía su faz sincera, de cuadradas mandíbulas, el tinte de las más hermosas terracotas; la boca era grande y de labios sensuales; la nariz, delgada y más bien pequeña; su mirada, fuerte. Los ojos, de un magnífico color negro dorado de regaliz, llameaban con vehemencia al sol, muy cerca uno de otro, como en los animales de presa; sin embargo, con frecuencia, daban la impresión de licuarse bajo la línea de las pestañas, exagerando la palidez mate de su frente serena, coronada de impasible energía por los cabellos profusos, breves y esparcidos casi hasta las cejas.

—¡Alah! ¡Alah! — cantó nuevamente con su hermosa voz de vibraciones glaucas y diáfanas, que parecía haber cruzado el mar.

Su voz huía velozmente de un continente al otro, superando el ondear policromo de las cúpulas y las cúspides, las plazas repletas de muchedumbre y las imponentes platabandas de verdor rodeadas por los diques de los bastiones, cuya albura rompían las amarillas torres esparcidas aquí y allá, resonando hasta en los confines del desierto el canto hierático:

—¡Alah! ¡Alah! ¡Alah!...

Tal era la señal del descanso otorgado por el general en jefe al enorme ejército árabe agotado por la lucha de esa mañana y hormigueante ahora en las callejas estrechas de

la ciudad, como agua subterránea y conminatoria.

Apenas se veía aquel ejército, mas su sudor vaporoso y su aliento funesto se elevaba en nubecillas — como si escapara por los horados de un incensario — hacia el cielo, en donde la lucha todavía proseguía.

En el espacio, observábanse flechas verdes que se perseguían, negras lanzas que entrelazábanse e ígneas rocas que se estrellaban sobre el pecho ardiente del sol, que erguido y soberbio en su desnudez, en el cenit, se sostenía aún triunfalmente, haciendo molinetes en derredor a su cabeza con un imponente alfanje blanco.

—¡Alah! ¡Alah! — le contestó el hervidero grisáceo de los soldados diseminados en las fortalezas. — ¡Alah! ¡Alah! — la multitud de chilabas turcas que abundaba en el mercado y en las azoteas recargadas de metales brillantes, de tapetes de vivos colores, de jaulas de aves canoras.

Había tomado la ciudad de Tel-al-Kebir, desde hacía dos días, un aspecto inusitado. Era imposible transitar por las calles, repletas, plenas de muchedumbre, por donde circulaban de tiempo en tiempo carros con hom-

bres de pie, apiñados y bailoteando como gavillas mal atadas.

Mas, la agitación del gentío, empantanaba a cada instante caballos y vehículos, que quedaban inmóviles, no obstante el esfuerzo de los airados conductores. Semejaban, entonces, islotes arrancados y flotantes en el irrumpir de una corriente impetuosa y destructora.

Hasta las mezquitas habían sido ocupadas, al igual que el resto de los edificios, por las tribus del desierto, que escapaban perseguidas por los ejércitos destructores de Brafan-al-Kebir.

Poblaciones enteras se habían introducido por las puertas de la ciudad, conduciendo sus riquezas apiladas en carros arrastrados por búfalos y afluyendo incesantemente de todos lados, como otros tantos arroyuelos que desaguaran en la misma cisterna.

De súbito, una nueva triunfal circuló por todas las casas, haciendo palpitar jubilosos los corazones, así como hace golpear las puertas la violencia de un viento impetuoso.

Comentábase en todas partes que Mafarka-l-Bar había destronado a su tío Bubassa, con osado golpe de mano, tomando de inmediato la defensa de la ciudad y la dirección suprema de las tropas.

Esa tarde, las lanzas de los guardias de las fortalezas habían resplandecido repentinamente con esperanza de triunfo que no debía frustrarse.

Efectivamente, el pecho de Mafarka, más poderoso que un dique, había repelido lejos el mar de betún que bordeaba los cerros bermejos, desflorados en el espacio por enormes nubes estriadas, adornadas con turquesas.

¿Acaso no se le acercaban, para rendirle los honores supremos, aquellos luminosos cetáceos aéreos, de rutilantes aletas, cuya elástica agilidad cautivaba la mirada, mientras surcaban voluptuosamente la bóveda celeste hacia la ciudad de Tel-al-Kebir?

Y la brisa le llegaba blandamente; cálidas y libres las formas melodiosas, esmaltadas de sales marinas, como un buzo; una brisa equilibrista, que se precipitaba impetuosa por encima de la ciudadela, y lanzaba a brazadas, a los pies de Mafarka, perfumes de violetas, entremezclados con acres hedores y gritos rojos de marinería.

Era que la escuadra entera aclamaba a Mafarka, a su almirante, con todas sus insignias luminosas, arrojadas a lo alto en las jarcias semejando las chispas de un incendio moribundo.

Mafarka dió pausadamente la vuelta al terrado, y de pronto se detuvo, como si un pájaro nocturno hubiérale tocado con sus alas luctuosas. Kaim-Friza, el jefe de los labradores, estaba ante él y saludaba.

Reclinado en la balaustrada, Mafarka hizo un gesto de repulsión al reparar en aquel enano miserable que acezaba metido en su chilaba rojiza y enlodada, el que a golpes sacaba de entre los hombros una cabecilla arrugada de tortuga.

Jamás el rey había logrado dominar el sentimiento de repugnancia que le inspiraba aquel ente sórdido y astuto, no obstante que habían sido muy importantes los servicios que con su docta legislación agraria había prestado a la ciudad.

—No te acerques a mí, amigo mío, porque hueles a estiércol... Y, verdaderamente, tengo esta mañana las narices muy sensibles, luego de todas las fragancias de muerto que Dios me ha obsequiado... ¡Ja, ja! Comprendo que mis bromas te molestan, lo sé... Y bien: ¿qué tienes que decirme?... Entiendo... entiendo... ¡Vendrás a implorarme que la guerra acabe para que la población no sufra hambre!... La pobreza de los campos... Lo sé todo... todo... ¡y me importa un ápice!

Luego, tomando a Kaim por un brazo, exclamó:

—Acércate. ¿Viste, alguna vez, país más feraz que éste? Fíjate qué hermosa campiña, vibrante bajo los rayos fecundantes y precisos del Sol. ¡Oh! realmente el Sol es nuestro mejor labriego... ¡el más grande y el más diestro agricultor de Africa!

—¡Ja! ¡Ja!... ¡Vuestra Majestad puede mofarse, lo sé!

—¡Efectivamente, Kaim, efectivamente!... ¡deseo mofarme y tengo derecho a ello! ¿Piensas, por ventura, que este gigantesco amasijo de cadáveres puede alterar mi embriaguez?... Tus reflexiones me hastían... ¡Ja! ¡Ja! ¿Te estremeces? ¿Temes? ¡Bah! ¡Bah! ¡No guardo ni una pizca de odio contra ti! ¡Es que estoy muy complacido del botín!... Un botín espléndido, ¿sabes?... ¡Doscientos fusiles, seis mil negros, cuatro mil negras, trescientos toros! ¿Cómo? ¿Crees que es poco, quizás? ¡Es que no entiendes nada! Si no, ¿de qué te quejas? ¡La lucha de esta mañana ha suministrado a los campos inesperados abonos! Todos esos cúmulos de cadáveres negros, brillantes, vaporosos y casi licuados sobre el verde empolvado de las praderas, ¿no han de convertirse en otros tan-

los estercoleros de espléndidas reverberaciones de ébano, para complacer los ávidos ojos del Sol amo... y también los tuyos, mi primer ministro?

—¡Mafarka! ¡Mafarka! ¡Mi rey!... ¡Reflexiona cuán beneficiosa sería la paz para la terminación de los canales de riego cuya construcción inicié el año pasado!

—¡Oh! ¡Vete! ¡No me fastidies con tus canales! ¡Adoro la guerra! ¿Entiendes? Y mi pueblo la quiere también. ¡Los campesinos pueden sustentarse de estiércol! ¡Son dignos de ello! ¡El Sol, por lo demás, se basta él solo para cultivar la tierra! Calla y aspira con voluntad el delicioso olor a pan caliente y a tierra arada... Se presienten en él el espliego y el tomillo, pero principalmente la sangre coagulada... Una añoranza voluptuosa incita mi cuerpo fortalecido en los viajes y en la lucha, y mis labios secos, que ya no recuerdan el éxtasis de los besos, inquieren en el aire el blando aroma de una virgen... ¡Sí!, ¡deseo una virgen ardorosa, elástica y sutil como esas velas que allá abajo, entre las gasas del mar, semejan caminar prosternadas! ¡Es tanto lo que las ha extenuado el calor y tanto lo que han disfrutado

en los cojines de la enorme alcoba de las aguas!

Ante tales palabras, Kaim se acercó a Mafarka y le murmuró quedamente:

—¿Deseas, rey mío, que venga a ti Biblah, la hermosa sierva de Bubassa?

Mas Mafarka le repelió con ademán severo:

—¡Ja!, ¡ja! — rió — no recordaba uno de tus numerosos oficios... ¡No! ¡Lárgate ya!

Y el soberano no se dignó saludar, ni con un leve gesto, al enano, el que se retiró por el camino que conducía a los reductos.

En ese momento una voz clara y juvenil prorrumpió bajo la balaustrada:

—¡Mafarka! ¡Mafarka!

El rey se asomó nuevamente, enrojecido el rostro por vehemente regocijo.

Magamal, su hermano idolatrado, corría hacia él. Era un guerrero joven de cuerpo de caucho, que saltaba impetuoso, enérgico y acariciante, en la llama inconstante del polvo que levantaba.

Iba casi desnudo, pues había tirado hacia atrás el cuero de onagro que un cinto de cobre oprimía sobre sus bien formados flancos. Una energía ardorosa hacía estremecer todos

sus miembros delgados, que a veces tenían donaires femeninos y actitudes de fiera en acecho.

—Y, Magamal, ¿han regresado los espías? ¿Los has interpelado? — inquirióle Mafarka mientras le abrazaba.

—¿Quieres hacerlo tú mismo? — respondió el joven bajando con lentitud las largas pestañas sobre sus grandes ojos acerados, a los que circundaba una sombra azulada. — Nos aguardan en la puerta de Gogorrú... He traído a Efrit y Asfur. Míralos allí... — Y señalaba dos soberbios caballos, que un esclavo negro guiaba por la brida.

Efrit, el más bravío, era de una albura deslumbrante; tenía una verde silla de seda con relucientes estribos de oro, amplio y vigoroso el pecho, fuerte y musculoso el hermoso cuello, arqueado como un arpón; pequeña y erguida la graciosa cabeza, que alumbraban dos grandes ojos como bolas de goma negra y diáfana bajo la veleidosa melena; vastas las narices, que percibían el ardor del desierto. Llevaba larga la cola, curvada gallardamente como el asa de un ánfora hermosa, y sus flancos, perennemente conmovidos por los latidos de las venas, hacían imaginar saltos grotescos y galopes suicidas en un campo

de batalla ilimitado. Este era el caballo de guerra de Mafarka-l-Bar.

Asfur se asemejaba a Efrit como un hermano, sin embargo era de pelo manchado; llevaba una silla turquí, y tenía mil donaires inesperados en el movimiento de los remos, y una mirada irresoluta y lánguida.

Mafarka le acariciaba con amor el pecho, entre tanto que respondía a Magamal:

—No, es menester que seas tú quien sepa por ellos lo bastante. ¿Qué han observado? ¿Han logrado apreciar las fuerzas de los negros?

—¡Hermano! — exclamó Magamal con ansiedad extendiendo las manos. — ¡Hermano! Estamos perdidos; nuestros adversarios son muy numerosos.

Estas palabras produjeron en Mafarka una violenta inquietud; mas, abriendo los brazos irguióse cuan alto era y, como se levanta una antorcha para ahuyentar sombras llenas de perfidias, gritó:

—¡Bien: tanto mejor! ¡No me arredran! ¡Magamal! ¡Magamal! — agregó, oprimiendo contra el pecho a su hermano; — ¡guay de ti si en algún momento tiemblas ante el peligro!

—¡No es que tiemble, hermano!

—¡Oh, me consta que eres valiente! Mas, me horroriza esa extravagante sensibilidad femenina tuya que te lanza quizás a insensatas exaltaciones, cayendo luego en debilidades pueriles... ¡Oyeme bien! Esos júbilos repentinos, esas misteriosas angustias, has de eliminarlas de ti, hoy. Hermano mío... bien veo que tú careces de mis músculos de catapulta capaces de estrangular a un adversario simulando abrazarlo. Contra todos los esfuerzos de tu ánimo, tu cuerpo se mantiene delicado y endeble como un sabroso cuerpo de virgen. Tus ojos, aptos únicamente para los besos, no son, como los míos, horripilantes para los pajarotes funestos; mas es menester fortalecerlos y dotarlos de garras, como los míos.

Recorría a grandes pasos la terraza de la fortaleza, horadando impetuosamente con ávido semblante, el misterioso y cárdeno horizonte, pleno de amenazas y de quimeras; y de tiempo en tiempo volvíase ante su hermano y, oprimiéndole tiernamente la cabeza entre las vastas manos, mirábale al fondo de los ojos con dulce y maternal cariño.

Repentinamente, gritó:

—Las tropas de Brafan-al-Kibir nos cercan por todos lados. ¡Lo sé! Todo lo he adivina-

do: aun lo que no has tenido ánimo de decirme... Las cadenas interminables de sus caravanas, que proceden de todas partes del Africa, a millares, como impetuosas corrientes hacia los ríos.... Y los ríos crecen y se multiplican para engrosar el mar... ¿He dicho el mar?... ¡Es un océano sombrío que es preciso repeler! Mas, ¿qué importa?... Yo arrojo sobre ellos todo mi desprecio, y hasta con la misma Gogorrú, la negra diosa de los combates, que les impele contra nosotros. Jamás podrán defenderse de los hirientes resplandores de mi energía. ¿Qué opinas de ello, Magamal?

—¡Mi fe reside en tu poder, hermano!

—¡Tenla, mejor, en el tuyo mismo y acata únicamente a tu alma, que hierve en el afán de domeñar a tu destino! ¡Sé el hijo predilecto de tu ambición! ¡Veo latente en tus ojos, la intención suprema que siempre flamea cuando en tu alma todo duerme! ¡Sí, está ahí! ¡Llámase Dominación!

En ese momento, Mafarka asió por los flancos a su hermano, con ágil ademán, y lo levantó, enhiesto, entre dos merlones, exclamando:

—¡Ve, Magamal... ve allá abajo, en los lindes de los arenales! ¿No avistas torres

bermejas y humeantes?... ¡Esas torres pertenecen al reino de Faras-Magalla! ¡Y ese reino será tuyo! ¡Yo te lo ofrendaré, tan pronto como la muralla de los ejércitos adversarios haya sido destruída!

De pronto, Magamal soltóse de los brazos de su hermano, que le aprisionaban, con la agilidad de una víbora, y empezó a deslizarse por la terraza, danzando y brincando. Su voz había adquirido ásperas tonalidades de embriagadora inquietud, y sus gestos desconcertados parecían expulsar a todos los rumbos del horizonte.

—¡Mafarka! ¡Tú triunfarás! ¡Tenlo por cierto! ¡Aniquilaremos ese muro de ébano y de sombras! ¡Gracias, hermano! ¡Lo has prometido! No olvides que has prometido concederme una corona!

Y alegre, batía palmas, y todo su cuerpo se sacudía regocijado, como un colegial en vacaciones a campo libre.

—¡Oh, aspiro! — gritaba todavía; — ¡aspiro con vivo deleite vuestro hálito de aceite pestífero, mis negros amados, mis futuros vasallos!... Os siento ya en mi boca, os mastico con placer, como a higos en sazón... ¡Pronto os tragaré, sin arrojar ni la piel! ¡Ja, ja!

Mas su hermano le detuvo con gesto severo.

—Esta tarde — expresó — se reiniciará la batalla, todavía más cruenta que esta mañana. ¡Recuerda, si por azar la fortuna nos es adversa, recuerda que debes hacerte fuerte contra las conmociones de la angustia! ¡Muérdete la lengua y los labios, violentamente, por tres veces... y bebe la sangre que mane como si fuera un licor delicioso!... Pues también nosotros poseemos, como los dromedarios, una giba para saciar nuestra sed... ¡La llevas en el pecho y puedes beber de ella cuanto desees!... ¡Tal es el misterio de mi buen humor invariable cuando la muerte me ronda!

Luego Mafarka, sombrío el semblante, inclinó la cabeza. Magamal notó que balbucía palabras incomprensibles, gesticulando enérgicamente. A veces se arrancaba los cabellos, golpeábase la frente y las mejillas, iracundo, como inquieto por hallar la solución de un problema complicado.

Finalmente, Mafarka se precipitó de bruces en la tierra e, irguiéndose nuevamente de un salto, juntó las manos y, alzando los ojos al cielo, entonó:

—¡Oh, Sol! ¡Enorme cráter de volcán! ¡Heme aquí ante ti! ¡Aproxímate... que perciba mi pecho tu largo y ardoroso beso! ¡Derrama tu lava en mi corazón! ¡Infinito manantial de calor, anégame! ¡Sello de Dios, cierra definitivamente el pergamino rugoso de mi mísero pasado, para que pueda rasgar el velo de mi porvenir! De ti..., de ti aguardo la iluminante sugestión. Es menester, a cualquier precio, que yo repela la enorme marea negra de mis adversarios, con los cortantes espolones de estas paredes graníticas, a fin de que mi ciudad, hinchando sus cúpulas cual otras tantas velas, surque el espacio azul, bajo sus magníficos alminares rosados y mecidos por el éxtasis del triunfo en el estupendo grito ultramarino del almuédano... ¿Qué me exiges a trueque de mi victoria?... ¿Acaso mi sangre, mi nombre, la sangre de mis súbditos, y la de mi hermano? ¿Qué me pides? ¡Debo triunfar! ¿Cómo obtenerlo? ¿Qué me sugieres?

Entonces el Sol se arrojó a galope por sobre un cúmulo de sombrías nubes, y Mafarka, con la faz hacia el firmamento, dijo a su hermano:

—¡Oh, Magamal! ¡Magamal! ¡Levanta los ojos! ¿Viste tú también el signo de los propósitos del Sol?

—En efecto, hermano mío... Lo veo galopar... ¡Su luminoso turbante de oro se oculta tras un tapiz de nubes! ¿No es acaso aconsejarnos sagacidad?

En ese momento Mafarka estalló en estridentes rugidos de júbilo, osados y carmesíes como los últimos dardos que un ejército triunfante arroja contra las murallas de una ciudad asediada, antes de violentar las puertas.

—He entendido, he entendido, ¡oh Sol! Me descubres los designios del adversario y me anuncias que mañana los negros arrojarán toda su caballería hacia los cerros de Gogorrú y sobre los costados inermes de mi ciudad! ¡Mas, llegaré con antelación a ellos! ¡Tu rostro resplandeciente que ahora se turba, me insinúa que se aniquilen entre sí con sus mismas armas!... ¡Oh, Dios!, te estoy reconocido...

Luego, dirigiéndose a su hermano, exclamó:

—¡A caballo! ¡A caballo!... ¡Sígueme, Magamal!

Y Mafarka, diciendo esto, saltó ágilmente a la grupa de Efrit, y levantado sobre los estribos, protegiendo sus ojos con la mano extendida, sondeó detenidamente los distan-

tes arenales. Por fin, excitó despiadadamente a su hermosa montura.

Asfur inmediatamente siguió a Efrit, y ambos emprendieron rapidísima carrera, con brincos de cabra, flexibilidad de anguila y sagacidad simiesca, sobre los comienzos del camino que bajaba en rápido declive hacia los fuertes.

Grandioso hálito de dicha llenaba los pulmones de Mafarka, entre tanto que inspeccionaba las legiones de sus soldados, todavía polvorientos y vaporosos, desde la lucha anterior, pero bien firmes, alto y enhiesto el pecho, al igual que sus lanzas, que al sol brillaban.

Justamente, la docilidad y disciplinada valentía de aquellos hombres le había dado oportunidad el día anterior para destronar a su tío Bubassa, el estúpido hidrópico a cuya inhumana imbecilidad se debía que tan terribles enemigos se acercaran...

Su diáfana mirada escrutaba las filas buscando los más viejos generales, que se postraban en su presencia con movimientos de bestias hostiles y ponzoñosas.

—No tardarán en traicionarnos, Magamal... — expresó sonriendo. — ¡Todavía quedan adictos a mi tío!...

Y luego, tras un breve silencio, agregó:
—¡Será necesario que nos desprendamos de ellos sin dilación! En ti confío.

De pronto, un estentóreo grito, de una congoja suave y doloroso, se alzó en la atmósfera plena de llamas... Era una voz femenina que parecía salir de una mortal herida, como un manantial de sangre, angustiado de ser ignoto y sin esperanza.

Efrit y Asfur se pararon de golpe, ambos, clavados en la tierra los ocho cascos y sacudiendo la cabeza con inquietud.

—¿Qué ocurre, Magamal? — preguntó Mafarka a su hermano, en cuya faz notábase la palidez de los muros refulgentes al sol. — ¡Avancemos por aquí!

Y aguijoneó nerviosamente a Efrit, que saltó como si fuera un resorte, penetrando en un sombrío túnel. Magamal le escoltó, y, doblando a la derecha, luego a la izquierda, se lanzaron ambos a galope tendido por un camino cubierto que pasaba sesgadamente el espesor del bastión.

El camino bajaba en rápido declive, como a una sima, en la cual los dos brutos cayeron arrastrados por el impetuoso torrente de una velocidad siempre mayor.

Mafarka y Magamal escuchaban en lonta-

nanza las maldiciones propagadas por los ecos y templadas por la distancia. Mas, al desembocar al final de un lúgubre corredor en el resplandor ardiente del Sol, un torbellino de rugidos, de imprecaciones, les hirió de frente con tal impetuosidad, que se detuvieron de improviso, tiesos, sobre el terreno herboso, los remos de sus cabalgaduras.

En el enorme foso blanco de cal, ofuscante y ruidoso como una caverna abandonada, un sinnúmero de brazos se retorcía caóticamente, al conjuro encarnizado de mil gritos discordantes, que las murallas gigantescas repetían con el ritmo y la uniformidad de un constante flamear.

Una multitud de marineros se apiñaba en aquel sitio, desmelenados, ebrios, desnudo el torso, llena la cara de lodo y sucios los brazos de sangre y de vino.

Gran cantidad de ellos se habían formado en columna y caminaban, uno en pos de otro, cada cual impeliendo con los brazos tendidos al que iba adelante, y todos, de frente al sol, golpeando rítmicamente el suelo con los talones juntos, en un temblor persistente que les circulaba por todo el cuerpo.

Y aquel hato humeante aumentaba continuamente, girando sobre sí mismo con acre-

ciente arrebato de lamentos y visajes. Las bocas entreabiertas emitían gemidos, en una melopea triste, interrumpida de tiempo en tiempo por lúgubres aullidos, de una profunda depresión que a la vez embrutecía y enajenaba.

Por tres veces Mafarka-l-Bar intentó vencer la violencia de aquella multitud circulante, para poder ver el centro misterioso. Finalmente, levantándose sobre los estribos, observó que aquel raro huracán humano rotaba en torno a un pantano cubierto de corrompidas vegetaciones verdes, y repleto de cientos de bañistas excitados hasta el desvarío, del que salía un olor picante y pestilente de cáñamo, de orines, de sebo y de traspiración.

La algazara y la polvareda eran tan fuertes, que la horda no reparó en la llegada de Mafarka. Este, aguijoneando a Efriț para atravesar la multitud alborotada, ensoberbecía su torso, iracundo, y su vasto pecho jadeaba en el esfuerzo de contener una furia terrible.

Con pena, observaba que, todo cuanto había previsto durante la lucha de la madrugada, se confirmaba.

¡Los equipos de su escuadra se habían su-

llevado! ¡Los generales adictos a Bubassa hacían traición a su nuevo soberano!

A fin de incitar más fácilmente a la sedición a los soldados y a los marineros, les habían suministrado gran cantidad de víveres y bebidas alcohólicas, con las que se habían embriagado, y ahora dejaban a su albedrío todas las mujeres quitadas al ejército adversario.

Encima de los cuerpos de las jóvenes negras, extendidas boca arriba en las riberas de ese lago repugnante, cientos de soldados, desnudos, forcejeaban en ese momento, con furia epiléptica, entretanto que los otros aguardaban alineados, su turno.

Y algunos capitanes, vacilantes por la ebriedad, se impelían los unos a los otros hacia acá y hacia allá, con movimientos extravagantes, esforzándose en imponer silencio y recobrar un poco el orden alterado en aquel alboroto infernal, en donde zozobraban sus gestos cual gaviotas con las alas rotas.

Mientras Efrit, a grandes empujones, avanzaba cada vez más entre la borrascosa multitud, dos hombres completamente desnudos se asieron ferozmente por los costados uno y otro, con el brazo izquierdo, esgrimiendo cada uno con la derecha un largo puñal.

Forcejearon largo rato por derribarse; pero la multitud era tan densa, las caras se pegaban de tal modo la una a la otra, en un topar de narices, de puñales y de sexos coriáceos, entretanto que cada uno respiraba el encono y el aliento del adversario, que la Muerte hambrienta hubo de aguardar... Los dos contendientes, sudorosos, embutidos los cuerpos, giraban en el formidable tumulto, y como no lograban asestar sus puñales, se comieron los labios mutuamente, con gula.

Mafarka-l-Bar no pudo refrenar más su furia reprimida, e hinchando el pecho, lanzó su imponente grito de guerra: "¡Mafarka, oh Alah!", con voz tan dominante, que todas las caras, todos los ojos del gentío se volvieron hacia él, al igual que el Sol, cuando asoma sobre el horizonte en el mar, atrae repentinamente las miradas de las olas.

Mas los dos luchadores no se apartaban, y entonces el rey se levantó cuanto pudo de pie en los estribos, y asestó un terrible tajo con su alfanje entre las dos cabezas, como para rajar un árbol. Dos narices y dos brazos rodaron por tierra sanguinolentos. Los tatuajes de que estaban cubiertos permitieron a Mafarka reconocer a dos de sus más diestros capitanes.

Entretanto, el inhumano estupro proseguía en el fondo de aquel hoyo endemoniado.

Gran cantidad de soldados habíanse sentado en tierra, formando un enorme círculo en torno al lago. Acurrucados, con las piernas en cruz, movían alternativamente el busto, hacia adelante y atrás, batiendo las manos, duras como castañuelas, intentando dar un ritmo al movimiento cadencioso de sus camaradas, en la lujuriosa tarea.

Estos habían tendido en el fango a todas las negras. Los vientres bruñidos y brillantes de las jóvenes, las pequeñas mamas de color de café tostado se retorcían dolorosamente bajo los torpes puños de los machos, cuyas espaldas bronceadas subían y bajaban incesantemente entre el flic-flac bailoteante de las verdes algas.

Algunos entonaban lúgubres melopeas; otros mordían frenéticos las cabelleras femeninas, se detenían, llena la boca de cabellos empapados en sangre, y quedaban largo tiempo de rodillas contemplando los lacrimosos ojos de las víctimas, vueltos de dolor, de pavor y de lascivia.

Las mujeres se excitaban de tiempo en tiempo en un goce tanto más rudo cuanto más involuntario, en la contradictoria conmoción

de un espasmo obligado. Sus piernas negras y vivas, de tibias elegantes, se agitaban en el aire con sacudimientos convulsivos, serpenteantes, o se aferraban con estallidos de fusta sobre la espalda del macho.

La más joven de ellas, de una admirable belleza, flexible y fina, se llamaba Biba. Poseía una vivacidad sutil, y sus flancos eran brillantes y azucarados, color de vainilla, de modo que atraían a la vez al olfato y a los labios. Todo su cuerpo, estremecido de histerismo, se retorcía cual tela mojada, bajo el cuerpo del macho que la poseía, y contestaba con bruscos movimientos a los penetrantes golpes que le descargaba el miembro varonil.

Biba bajaba a cada envión las pestañas sobre los enormes ojos obscuros, que parecían nadar en un licor dorado, y exhalaba gritos de doloroso placer tan estridentes y desgarradores, que lograban destacarse en el tumulto que inundaba la cavidad vibrante. Su voz ronca y quebrantada, imploraba fúnebremente las caricias.

—¡Oh, Mahmud! ¡Mahmud! ¡Mátame! ¡Me llenas de un ardiente placer! ¡Colmas de azúcar y miel la boca de mi gatita! ¡Y ella experimenta el placer de saciarse así de golosinas!... ¡Sus labios aprisionan ahora un

gran pedazo de caña de azúcar ardoroso, que se derretirá en seguida, de improsivo!

En cambio, casi todas, callaban, reprimiendo sus gritos y fijando su mirada atónita, incierta y espantada en el agitarse de su vientre ahondado por la fuerza del macho, como ocurre con el agua del mar al empuje del remo.

Sus amantes las hablaban precipitadamente, exasperados por aquel silencio trágico, que consideraban absurdo y agraviante. Y apresuraban el alzarse y bajarse de las espaldas, provocándose unos a otros con sarcásticas bromas, con brincos de gimnasta y con carcajadas estrepitosas.

De vez en cuando, se levantaban por sobre el cuerpo de sus víctimas y arrojaban lejos la parábola de un salivazo, para de nuevo caer pesadamente, apretando sus labios en el hueco de la vulva, en donde lamían estrepitosamente, como perros, entretanto que sus piernas se sacudían en el cieno, salpicando de barro a los circunstantes, acrecentando su hilaridad.

En ese momento, un tipo gigantesco levantó el hocico y el desmedido pecho color cobrizo fuera del lodo, en el que su hembra estaba ca-

si enteramente hundida, y requirió a grandes voces que le permitiesen hablar.

Anunciaba que iba a proponer una diversión intensa, y reclamaba silencio absoluto. A fin de lograrlo danzaba bufonescamente arrodillado, agitando los largos brazos, que, bajo el peso de las manos enormes, parecían doblarse ya a un lado ya a otro, como ramas repletas de grandes frutas.

Paulatinamente todos se inclinaron sobre las riberas del lago para atenderle. Le habían puesto de sobrenombre Zib-al-Kibir, con motivo de su miembro gigantesco, y su inacabable potencia genital le había hecho famoso.

Al fin, con voz lúgubre, aquel hombre habló:

—Propongo que nos embarquemos todos en los cuerpos de las negras para navegar en ellos... ¡Figúremonos que estamos sobre las ondas del mar y disputemos unas regatas! ¡Cada uno salga a bordo de su hembra! ¡Yo tengo ya la mía bajo la panza, y bogo maravillosamente! ¡Mi remo es poderoso!... ¡Oh! ¡Qué bien se desliza! ¡Fijaos! ¡Ahora mi negra barca está por zozobrar! ¡Casi no se le ve! ¡Es por ser excesivamente veloz! ¡Yo remo con vigor y ella se sumerge cada vez más en las aguas!... ¡Sí! ¡Sí! ¡Rememos

todos! ¡Ninguno logrará sobrepujarme! ¡Y se premiará a aquel que mate su embarcación antes que los otros! ¡Alah! ¡La mía no acciona ya! ¡Peor para ella!... ¡Aun debe marchar!... ¡Oh! ¡Se desliza nuevamente! ¡Se hunde!

Entonces la carnicería se hizo terrible en las aguas cenagosas y en las riberas, porque las mentes alteradas de aquellos marineros desvariantes creían ver allá abajo, en los confines del lago, a través de la nube hirviente de sus alientos, al Sol avieso, con su chilaba de cal viva, encogido él también sobre la popa de una embarcación y con el pie en la barra del timón cual si fuera un viejo piloto árabe que dirigiese la operación.

Sin embargo, ¿hasta cuándo debía gobernar aquellas regatas sangrientas, sacudiendo su barba de vapor blanco y rabioso, para activar la furia de aquellos remeros sobreexcitados?

Mafarka-l-Bar fué únicamente quien se propuso solucionar este problema terrible, y, para hacerlo mejor, clavó tres veces las espuelas en los ijares de Efrit, que dió un brinco gigantesco y cayó sobre sus patas tiesas, en medio de la amplia marea de las espaldas lascivas.

El olor pestilente del semen humano y de la sangre mezclados, enajenaron a aquel formidable caballo de guerra, que pateaba furiosamente en aquel montón de hocicos hinchados y de cabelleras enredadas. Con su andar bailoteante, alegre y desenvuelto, parecía entretenerse con el crujir de los tórax, que aullaban y clamaban bajo sus remos herrados.

Mas, a una violenta sacudida de las riendas, el hermoso bruto se encabritó, giró sobre sí mismo como una vela al impulso de un golpe de viento y se inmovilizó en el lodo.

En ese momento, levantándose sobre la silla, Mafarka-l-Bar blandió el alfanje, fulgurante y curvado sobre su cabeza, como una aureola, y arrojó en derredor sobre aquella nauseabunda marea humana, su furia contenida, su repugnancia, su enorme disgusto.

—¡Perros asquerosos! ¡Rocines llenos de pústula! ¡Corazones leprosos! ¡Orejas de conejo! ¡Casta de escorpiones! ¡Gallinas!... ¡No tenéis sino una llaga putrefacta en vez de cerebro bajo vuestras frentes aplastadas, para lanzar así, por la boca y por los horados corrompidos de vuestros ojos, tanto humor venenoso! ¡Vulvas de mujeres encadenadas! ¡Tal es el único adversario con quien os pla-

...luchar!... ¡Las habéis rendido, destripado, desgarrado! ¡Ja, ja! ¡Ciertamente que podéis estar orgullosos de vuestra acción!

Luego extendió el puño, terriblemente crispado, hacia un círculo de viejos casi ocultos en medio del enorme hormiguero de los soldados sublevados, y, levantando la voz, agregó:

—¡Y sois vosotros los gestores de este honroso espectáculo!... ¡Os reconozco a todos eminentes generales de Bubassa, hoy más que nunca dignos de él! ¡En verdad que no era dable esperar nada mejor de vuestros magines, más torcidos y más roñosos que los rabos de los cerdos! ¡Aquí me tenéis sobre el campo de batalla, en el que habéis logrado vuestra más grande victoria!... ¡Deseo dar un nombre imperecedero a este lago; un nombre ya pleno de gloria! ¡Le denominaremos el lago Bubassa! ¡Este gran rey lo aprobaría, seguramente, si estuviese aquí! ¡Y, se divertiría al igual que vosotros, o quizás más, al ver a las mujeres despedazadas, desgarradas por una lascivia sanguinaria!...

"¡La lascivia de vuestros soldados es comprensible!... ¡Mas vuestra perversidad no tiene igual sino en vuestra impotencia! Os merecéis unos y otros, soldados y generales,

porque habéis hecho de vuestro sexo el arma preferida, ¡la única arma que sabéis manejar con habilidad! ¡Manejadla, pues, aún, para engendrar hijos de prostituta, perros lamedores de vulva, como sois todos vosotros!

"¡Mas, si no me equivoco, ha sido para retribuiros vuestra felonía para lo que los capitanes os han obsequiado las mujeres! ¡Quieren impeleros contra mí de ese modo! ¡El convenio está claro, y ahora os corresponde a vosotros, soldados, cumplir vuestra promesa! ¡Atacadme, pues, si tenéis el suficiente valor para ello! ¡Matadme, pues estoy casi solo entre vosotros! ¡Adelante! ¡Atacad! ¡Mas temed, que no será tan fácil abatirme! ¡No soy una negra... y os estremecéis todos al escuchar mi voz! ¡Oh, no creáis que vuestras mandíbulas de ebrios, hendidas y vinosas como vasos de taberna, me amedrentan! ¡En cuanto a vuestras piernas, enervadas por la lascivia, apenas podrían serme útiles como trapos para limpiar la cubierta de mis embarcaciones! ¡Contestad! ¡Acometedme! ¿No os arriesgáis? ¡Peor para vosotros! ¡Obedecedme, entonces, y huíd! ¡No quiero malgastar la potencia de mis pulmones! ¡Me basta con escupiros! ¡Largo de aquí! ¡Idos! ¡Huíd delante de mí! ¡Id a encadenaros las manos

y los pies! ¡Id a dar reposo a vuestros riñones, siervos de lupanar!

Ante estas últimas palabras horadantes, un estrépito demoníaco estalló en el enorme foso sonoro; un rugiente subir y bajar de espaldas, de cabezas gemebundas que chocaban contra los muros graníticos buscando una salida por aquí, por allí, con el terrorífico desorden de un incendio en la noche.

El vapor de los alientos y los remolinos de polvo ascendían hacia el cielo, y, superando la cúspide de los bastiones, se rozaban de melancolía indecible en los rayos inclinados del Sol.

Mafarka-l-Bar, erguida la cabeza, esgrimiendo el alfanje, se precipitó a los alcances de los fugitivos, acicateando al galope a Efrit, cuyos remos anteriores caían y recaían constantemente como martillos sobre las espaldas arqueadas y sobre los pies ligeros del tumulto que fugaba. Perseguíales de un foso a otro, de una a otra galería, bajo las arcadas vibrantes de la gran cubierta, cuyas profundidades resonaban con borboteos rabiosos y fúnebres.

Finalmente Mafarka moderó el andar de su caballo, y debilitado lejanamente bajo la bóveda, aquel fragor de terremoto, comenzó

a reír a mandíbula batiente con Magamal.

¡Oh! ¡El alboroto de los sublevados ya no era peligroso! En efecto, siguiendo su propensión natural, como las aguas de una inundación, huía allá, irrevocablemente, por las aberturas de las casamatas o por los pasillos subterráneos, recluyéndose todo, paulatinamente, en los enormes pórticos de las casernas.

Luego que el último de los fugitivos hubo atravesado los umbrales de la puerta de Gogorrú, Mafarka levantó la mano y lanzó un grito estridente para llamar la atención al centinela, que estaba quieto, brillando al Sol como una antorcha, en la cúspide de la torre. De inmediato los dos batientes de bronce tornaron a cerrarse, y ambos caballeros retrocedieron para penetrar en los arrabales de la ciudad.

—Hermano — exclamó Mafarka, de improviso, — necesito esta noche los andrajos fangosos de un pordiosero... Me es suficiente una vieja chilaba mal remendada... Yo completaré luego el disfraz.

—Bien, Mafarka — replicó Magamal, — tendrás lo que precisas.

Y dicho esto callaron ambos, conducidos velozmente por Efrit y Asfur a través de caminos tortuosos hacia la explanada de la fortaleza.

La ciudad se extendió ante su vista con sus millares de alminares bogando en el azul.

Y tras de los bastiones, el Sol asomó su cabeza bermeja del enorme sudario de nubes de color de sangre que le circundaba y se precipitó hacia Occidente.

Entonces el mar suspiró sosegado, voluptuosamente, bajo su grandioso abanico de rayos dorados, mientras se esparcía por la atmósfera polvoreada de oro una masa desmesurada y oscura de largos cabellos enredados; los cabellos agudos y chisporroteantes, los cabellos opresores y lujuriosos de la noche africana.

Mafarka hizo un ademán para apartarlos de sus ojos, y dijo:

—Magamal, ¿no era acaso esta noche cuando debías reunirte, bajo su techo, con la hermosa Uarabeli-Charchar, de quien todavía no has accedido a abrir la alcoba nupcial?

—¡Oh! La dicha podrá aguardarme en sus labios hasta mañana... No deseo que se luche sin mí bajo las murallas, y prefiero vigilar esta noche, extendido boca arriba, en la cúspide de la torre de Gogorrú, observando el

formidable avispero de estrellas que excitarían la codicia aun en los muertos.

—Hermano, me place que así te expreses en la tarde de una batalla victoriosa... Observo que sabes, como yo, sujetar tu sexo vigoroso como un mastín al que se liberta únicamente las noches borrascosas para defender de los ladrones la puerta de la esposa.

Y los ojos ávidos de Mafarka examinaban ansiosos las glaucas cúpulas de las mezquitas, que centelleaban con inconstantes reflejos, en sus quiméricos giros, como derviches errabundos vestidos de viento bajo la elevada caperuza que canta.

De pronto, un celeste alminar lanzó maravillosamente por sobre sus cabezas como un gimnasta codicioso, disparando muy lejos, en el blanco cielo crepuscular, el grito violáceo del almuecín.

II. — LA ESTRATAGEMA DE MAFARKA-L-BAR

A pesar de la carga de los sucios andrajos, con los que se cubría, Mafarka-l-Bar recorrió las dos terceras partes del camino a vivo paso; pero se detenía de repente para cambiar su andar en cuanto veía ante sí las masas sombrías de las alquerías cubiertas de plátanos. Entonces, envejecido de pronto en más de cuarenta años, convertido así en un pordiosero centenario, encorvada la espalda y enmascarado el rostro por el lodo, atravesaba, cojeando, los silenciosos pueblecillos que parecían retener la respiración bajo las estrellas enormemente apartadas...

Hasta los perros temían y no ladraban en

el momento que aquel vagabundo raro se remozaba como por milagro, enhiestando el busto y tornando a emprender su rápida marcha, al pasar por frente de las últimas casas.

El desborde de las negras hordas había colmado de pánico las tinieblas africanas, las cuales solamente el viento habitaba aún, siempre comedido a rastrillar la arena cuidadosamente, como si no hubiese la más pequeña posibilidad de ver un viajero en los apartados caminos del desierto.

Sin embargo, aquel cuidado escrupuloso de orden universal y de triste uniformidad, impacientaba crecientemente a Mafarka, que principió a bailar regocijado, sin dejar de caminar, complacido de sentirse apto para asombrosas agilidades de mímica y de gimnasia.

Y así caminaba, caminaba, desparramando sus expresiones de embriaguez zumbona en las tinieblas, como un opulento viñador lanza a raudales el excedente de una vendimia copiosa a los viejos mendicantes fatigados, cuyo peso hace ceder el cerco de la viña.

—¡Ah! Brafan-al-Kibir, mi adversario duermes todavía, allá lejos, en los confines del horizonte nebuloso. ¡No me oyes llegar!

Te traigo un obsequio magnífico y formidable: ¡te traigo mi cabeza, hermética como un cofre! Mas, ¡teme! ¡Ya! ¡Ya! ¡Cuídate de quien va dentro!... Al amanecer estaré en tu campamento, porque tengo apuro por admirar tu colosal estatura, y el rudo henchirse de tus pulmones guerreros, que vigorizas día y noche con este perturbador viento del desierto. Tu vista desencantada debe saber apreciar mejor que la mía, los sucesos terrestres, desde la altura de las estrellas... Y yo te presumo insensible al mezquino goce de una victoria, que no logrará distraer tu inmensa melancolía. ¡Sé bueno, amado Brafan-al-Kibir y déjate derrotar por mí!... ¡Es un antojo, un capricho de niño! ¡Un capricho que me tiene enfermo! ¡Tengo un solo deseo! ¡El de abatir tus enormes castillos de arena! ¡Oh soberano del desierto! ¡Deseo hoy mismo tus reinos! ¡Los deseo! ¡Los preciso! ¡Para divertirme con ellos sencillamente! ¡Qué placer, poder extender mi alma grandiosa a lo ancho y a lo largo en este infinito desierto, lecho magnífico y profundo del Sol, descansando en sus colchones de arena!

Mafarka-l-Bar continuó corriendo, arrastrado, cual un liviano corcho, por el invisible torrente de su voluntad, sobre el sombrío

océano del desierto, por entre las serpenteantes colinas de las arenas movidas.

Pero, como la candorosa aurora maravillaba, sonriendo, a las aladas nubes en el cenit, empezó a arrastrarse, con cautelosos movimientos de ladrón, entre las grupas de los cerros rojos que se esparcían hacia todos lados del horizonte.

Del Oriente sanguinolento salían largos destellos de éxtasis dorado, que se inclinaban tiernamente hacia la tierra, entretanto que al Occidente, los albos pueblecillos se coloraban de rosa, bajo un cielo tenuamente violáceo.

El aumentar de la luz y el calor, activó la velocidad de los pasos de Mafarka entre las numerosas corolas de ilusión que florecían aquí y allá en la arena.

De pronto sintió los mordiscos punzantes del hambre, que lo orientaba, a su pesar, hacia el aliento bermejo del Sol invisible... El astro surgió por fin, lejanísimo, allá abajo, de la boca vaporosa de las nubes. como un enorme pan delicioso y caliente, cuya áurea corteza crepitaba apetitosamente.

En ese preciso momento, una ráfaga condujo hasta Mafarka un tumulto de voces, chirri-

dos de ruedas y alborozados relinchos de caballos.

Entonces, se precipitó a tierra, para mejor empolvarse la barba y las mejillas; luego se sentó, con las piernas en cruz, y sacó de bajo sus harajos una larga tira de tela amarilla, mugrienta, que se lió con cuidado, a modo de venda, en torno a la rodilla derecha. Finalmente, satisfecho, tornó a ponerse en marcha con la manera de andar de un mendigo cojo, y su espalda trepidaba a los sacudimientos de la pierna doblada, que cojeaba notablemente.

Mientras lograba alcanzar así la cumbre de un cerro, vió, en un recodo del camino ascendente, todo un enorme ejército tendido a sus pies, cubriendo llanuras extensas, rodeadas de las amarillas soledades arenosas y dominadas a lo lejos, por Oriente, de las montañas confusas de Bab-al-Futuk.

Las vastas y elevadas grupas de aquellos montes fugaban como gigantescas oleadas de ocre, una tras otra, ora adelantando en el desierto como promontorios, ora separándose como golfos insondables que el desierto irrumpía en sus verdes oasis y con sus terrosas poblaciones erizadas de cactus. Hacia la izquierda, la llanura se prolongaba mucho

más, y solamente a unas quince o veinte leguas podía ver sonreír los dientes brillantes y azules del mar.

Dentro del marco de aquel grandioso horizonte, constituído por la línea seductora de la playa y del ostentoso serpentear de los montes, las hordas incontables de Brafan-al-Kibir surgieron repentinamente a la vista de Mafarka.

Componíanse casi totalmente de caballería, y se desplegaban hasta el infinito sobre las ondulaciones del terreno, como una desmesurada serpiente boa, pintada, por el diferente color de los caballos, de blanco y de negro.

La niebla de la mañana disimulaba los rojos matorrales puntiagudos de las lanzas, los claros destellos de los escudos, el enmarañamiento blanco de las crines, y por todos lados, las tiendas sombrías del campamento, cual si fueran vampiros clavados a la tierra por las puntas de sus membranosas alas.

El formidable ejército parecía reposar bajo gigantescas columnas de humo que se alzaban acá y allá, los cuerpos de las cuales se amplificaban, formando mamas fenomenales y brazos de cariátides para soportar el frontón del cenit, totalmente blanco.

Brotaban aquellos humos, negligentemente,

de siete monumentales calderas, cuyos vientres de cobre aplastaban llamas rastreantes y violáceas, que se quejaban como víctimas.

Jóvenes negras vestidas de lana roja, danzaban alrededor de las hogueras, voceando todas a la vez con una precipitación ensordecedora. Poseían casi todas largas horcas de madera que sumergían de tiempo en tiempo en las calderas verdes y pegajosas, para vigilar la cocción.

El hervir de la mixtura que las calderas encerraban y el crepitar de los leños ardientes, se agregaba al rumor metálico de las voces bajo las contorsiones del humo enorme que se precipitaba al suelo, ocultando a trechos la demoníaca ronda. De allí salió de pronto un guerrero gigantesco, que avanzó a largos pasos hacia Mafarka, exclamando:

—¿Qué intentas aquí, pordiosero piojoso, adivino del pasado, romancista callado? ¿Qué viento malhadado ha impelido tu sucia osamenta hasta el campo de Brafan-al-Kibir?

Las plumas color de fuego que flameaban en la inquieta melena de aquel guerrero, las numerosas conchillas que tictaqueaban en su cuerpo carbonoso, tatuado de lunas azules, informaron a Mafarka que era uno de los generales del ejército de los negros.

Por ello abultó el catarro de su garganta, masculIando una respuesta ininteligible.

—¡Habla más claro! — gritó el general. — Y, en primer término, inclina la frente al suelo, bendiciendo por tres veces mi nombre. ¿No lo sabes? ¡Oh, insecto despreciable! ¡Te haré dar cien palos en las plantas de los pies si no lo dices de inmediato! ¡So! ¡Apúrate! ¿Qué haces ahí, trémulo y aturdido, con ese morro enfangado, con esos ojos legañosos e imbéciles? Sin embargo tengo lástima de tu flaqueza y me digno informarte yo mismo quién soy. Sabe que mi nombre es Muláh y que dirijo uno de estos cuatro ejércitos. ¡Sabe también que todos me respetan y me temen, de un punto a otro del desierto!

Ante estas palabras, Mafarka se precipitó al suelo, con el rostro en el polvo; luego alzó tímidamente la cabeza para exclamar:

—¡Oh! ¡Alah bendiga tu nombre mil veces! ¡Vengo del Mar Amarillo y he andado tres días enteros sin comer más que un mísero pedazo de garza y mucha, mucha arena!... Desfallezco de hambre y sed... mas, pagaré cualquier alimento que me proporcionéis, con las bonitas historias portentosas que sé... Mi oficio es adivino y romancista...

—¡Levántate!... — replicó Muláh — y sí-

gueme. Te llevaré a presencia de nuestro supremo general, Brafan-al-Kibir, que tal vez consienta en admitirte bajo su tienda de seda bordada en oro y perlas.

Luego de esto, el capitán negro dióse vuelta y se dirigió seguido de Mafarka, hacia el frente del ejército. Andaba a saltos sobre la arena caliente, pasando con movimientos ágiles y rítmicos por medio de las calderas, cuya línea humeante circundaba el campamento.

Y Mafarka jadeaba tras él arrastrando el cuerpo, vacilando y fingiendo caerse a cada momento, porque las piernas, débiles de cansancio, se le aflojaban. De vez en cuando se restregaba trabajosamente con la palma de la mano los ojos, irritados por la tierra, que tenía medio cerrados, para simular una purulencia de los párpados sumamente dolorosa.

Un picante olor a pimienta, a orines, a incienso y a canela traían los espaciados soplos de viento, que alzaban sus mantas de arena y las bajaban, tendiéndose aquí y allá, tal como lo hacen en el templo de la Meca los peregrinos.

Mafarka había caminado unos doscientos pasos, cuando se alzó ante él una gran tien-

da bermeja y negra, encendida por el reflejo de las arenas.

La forma arbitraria y truncada de la tienda real quebraba el candente turquí del cielo, y los paños color marrón, recargados de abalorios verdosos e impulsados por el viento del desierto, semejaban en algunos istantes, viejos cascos de lancha, invadidas por algas y musgos.

En el trono estaba erguido un negro gigantesco, enteramente desnudo, desde la sólida cabeza a los pies enormes. Su abundante cabellera hacía vacilar con gracia todo un jardín policromo de plumas de avestruz y de pavo real, y había en su mirada y en sus maneras un aire gallardo y desenvuelto, a la vez que noble y gigantesco, que inmediatamente cautivaba.

Llevaba en los lóbulos de las orejas dos minúsculos discos de madera odorífera.

Ese era Brafan-al-Kibir, el sumo capitán, quien cuidaba en persona el trabajo de unos veinte soldados que sentados en el suelo se dedicaban a impregnar de amarillos tósigos los hierros de las lanzas.

Ante él Muláh cruzó los brazos sobre el pecho y se inclinó. Luego de haber cambiado quedamente algunas palabras, ambos capita-

nes, con un gesto, invitaron a Mafarka a seguirlos y luego penetraron en la tienda.

Mafarka se deslizó detrás de ellos por el agujero triangular y se encontró en una penumbra rojiza y ardiente, en la que se movían, tendidas en el suelo, muchas figuras de guerreros.

Otro agujero en el fondo de la tienda, conducía directamente al camino central del enorme campamento, que se prolongaba hasta tocar allá abajo, muy lejos, los montes color oro de Bab-al-Futuk. Aquella extensa calle era trillada a ambos lados por un mar de grupas blancas y negras de los caballos, cuya espuma volante, cuyas crines salvajes, cuyo fuerte olor dulzacho y cuyos fogosos relinchos parecían hinchar la tela de la tienda.

Cumpliendo una orden de Brafan-al-Kibir fueron abiertos otros agujeros triangulares, de modo que Mafarka pudo percibir a los generales negros encogidos con las piernas en cruz sobre las esteras, en círculo en torno a él.

Todos se semejaban a Muláh por su faz, que resplandecía bajo los cabellos, igual que un metal cubierto a medias por la ganga; mas sus cuerpos mostraban una rara diversidad de negros. Encontrábase allí pechos de una

negrura oleosa y fétida, sembrados de largos vellos, manos de dura pimienta, grisácea y enjuta, dorsos de café, bíceps cubiertos de excreciones como trufas, pies semejantes a enormes patatas de forma aplastada, pl escamosos, callosos, nudosos como raíces o ramos mineralizados.

Brafan-al-Kibir miraba con atención una gran jabalina en forma de langosta, cuyo vientre vacío colmaba cuidadosamente Muláh, volcando dentro el contenido verdoso de una ampolla de arcilla. Luego se convenció satisfecho de que las pinzas, perforadas por un canalillo capilar, no estaban tapadas, pues en su punta florecía una gotita verde en el momento que agitaba el arma funesta. Mafarka reconoció entonces en ese líquido el veneno de las calderas, que debían de ese modo, caer en las heridas y ocasionar una inmediata descomposición.

Había otras jabalinas, hechas en forma de escorpiones y mazas como tortugas de concha cortantes, que le interesaban igualmente; mas habiendo notado de pronto que Brafan-al-Kibir tenía clavada en él una mirada escudriñadora y feroz, balbució con voz nasal y penosamente:

—Gran capitán de los negros: ¿quieres lle-

var dicha a tu miserable servidor, obsequiándole un poco de agua pura a fin de que pueda lavarse los ojos? ¡Su comezón ha llegado a ser insufrible!

Brafan-al-Kibir se dirigió hacia el fondo de la tienda y exclamó:

—Yacub, ocúpate de los ojos de este me[illegible]roso...

Se adelantó un viejo negro, el que, luego de haber fijado su picuda nariz de buitre en los ojos de Mafarka, expresó:

—El *simún* te ha roído los ojos. No experimentarás por mucho tiempo aún el placer de contemplar el Sol; mas te daré algunas gotas de Rahan, que calmarán tu dolor.

Luego desapareció en su sombrío rincón, para volver a aparecer en seguida portando una redoma amarillenta.

—Dentro de esto hay cosas muy buenas: agua de rosa, agua de lechuga, esencia de iris y de varias otras plantas.

Luego, como Mafarka se había puesto de rodillas con la cabeza hacia atrás, Yacub le echó lentamente un hilo finísimo de líquido blancuzco en el ángulo del ojo derecho.

Sin embargo, antes de que aquel líquido le tocase, el doliente se contorsionó y tembló, lanzando un grito tan estridente, que todos

los capitanes negros se levantaron de golpe vociferando en contra suya y llenándolo de irónicas injurias.

—¡So! ¡Resiste y no grites, vieja carroña, y empieza con tu historia si deseas que Brafan-al-Kibir te dé de comer.

Entonces Mafarka se levantó pesadamente y fué a sentarse cerca de Muláh, luego agitó dos veces, adelante y atrás, el busto, exclamando:

—¿Deseas gran rey de los negros, que te relate la entretenida historia del traficante de caballos, del pez relleno y del Diablo?

—¡Hazlo! — contestó Brafan-al-Kibir.

—Trátase de Mafarka-l-Bar — comenzó entonces el relator, con una voz que parecía quebrada por el asma y enronquecida por un catarro senil. — Porque tal vez no sepáis que el rey de Tel-al-Kibir fué anteriormente un simple traficante de caballos de la feria de Rilambur. Ciertamente que era riquísimo y muy apreciado entre todos sus colegas por el elevado número y por la hermosura de los animales que escarceaban a su alrededor mientras contrataba, con el cálamo en la mano, sentado en su esterilla; trajeado con su bella chilaba de seda violada... El Diablo, disfrazado de rico mercader, habiéndose mez-

clado un día en la confusión de la feria, se detuvo de pronto, presa de gran admiración, frente a uno de los caballos de Mafarka, que captaba todas las atenciones por sus colores ciertamente maravillosos. Era un magnífico garañón, enteramente negro, pero con las crines y la cola púrpuras como dos antorchas ardiendo...

—Y, ¿cómo era, su zib? — dijo Brafan-al-Kibir, mordiscando el largo bambú de su pipa.

Todos los negros estallaron en una ruidosa carcajada, y las trepidaciones de los cuerpos extendidos hicieron crujir sus miembros enjutos y rugosos entre los abalorios y las vainas de cuero que colgaban de la cintura...

—El zib... — replicó el relator sonriendo — el zib de ese caballo era de color rojo; como tenía la punta engarzada de zafiros, como aquel con que sueñan las doncellas de Tel-al-Kibir el día anterior al del matrimonio!

Un formidable flujo de hilaridad recibió estas palabras, y se extendió fuera de los negros que se encontraban en la tienda, hasta los caballos de guerra, que relincharon entusiastas y alegremente, en el fulgor descamisado del Sol.

—De modo, pues — prosiguió el falso men-

digo, alzando la voz, — que el Demonio pagó sin discutir tres mil piastras; luego saltó sobre la silla y se precipitó a la carrera fuera de la ciudad. Pero en seguida se dió cuenta con pavor, de que las crines y la cola del animal ardían con el viento, como así también de que repartían por todos lados el fuego al pasar por las calles de los poblados, cuyas casas forman panzas que casi se tocan... Ante esto, el Demonio pretendió pasar a nado los ríos; mas su garañón no se apagaba, ¡no obstante que casi se sumergía en las profundas aguas! ¡En las florestas que cruzaba a galope, excavaba un ardiente agujero como la boca de un horno! Córría el mes de abril, cuando los animales tienen necesidad de copular... y aquel garañón no hallaba jumentos que no pretendiese cubrir. Enajenado con el olor de la vulva húmeda, sacudía sus ardientes crines contra los flancos de la hembra, que se conmovía al calor, caracoleando furiosamente... Así, el Demonio, no obstante que era jinete excelente, fué despedido de la silla tres veces... ¡La tercera vez se quebró el brazo!

“Iracundo al verse tan maltrecho por culpa de una cabalgadura que le había resultado cara, el Demonio regresó a Rilambur y se

presuró a invitar a comer a Mafarka-l-Bar. Luego, cortó el zib al garañón, hízole cocer y dispuso que fuese presentado a la mesa, la ...do establecida, en la sala de su palacio, cuyos balcones aspiraban el aliento verde y el frescor salado del mar.

“Los cocineros preparaban el zib, con leche ...jada y lo aderezaron con violetas y canela, de tal suerte que un olor cálido y delicioso embriagó deleitosamente toda la casa. Y por la noche, las criadas, presa de gran excitación por aquel perfume, pegaban el oído a la puerta de la sala del banquete, haciendo chasquear la lengua restregándose los pezones para calmar el excesivamente dulce prurito.

“—¡Aquí tenéis un pez estupendo! — dijo el Demonio a Mafarka, cruzando las piernas frente a la estera sobre la cual relucía el transformado zib en bella vajilla de oro cincelado. — ¡Aquí tenéis un pez de forma extraña que tiene un delicioso sabor! Puedes comértelo todo, porque yo he comido esta mañana otro igual, y no querría disminuir, repitiéndole, el goce experimentado.

“Mafarka no se hizo rogar, y, tomando con ambas manos el pez simulado, comenzó a introducirle lentamente a la espaciosa boca, triturándolo con los dientes como se come un

plátano. Cuando le hubo terminado, poniendo los ojos en blanco por el éxtasis de una gran dicha, comenzó a resoplar ruidosamente con todo el poder de sus pulmones... ¡Era menester abrir todas las ventanas! ¡Hace bastante calor! ¡Aun hace demasiado calor! ¡Falta aire esta noche en la ciudad! ¡Tampoco lo hay en el mar! ¡Este golfo es harto estrecho! ¡Estaríamos mejor, desnudos! — ¡Desvístete! — dijo al Demonio, que de inmediato obedeció.

"Luego, Mafarka se arrojó sobre las esclavas que estaban levantando la mesa, una tras otra, sobre los almohadones, riendo como loco. Y ellas igualmente reían y gritaban:

"—¡Ea! ¡Ea, caballito! ¡Introduce sólo la cabeza en mi pequeño pesebre! ¡Ay! ¡Unicamente la cabeza! ¡Sí! ¡Sí!

"Y la impetuosidad de Mafarka aumentaba según pasaba de una a otra... De pronto, se lanzó airado sobre el Demonio, rugiendo:

"—¡Tu palacio es mío! ¡Vete de él! ¡Si no lo haces, te desfondo las nalgas!...

"Su miembro se había estirado tan prodigiosamente en el impulso agresivo, que el Demonio, amedrentado, huyó de su propio palacio y no se atrevió a volver a entrar en él.

"Luego de haber saciado a unas veinte domésticas y a otras tantas hermosas esclavas, Mafarka-l-Bar, notándose cansado, quiso dormir al fresco del mar e hizo preparar un suave lecho en el terrado que daba sobre el muelle del puerto... Los barcos que allí estaban fondeados casi tocaban los muros del palacio, y sus velas, pasando por sobre la balaustrada, formaban un techo pintoresco de telas de colores y de madera aromática sobre el lecho improvisado. Mafarka se tendió deleitosamente; ¡pero su miembro interminable, de once metros de largo, era harto molesto!... Y pensó enrollarlo con esmero, como una cuerda, junto al lecho; luego se durmió profundamente.

"Pero ocurrió que, a la mañana inmediata, un marinero, cuyos ojos estaban aún perturbados por el sueño, se engañó confundiendo aquel miembro con la soga, y lo ató fuertemente a la tela de un trinquete; luego lo arrojó todo por encima del parapeto a los marineros que se hallaban a proa del velero, y éstos principiaron a tirar acompasadamente, gritando: "¡Iza! ¡Iza!", para amainarlo. De pronto, el extenso zib empezó a enderezarse, alzando altísimo y extendiendo el trinquete, que se llenaba de viento, tambaleándo-

se... Y Mafarka, todavía dormido, fué arrastrado así y bogó sobre las ondas del mar con su miembro tieso como un árbol vibrante, bajo la vela henchida de brisa propicia. Se afirma que arribó muy pronto a Tel-al-Kibir, en cuyo punto el rey Bubassa, excitado por tan prodigiosa aventura, quiso probar en persona la virtud del zib hasta tal punto maravilloso. Mafarka-l-Bar, según parece, se dió prisa en complacer al rey, y, aprovechando la postura de obediencia que había tomado, le amordazó, le encadenó, ¡y le quitó el cetro!

—¿Y qué aconteció con el caballo del Demonio? — interrogó Brafan-al-Kibir.

—Galopa por el desierto buscando a su zib... ¡Seguramente le habréis visto, al declinar la tarde, saltar en el arco del horizonte, sacudiendo sus crines flameantes y anegando los valles con los ríos de sangre que surgen de su vientre! ¡El caballo del Demonio parece particularmente atraído hacia los grandes campamentos de caballería, a los cuales contornea a la carrera, trazando un enorme círculo rojo con la onda inacabable de su sangre, provocando por doquier la peste de los negros y la muerte! Cúidate, gran capitán de los negros, porque esa bestia, alte-

rada por el más doloroso de los espasmos, no conoce impedimento a su empuje condenado. Ejércitos enteros han agonizado y sucumbido hombres y bestias, a las pocas horas de haber pasado ante él el terrible caballo de vientre desgarrado... Tal vez le veréis, dentro de poco, allá abajo, por la línea tortuosa de la playa.

Escuchadas que fueron estas palabras, todos los guerreros negros salieron alborotados, avanzando sus negras cabezas crespadas por el agujero triangular de la tienda. Mas no vieron más que el Sol ardiente e inclinado sobre el dorado trémulo del océano.

—¡Todavía no ha llegado el instante! — expresó Mafarka. — Y por otra parte, yo sé un medio infalible para apartar sus maleficios. ¡Es menester bailar y cantar bulliciosamente, saciándose de bebidas embriagadoras, porque teme al tam-tam y el olor del alcohol le pone en fuga!

—¡Oh! ¡Yo sabré destruir su mortal encanto!... ¡Muláh, dispón que vengan aquí todas las bailarinas sagradas!... ¡Luego, vé a decir a Tulam que elija en sus rebaños un cabrón negro de luenga barba, un cabrón ciertamente espléndido, y que se le coloque un collar de abalorios verdes y azules! Será lle-

vado así, de uno a otro lado del campamento, a fin de que todos los diablos ocultos debajo de las tiendas se introduzcan en su cuerpo... ¡Y cuando esté repleto, lo degollaremos! Mientras ¡traed comida a este mendigo hasta que se harte!

Muláh se retiró de la tienda del capitán, para ordenar, y varios esclavos rodearon a Mafarka. Brafan-al-Kibir les dijo:

—¡Idos y traedme veinte jarras colmadas de ron! Y repartid otras a los soldados a fin de que beban todos y se junten con sus mujeres libremente hasta la noche.

En el ínterin, Mafarka-l-Bar, acurrucado, entre varias escudillas rojas, devoraba, sin levantar la cabeza, una gran cantidad de *pilan,* un enorme pedazo de *hallahua* y una buena tajada de coco fresco.

La luz comenzaba a disminuir debajo de la tienda, cuando penetraron las danzarinas pausadamente, con un triste y uniforme tictaquear de conchillas. Cubiertas con una túnica amarilla bordada de escarlata, se adelantaban arrastrando los pies, con suaves estremecimientos de sus lánguidos torsos, siguiendo paso a paso a una anciana negra, que las dirigía, con un bastoncillo de marfil en una mano, extática y majestuosa.

ulaba los movimientos de aquella sierpe
umana que trazaba espirales, arabescos y
ormes círculos clásicos, y de la cual cons-
uía la cabeza.

Las túnicas de las bailarinas hacían aire
las caras de los guerreros, que bebían acos-
dos, pasándose de uno a otro los enormes
jarros repletos de ron. De tiempo en tiempo,
algún negro se ponía de pie para entremez-
clarse con las danzarinas, las que mariposea-
ban y circulaban por entre las filas del cor-
tejo, con brincos convulsivos, moviendo el
vientre y los flancos, ornados con cáscaras
de frutas. Y la agitación general era acom-
pañada por los acordes de una viola de dos
cuerdas de largo cabo, que un enano, enco-
gido en un poyato, atormentaba incesante-
mente. Era un instrumento gallardo, cuya
caja armónica la constituía un caparazón de
tortuga hueco y sonoro, el que producía un
funesto runrún como de moscas verdes que
novan en una carroña que flota.

Luego, los tam-tam, los platillos, las *der-
bukah* y las *benjoh* prorrumpieron simultá-
neamente en un estallido de sonidos diferen-
tes y la majestuosidad de una danza impo-
nente y lánguida impuso su pavor, empezan-
do paulatinamente sus cadencias, entretan-

to que crecía la áspera risa de los instru-
mentos irritados y vengativos, que parecían
chocar todos contra el techo de la tienda pa-
ra romperlo a dentelladas y llegar al cielo...

Un atronador batir de duras manos excitó el ritmo del baile que se avivaba angustiosamente. Era un ritmo demasiado despedazado, destruído por sofocantes síncopas, que suspendían bruscamente la respiración... Gritos lívidos segaban los labios, sonidos rudos arañaban las gargantas y sollozos recónditos agitaban los abdómenes. Finalmente, bajo una impetuosa ráfaga de pavor todas las mujeres desataron sus miembros, buscando la locura. Efectivamente, procuraban arrancarse del seno los últimos vestigios de conciencia y de energía.

Luego, de improviso, todas juntas se precipitaron de rodillas, moviendo el cuerpo de derecha a izquierda, adelante y atrás, como un péndulo demoníaco... Del extremo contrapuesto del campamento brotaban de tiempo en tiempo alaridos inacabables de mujeres sollozantes, interrumpidos por los ladridos de los perros y el vomitar gorgoteante de los beodos.

Una nube de pavor serpenteaba ahora, con

el cálido humo del alcohol, sobre aquel remolino diabólico.

Las más enajenadas de las danzarinas habían salido del círculo desgarrándose con furia los vestidos, de los cuales brotaban los senos vaporosos sobre los cuerpecillos delgados y musculosos como el bambú. Algunas ostentaban grupas equinas, relumbrantes de sudor, y pechos pequeños, duros, cual si fueran de mármol. Otras negras, gráciles y aceitosas, resbalaron flexiblemente de aquel círculo humano, como un trozo de jabón se desliza de entre los dedos.

Sus voces chillaban en un fúnebre y uniforme desgarro de gargantas que mecía a los cuerpos acurrucados en los rincones sombríos, uno sobre otro o ya tiesos, como cadáveres, por el demasiado alcohol bebido.

Y, mientras tanto, la fiera música brincaba aquí y allá, golpeando a las sombras vacilantes de los guerreros negros y azules en la semioscuridad, en donde flotaba una fetidez acre, rancia y dulzona de sexos sudorosos.

Todos los circunstantes respiraban el aliento oloroso y selvático del cabrón endemoniado que en aquel instante había sido degollado en alguna fosa apartada y cuyos lamentos de agonía se mantenían sofocados por el ru-

mor enorme que cubría a los cuatro ejércitos.

Entonces Mafarka-l-Bar notó en derredor la inminencia de un pavoroso desencadenarse de sensualidad, y, considerando que el instante de realizar su treta había llegado, se arrastró cautelosamente hasta los pies de Brafan-al-Kibir, que se tambaleaba, embriagado, en la abertura de la tienda.

—¡Brafan, oh gran Brafan! — gritó. — ¡Observa allá abajo, sobre el mar! ¡Ahí está! ¡Ved allí al terrorífero animal del vientre raspado! ¡El es! ¡Es el caballo del Diablo!

Al escuchar estas palabras, todos los negros se precipitaron fuera de la tienda, atropellando y pisoteando a Mafarka que se asía a los flancos de Brafan.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Le reconozco! ¡Ese es el caballo del Diablo que galopa sobre el mar! ¿Ves, Brafan, sus crines ardientes? ¡Sus entrañas sanguinolentas anegan el cielo! ¡Pronto! ¡Apúrate! ¡Precipta contra él tu caballería! ¡Es cierto, lo juro! ¡La soberanía del mundo pertenece a quien logre alcanzarle y apresarle por las crines!

Sin embargo Brafan-al-Kibir no entendía, y esgrimiendo en una mano una maza y con la otra una azagaya, se retorcía en mil posi-

ciones ridículas, fijando sobre Mafarka una mirada estupefacta.

Los negros, ebrios, vacilaban aquí y allá como sobre el puente de una embarcación y se apiñaban a su capitán como a un árbol. Mas él los rechazaba furiosamente, dando golpes estallantes a los guerreros de las primeras líneas, erizadas de lanzas, que se extendían hasta el infinito, como una serpiente boa gigantesca atravesada por numerosas flechas.

Los cuatro enormes ejércitos se desarrollaban en la alegre locura del crepúsculo; rodaban en un incendio de crines y de colas, bajo una marea de grupas que se quebraba, lejanamente, entre los peñascos de Bab-al-Futuk.

Aquellos montes se diseñaban en Oriente, en una atmósfera de oro azulado y frío, pareciéndose a gigantescas gemas de hielo violáceo, con desfiladeros y valles de zafiro de un azul recóndito y pensativo.

—¡Oh! ¡Brafan!... — exclamó quejosamente Mafarka. — ¡Si yo fuera aún ágil y vigoroso como en otras épocas, cuando era joven, te encarecería que me facilitases un corcel de batalla para aprisionar al caballo del Demonio! Mas la vejez me ha restado

las fuerzas y ya no puedo sostenerme a caballo.

—¡No! ¡No! — manifestó Brafan-al-Kibir, empezando a reír estruendosamente. — ¡Debes probar todavía! ¡Sí! ¡Sí! ¡Formidable idea! ¡Talum! ¡Muláh! ¡Acercaos! ¡Veréis algo muy entretenido! ¡Oh mendigo a quien amo más que a todos los mendigos del desierto! ¡Deseo otorgarte un honor increíble permitiéndote... ¡ja! ¡ja!, cabalgar en Nebid, mi gran corcel de guerra! ¡Ja! ¡ja! ¡Sí! ¡Le montarás!

Todos los negros, trabados en los lazos de su propia ebriedad, se precipitaron en desorden en torno a Brafan-al-Kibir, que había asido a Mafarka por mitad del cuerpo.

¡Era necesario ensillar a Nebid en seguida! ¿En dónde se encontraban los mozos de cuadra?... Todos los negros se sacudían divirtiéndose grandemente al ver al infortunado mendigo contorcerse de pavor a los pies de Brafan.

Dulces aromas de azahar llegaban en tónues ráfagas desde el punto apartado de la ardiente costa, en donde formaba, excavándose, una rada feraz y bien provista. Y aquellas extensas zonas de frescos perfumes eran

atravesadas por la aguda acritud de las algas corrompidas.

Brafan olfateaba deleitosamente, voceando al oído de Mafarka palabras groseras e inocentes, que divertían cada vez más a las hordas de negros desvariantes.

Finalmente Nebid apareció. Era un caballo negro de vastísimo pecho. Su cuello palpitante parecía dotado de enormes alas invisibles que estuvieran listas a cada momento para transportarle en alto hasta el cielo.

Saltaba briosamente, adelantando con grandes impulsos a pesar del esfuerzo de dos negros membrudos, que se veían obligados a correr asiéndole de ambos lados de la barbada. Los dos hombres intentaban así bajar su cuello terrible; mas tenían que tomarle de la cabeza con toda su fuerza para no dejarse alzar de tierra.

Nadie desconocía en el campamento que bastaba un solo relincho de Nebid para incitar a la batalla a todos los corceles de los cuatro ejércitos; y por ello una enorme multitud de guerreros se arracimaba para asistir al muy próximo espectáculo.

La bailarinas se habían sentado, apretujándose unas con otras como si fueran golon-

drinas, frente a la puerta de la tienda bo-
meja.

—¡Adelante! — exclamó Brafan-al-Kibir.
— ¡Rápido! ¡Has hablado mucho de caballos
hoy!... ¡Arriba! ¡A la silla! ¡Necesitas re-
vivir tu maestría de otras épocas! ¡Adelan-
te! ¡Animo!

Y Mafarka lloraba desconsoladamente, tre-
pidaba con todos sus miembros, rogando a
los negros que le impidiesen su segura muer-
te.

Mas, apedreándole y llenándole de injurias,
le habían alzado a la fuerza y le habían co-
locado sobre la silla. Mafarka se encogía,
asiéndose al cuello de Nebid con los dedos
contraídos de pavor. Fué sólo un instante,
porque ya los pies buscaban los estribos, en-
tretanto las manos asían las riendas disimu-
ladamente. De pronto, mordió en el cuello al
animal, que dió el mismo brinco que una ola
arrojada al asalto de un peñasco...

Veloz, con un movimiento brusco, Mafar-
ka-l-Bar se soltó de sus pesados harapos, y,
oprimiendo con fuerza entre sus desnudas
piernas los nerviosos flancos del caballo, lo
proyectó como una flecha. Brafan-al-Kibir
quedó como plantado en el suelo, por la sor-
presa y el pavor, con los brazos y el sexo

pendiente, estupefactos los ojos por el por-
tentoso arrebato de aquella fuga imprevista.
Luego, el dolor le aclaró el entendimiento y
estalló en un formidable rugido.

Todos los capitanes se contestaron con au-
llidos de furor, sacudiendo sus lanosas cabe-
zas y brazos de molinos de viento. Y las la-
mentaciones crecieron, se esparcieron, se ex-
tendieron gradualmente por todo el campa-
mento, alzando una gran polvareda de gritos
y agitando con violencia las lanzas reunidas
en gavillas bajo las humaredas de las calde-
ras, que se contorcían como gigantes despe-
llejados vivos... Porque el Sol, desde el po-
niente, les acribillaba con sus luengas flechas,
aumentando el desorden de los guerreros,
que corrían hacia todos los rumbos en procu-
ra de sus caballos.

Brafran-al-Kibir, repuesto, al fin, había
asido por las riendas, al azar, a un corcel
alazán. Montó de un salto, y, tendiendo ha-
cia adelante el busto, henchía su vasto pe-
cho, haciendo bramar su propia voz:

—¡A caballo! ¡A caballo! ¡Todos en fila
bien formada! ¡Todos con la lanza en ristre!
¡Uníos como hermanos! ¡Sujetad bien a
vuestro caballo, así como una mujer abraza
al esposo que la fecunda! ¡Perseguiremos por

todos lados al caballo de vientre rasgado, al maldito corcel del Demonio, antes de que haya logrado dar la vuelta al campamento! ¡Le he mirado! ¡Le he visto! Y he visto igualmente al Demonio! ¡El Demonio ha estado bajo mi tienda! ¡Llevaba un disfraz de mendigo, y ha sido él quien me robó a Nebid! ¡Muláh! ¡Ruzum! ¡Tulam! ¡Tocad a botasillas! ¡Alistad en tres líneas bien apretadas vuestros ejércitos, para que constituyan un inmenso frente de caballería, que llegue a ambos confines del horizonte! ¡Sabed que la soberanía del mundo será de quien logre atrapar por las crines a esa bestia maléfica!

El frente de los tres ejércitos congregados se puso en marcha en toda su extensión de cien mil codos, en sus vociferaciones, sus lanzas y sus sables, reunidos como los dientes de una enorme sierra.

Bien pronto, el trote fué galope. El ala derecha, a las órdenes de Muláh, era toda de corceles blancos, elegantes como antílopes y espumosos de crines y colas en cascada. Se precipitó adelante, cual si fuera un gran chorro de agua horizontal.

El ala izquierda, que comandaba Ruzum, era toda de caballos negros, e hirvió en su primer impulso, como un gigantesco pilar de

humo bituminoso, cuyos globos, rodantes y ...asos estaban constituídos por los cuellos y las grupas de los caballos.

Luego de haber corrido un espacio de mil codos, Mafarka-l-Bar había torcido hacia la derecha, acercándose así, pulatinamente, al frente de la caballería.

Nebid, reconociendo de pronto las crines de sus compañeros, comenzó a relinchar furiosamente.

Y como todos los corceles de Brafan, de Ruzum y de Tulam contestaban a aquella señal con saludos impetuosos y febriles, Mafarka-l-Bar varió otra vez de rumbo e impelió a Nebid hacia el promontorio del Fulgam, adonde confiaba llevar con él a los tres ejércitos.

Sin embargo desechó esta idea, viendo tras él las dos alas, duplicando su velocidad y volviendo hacia su propio centro.

Mafarka imaginó que aquellas dos enormes masas de guerreros podían aniquilarse mutuamente, prosiguió su carrera delante del centro, aumentando el galope de su caballo, que se excitaba más y más al crepitar de la hierba seca. Daba saltos impetuosos de pantera, y trazaba con el polvo levantado torbellinos y arabescos amarillentos.

Mafarka-l-Bar no prestaba atención a otra cosa que a calcular el ángulo que formaban las dos alas de la imponente cabalgata. Era un ángulo obtuso, mas cada vez se iba convirtiendo en recto. Y el héroe reflexionaba por cuando por fin, llegase a ser agudo, podía quedar prisionero en el lazo que él mismo había tendido.

Entonces desató una tempestad de gritos disonantes al oído de Nebid y le mordió el cuello con ferocidad, luego sumergió la mano en la herida sangrante y frotó con sangre las quijadas del caballo. Este, enajenado, saltó como un resorte, tan violentamente, que cayó en el fango de un lodazal, en donde se inmergieron profundamente sus remos anteriores.

Mafarka se soltó de inmediato de los estribos y empezó a levantar a Nebid, acariciándole el cuello latente. Cuando finalmente pudo volver a montar, espoleó con fiereza al corcel, que inició rápido galope. Mas era ya muy tarde: se consideró perdido.

Efectivamente: ambas alas de caballería, la blanca y la negra, que se arrojaban ahora la una contra la otra con un ímpetu irresistible, se encontraban apenas distanciados por un espacio de mil codos. Los negros de Rumos, repentinamente ofuscados, gritaron:

—¡Al-Bar, Al-Bar! ¡El mar! ¡El mar! — confundiendo a los negros de Muláh, sobre sus albos corceles con peñascos negros que flotasen de un mar espumoso, cuyo olor ficticio enajenaba ya a los caballeros y a las cabalgaduras.

Luego, las dos impetuosas masas de hombres y de animales arremetieron furiosamente una contra la otra, precipitándose cada una sobre el alboroto de gritos que oía venir de lejos, como un ciego titán enloquecido. Los guerreros adelantaban cuanto podían el busto vociferando estentóreamente sobre el testuz de los caballos que la locura arrastraba por las fauces hacia el matadero.

Ambas columnas de caballería giraban así como destrozados cascos de navíos sobre un mar de polvo, perversamente erizados de lanzas, semejantes a arboladuras truncadas.

Mafarka oía en derredor batir y rasgarse las voces como velas en un naufragio. Sin embargo, le quedaba todavía una probabilidad de salvación y se adueñó de ella.

Como los batallones del ala derecha se habían diseminado en su impulso rotativo, para sobrepasar la cima de un cerro, vió, más allá de un atrincheramiento del suelo, un espacio

de cien codos, lleno de césped, en el que corrían solos tres jinetes.

Entonces, dirigiendo a Nebid hacia ese punto, lo proyectó como una flecha en medio de un remolino de tierra y piedras alzadas.

Era menester no perder un momento para pasar al otro lado. Mas, poco después, esta última probabilidad se disipó en un grito de furia, porque los tres jinetes se habían apiñado instintivamente.

¿Cómo poder pasar?... Mafarka se inclinó adelante, escondiendo el rostro en las crines de su cabalgadura, cuyo cuello hacía arquear con violentos golpes de riendas, y se precipitó contra el vientre del más elevado de los tres negros. La lanza de éste, horizontal, pasó por sobre la espalda de Mafarka, que lo arrojó abajo de la silla, oprimiéndole por la cintura en el cepo de su vigoroso brazo derecho doblado. El jinete negro se desplomó como un gran saco de piedras, estruendosamente...

¡Libertad y triunfo!

Mafarka-l-Bar sofrenó de golpe a Nebid, luego de haber corrido todavía un trecho de cien codos, y le hizo girar sobre sí mismo.

Entonces su corazón se regocijó con la embriaguez de la victoria, con su negro corcel

magnífico, que erguido, agitando los remos anteriores, olfateaba ya el ardoroso frenesí de la inminente matanza.

Los momentos que precedieron al encuentro formidable parecieron inacabables a Mafarka, que, ¡por fin!, pudo respirar a pulmones llenos. Sus ojos, henchidos de lágrimas de placer, gozaban deleitosamente de aquel drama de los cien mil protagonistas.

Con un estrépito ensordecedor, las dos alas de la numerosa caballería se introdujeron una en otra.

Fué, en primer término, la violentísima conmoción de un mar nocturno, en donde islas volcánicas brotaron portentosamente entre los vaivenes y los rugidos de la marejada.

Por doquier se veían hervir cúmulos de grupos palpitantes bajo un funesto vacilar de jinetes sin cabeza que, extendidos los brazos, flotaban en los ríos formados por sus caballerías.

Luego se formó como una fenomenal armadura de patas y crines, que se debatió mucho rato en un anudamiento enmarañado de lanzas y se desplomó repentinamente como una gran construcción lacustre en un lago de pez.

Pero entretanto que la noche africana se tendía sobre el desierto sus amplias alas de gris pavor, los vientos, sepultureros ciegos y colosales, de sombrío rostro, avanzaban a la carrera desde todos los puntos del horizonte.

Sus mantos de lana amarilla y húmeda chirriaban fúnebremente, mientras pasaban por encima de la espantable carnicería, vomitando insultos y escupitajos sobre los agonizantes. Alguna vez, como por un reclamo funesto, agitaban tremulamente sus barbas de hierro, y entonces alzaban, en enormes paladas, la arena empurpurada por las últimas luces del ocaso y la arrojaban sobre el hinchazón de aquella enorme carroña.

Mientras tanto, allá abajo, lejanamente, ante las tétricas montañas de Bab-al-Futuh, la humareda de las calderas de tósigos se retorcía, rojizo, como una prodigiosa serpiente, que velaba en el alto cielo el titilar de las cándidas estrellas.

III. — LOS PERROS DEL SOL

Hacia el mediodía del día subsiguiente, Mafarka y su hermano Magamal platicaban en el terrado inferior de la fortaleza, tendidos sobre almohadones de púrpura.

Sus miradas se dirigían hacia allá abajo, hacia las suaves sedas del mar, en donde varios veleros, recostados sobre un costado, con todas las velas extendidas al viento, parecían quietas en las olas floridas como mariposas sorbiendo el polen de la luz.

—Somos como esos veleros cuyo movimiento rápido no se aprecia más que por la escasa espuma que su proa va tajando ante sí... Yo debería estar complacido de mí mismo y orgulloso de mi poderío, que ha ani-

quilado en un solo día los dos formidables ejércitos de Brafan-al-Kibir y de Tulum... Pero ¡pobre de mí! ¿Ve tal vez el Sol las hordas destruídas a nuestro paso y las ciudades asoladas por nuestro empuje?... ¡Y omitimos por ello el amor y los bienaventurados labios de la mujer! ¡Omitimos, por la torpe embriaguez del poder, hasta los exquisitos banquetes de las sonrisas felices! ¿Qué restará de nosotros cuando el Sol nos haya consumido como los charcos de la lluvia?

—¡Oh, nada, hermano; pero creo que no hay cosa igual al placer de atravesar el corazón de nuestros adversarios como una granada en sazón y saborear los granos uno por uno! ¡Es tan insulso el beso de la mujer!

—¡Ciertamente! Pero ¿no añorarás jamás una apacible juventud que se desliza entre los mimos de la música y de los perfumes?

Tan pronto hubo pronunciado estas palabras, cuando en el otro confín de la ciudad brotó un vocerío aterrador que se esparció con rapidez por las fortificaciones. Los clarines de los centinelas alegraban incesantes sus aullidos tubulares, que horadaban la atmósfera de ceniza candente...

—¡Es el ejército sobreviviente, el de Faras-Magala! — exclamó Magamal, que, con

la mano puesta sobre los ojos, soñaba el dorado horizonte.

Se encontraban en la punta más saliente de los bastiones, sobre la explanada de la ciudadela de Niki-Alofa, cuyos muros, de doscientos codos de altura, tenían un espesor de tres altos de hombros y avanzaban en la campiña constituyendo un tajamar de graníticos fundamentos.

Los capitanes del ejército de Tel-al-Kebir se habían congregado en aquel punto, discutiendo acaloradamente con los centinelas, que afirmaban haber descubierto, en las panzas de la ventisca, un enorme rebaño de perros que corría rápidamente hacia la ciudad.

La noticia parecía inverosímil, ilógica. Mafarka escuchó un instante y luego dijo:

—¡Sí! ¡Sí! ¡Es cierto! ¡Los centinelas no se han equivocado! ¡Hemos de luchar con perros! ¡Faras-Magala impele contra la ciudad a todos los perros famélicos del desierto! ¡Ved, ved aquel fluctuar violáceo y negruzco! ¡No son hombres! ¡Allá, más lejos... negros cabalgan, provistos de picas, los empujan adelante! ¿Tendréis temor tal vez a esos perruchos? ¿Imagináis que están todos rabiosos? ¡Tal vez! ¡La sequía que dura ya dos meses debe haber horadado su estóma-

go, y sus lenguas pienso que se han estirado más que sus colas, lamiendo la tierra! ¡Ved, tras ellos, qué espuma blanquecina! ¡Es su baba, que resplandece como la de las babosas en la arena! ¡Estoy convencido de que todos son hidrófobos!... ¡Sus cabezas arrastradas por la tierra... sus colas se ocultan! ¡La mordedura de esos perros es fatal! ¡Y antes de la muerte, mil veces, el infierno! ¿Os hacen empalidecer a todos? ¡Capitanes! ¡Oídme! ¡No variéis de lugar las jirafas de guerra! Están bien allí... Y tened en cuenta que los perros poseen un instinto secreto. Mas no nos ven, porque sus ojos están impedidos...

Se había expresado con la ligereza de un alud y hubo de tomar aliento. Luego, levantando los ojos al cielo, cantó:

—¡Juro por Alah que arrojaré de los bastiones a todos los que a ellos se acerquen! ¡Avance la primera jirafa de guerra!

Todos se precipitaron hacia la máquina para asir las palancas de la grúa, cuyo torno empezó a lamentarse con rugidos de animal moribundo, entretanto que el gran cuello del colosal aparato se bajaba dificultosamente hasta el suelo. Una enorme roca rodó en las hondas fauces, de tres codos de ancho.

—¡Aplastaremos a vuestros perros sarnosos bajo trozos de montaña! — exclamó Magamal, que dirigía la operación.

La peña saltó por encima de las cabezas, como lanzada por un volcán, y fué a caer en el llano. Todos levantaron la cabeza para seguir con la mirada su parábola... Luego, un formidable chasquido.

Un inmenso abismo excavado por la roca en el inundante oleaje de las amarillas bestias, en donde se diseñaron círculos concéntricos que se quebraban en el tajamar de la ciudadela.

—¡Magamal! ¡Magamal! — exclamó Mafarka, — ¡dispón que conduzcan otras ocho jirafas de guerra! ¡Que se acoplen a ellas doscientos cebúes! ¡Unicamente por esta parte puede introducirse en la ciudad el rebaño endemoniado!

Él, inclinado entre dos merlones, contemplaba la enorme resaca de aquel mar de pieles enlodadas, que las bocas espumosas salpicaban de blancos horados, erizados de lenguas violáceas.

Los animales se destrozaban mutuamente, iracundos, con tremendos saltos de simio y con encarnizamientos titánicos, en torno a sus perversos pastores.

Estos eran corpulentos negros completa-
mente cubiertos de burdas pieles castañas
con la cabeza empenachada de plumas berme-
jas y con pies amplios, como de camello.

Varios de ellos montaban altos caballos
cuyos remos cubiertos de cuero, resonaban
lamentablemente en la pez del terreno.

Semejantes a encinas quemadas por el ra-
yo, vacilaban sobre sus caballerías como raí-
ces fabulosas y vivientes. Verdes musgos pa-
recían brotar sobre aquellos raros jinetes de
figuras vegetales, y no eran sino mezclas
aceitosas, cuya humedad pestilente repugna-
ba a los perros hidrófobos.

Mafarka dióse vuelta hacia la ciudad. Allí,
por un camino escabroso, avanzaba una ji-
rafa de guerra, tambaleándose torpemente
tras los grandes cebúes que la conducían. Las
gibas de los cebúes eran redondas y peludas
como cabezas humanas, y sus astas, excesi-
vamente largas, chocaban entre ellas como
las copas de un convite, bajo la jirafa, que se
balanceaba, atolondrada y ebria por el sol.

El desesperante estridor de las ruedas y el
chirriar de los tendones metálicos horadaban
el aire ardiente con fúnebre monotonía, inte-
rrumpida de tiempo en tiempo por el fragor
de las cabezas con resortes que disparaban.

Luego, un aterrador trueno al pie de la
muralla... El grandísimo risco rebotaba en
los salientes del tajamar y se precipitaba
en el inmenso oleaje de los animales achata-
dos, pulverizados... Chorros de baba se al-
zaban de vez en cuando como surtidores de
agua, hasta la altura de los terrados.

De pronto, Mafarka se sobresaltó, calcu-
lando el continuo crecimiento de aquel ejér-
cito de perros, que se empeñaba en subir por
todas las grietas de la muralla inclinada.

¡Tendría la suerte de poder enfilar todas
las jirafas de guerra en la explanada, antes
del ataque de los perros? ¡Tal vez no! Y su
desesperación aumentaba entretanto que, Ma-
famal tronaba las órdenes, haciendo cente-
llear su látigo en el aire rojo cruzado por las
parábolas de las piedras. ¡Con qué lentitud
andaban aquellos cebúes!

Repentinamente, como si un hálito frío y
ardiente a la vez le mordiera el dorso desnu-
do, Mafarka dióse vuelta y vió, en medio de
los merlones, un perro con la formidable bo-
ca abierta hasta la desarticulación, que reso-
plaba toda su baba amarillenta, con las patas
encogidas en un último esfuerzo para saltar.

Mafarka le clavó derecho en la garganta su
alfanje hasta la empuñadura, y notó que el

calor de la panza del animal subía por el acero de la hoja y le invadía fatalmente el brazo. ¡Era imposible recobrar el arma repeliendo al animal!... Resolvió arrojarlo todo al abismo. ¡Fatalidad! ¡Había perdido su alfanje, siempre triunfal! ¿Sería un funesto presagio?

No paró mientes en esta molesta idea y asomándose al muro pudo ver, respirando a todo pulmón de placer, que los perros no habían logrado todavía pasar los primeros salientes de las fortificaciones.

Luego atravesó el oleaje tumultuoso de los soldados que atendían la operación de las máquinas de guerra, contrastando el peso de los proyectiles y distribuyendo órdenes precisas únicamente con el fruncirse de sus cejas. De improviso se detuvo, y levantando los brazos gritó:

—¡Basta!, ¡están ya muy cerca de nosotros! ¡Ahora es menester repelerlos a pedradas! ¡Proceded como yo!

Todos los capitanes se habían adueñado de enormes piedras, que circulaban de las manos de unos a las de otros. Algunos se habían acercado a Mafarka, que caminaba a largos pasos por la muralla y brincaba de merlón

en merlón, conduciendo en brazos un grandísimo peñasco.

Ya a pie firme, lo lanzó sobre la manada de perros amarillos manchados de negro, relumbrantes de baba que enrojecía el sol, y en seguida se oyeron los tétricos ladridos y las estrepitosas volteretas de los que intentaban avanzar y rodaban abajo con las patas al aire. Algunos quedaban ensartados, manando del vientre rasgado la arena, las piedras y los cascotes tragados a la ventura a lo largo de los senderos. Otros, achatados, pendiendo de los salientes de los muros por el sangriento bandullo, mordían las patas de los que se aproximaban, y éstos, furiosos al extremo, daban altísimos saltos como para cazar al vuelo pedazos de carne.

El basamento de la ciudadela estaba repleto de animales muertos o heridos. Los que aún vivían, encaramándose a los cúmulos de los muertos, estrellándose en las desigualdades, sosteniéndose unos a otros con cautelosa lentitud, cubrían paulatinamente los muros de hiedras fenomenales, de lepras asquerosas que querían devorar los ojos de la ciudad, radiantes de sol.

De pronto, Mafarka retrocedió, inclinando la cabeza bajo la vehemente pirueta de un

perro negruzco que vino a chocar contra la terraza.

Era desmesurado. Todos hicieron sitio, en círculo, con un instantáneo temor, formando una rueda de pavor en torno del animal inmóvil, contraído sobre el muelle de sus propias piernas.

—¡Es mío! ¡Es mío! — exclamó Magamal, que llegaba por un camino, conduciendo por las astas de búfalo uncido con otros veinte a una jirafa de guerra, cuya figura se distinguía a través del polvo que se alzaba en nubarrones, desde la ciudad.

Hizo chasquear furiosamente la fusta que llevaba en la mano, flagelando violentamente al animal, a cuyo cuerpo se enroscó con fuerza la cuerda. Este, ahogado, saltó en el aire y nuevamente cayó con pesadez al suelo; pero arrastró su agonía convulsiva hasta los pies de su verdugo, que bailoteaba jovialmente.

—¡Apártate! — gritó Mafarka.

Era ya muy tarde, pues el perro, al morir, había hundido sus babosos colmillos en un tobillo del joven.

—¡No es nada, hermano! ¡No me ha tocado!

—¡Acuéstate aquí — exclamó Mafarka — y enséñame tu herida!

—¡No me ha dañado! — dijo Magamal sentado en el suelo y extendiendo el pie al hermano, que se había arrodillado cerca de él.

Y sonreía, enrojeciendo de alegría por el triunfo, entre lágrimas instintivas cuyo cristal el sol doraba.

Mafarka, inclinando la faz sombría, excavó pausadamente la pequeña herida con la punta de su daga, y luego tomó sus amuletos de mendicante y los colocó sobre la llaga.

—Y ahora ¡adelante! — exclamó después poniéndose en pie. — ¡Rápido, Magamal! ¡No hay que perder tiempo! ¡Es menester agrupar y poner en actividad todas las jirafas de guerra! ¡Dispón que los soldados tiren sin descanso, sin tregua, acelerando sus movimientos! ¡Es preciso que el ciclón no cese ni un instante! ¿Entiendes? ¡Es preciso que todos los soldados actúen sin tomar aliento! ¿Dónde están los furgones?

—Ya se acercan cargados de piedras.

—Bien... ¿Vosotros qué hacéis?...— tronó Mafarka a los demás capitanes. — Formad una extensa cadena para poder pasar las piedras a los que puedan arrojarlas.

¡Piedra! ¡Alcanzadme más piedras! ¡Más aún!

Y enhiesto, ante una tronera, golpeaba el suelo con el pie, extendiendo las manos como un pordiosero hambriento. De tiempo en tiempo se paraba sobre un montón de proyectiles para examinar el horizonte y se volvía hacia los rayos solares cual una flor aprisionada en jaula de oro. Finalmente se decidió, y oprimiendo un merlón entre los vigorosos brazos, como quien estrangula a un adversario, como quien desarraiga un árbol centenario, lo agitó con todas sus fuerzas para separarlo del muro.

Después, alzándolo entre sus manos entusiastas, como se alza del suelo a un niño, lo agitó con agilidad de equilibrista, pasando por sobre los montones de piedras, y enhiesto, estirando por la longitud de la roca, miró hacia el vacilar de las pieles y de las fauces abiertas, que se apilaban sin cesar, entre una gran maraña de patas sangrientas, a seis codos más abajo, sobre los salientes de la muralla.

—¡Mafarka, oh, Alah! — gritó, y el apasionamiento de su fuerza triunfante y de su valor atrevido hizo rugir su voz en los vastos pulmones. A lo lejos, ecos de bronce, acurru-

cados como gatos gigantescos, le respondieron largamente con regocijo...

Dobló las piernas, para no ser llevado hacia adelante por el peso, y luego de haber sacudido, tres veces la peña por encima de la cabeza, la arrojó violentamente al vacío.

—¡Atrás! ¡Atrás! — exclamó Magamal, viendo a Mafarka retroceder flexiblemente sin caerse.

Y los dos hermanos se hallaron fuertemente abrazados, entretanto que afuera, mil garras y mil bocas rasguñaban y mordían la superficie vítrea de los muros, desplomándose al fin en el abismo.

Las jirafas de guerra, enfiladas en la plataforma, empezaron a devastar el cielo con sus grandísimos cuellos con músculos de cables.

Magamal estaba enhiesto en la explanada ordenando la maniobra. Danzaba de alegría, aureolado por el valor, y los enormes riscos saltaban uno tras otro, dos a dos, tres a tres, muchos a la vez, efectuando parábolas pavorosas, cual planetas en derredor de la faz de aquel Sol vivo. Y batía palmas, entretanto que los seguía con una mirada burlona en su pesada caída allá en las honduras del foso, en donde semejaban explotar sobre el

cieno con rugiente pena, y reía de los sollozos que corrían en la lejanía hasta los confines del horizonte, lleno de ladridos inacabables, dolorosos.

¿No es acaso notable la desenvuelta energía de aquel joven guerrero, tan hábil al impedir el vuelo de una piedra, y tan flexible, circulando en medio de las jirafas con atrayentes brincos de gato?

—¡Oh! ¡Los negros nos proyectan perros con sus hondas de bambú! ¡Fatal invención! ¡Cuidaos! ¡Cuidaos!

Una gritería tremenda estalló en la explanada al propio tiempo que un indeciso haz ligado con cuerdas y constituído por un centenar de animales trabados que crujían los dientes. Pavoroso proyectil, cuyos extremos de carne sangrante, como triturada, habían superado el núcleo central... Estalló como un huevo y se diseminaron fuera los perros aullantes.

Muktar fué el primero en arrojarse contra aquel hormiguero de grupas perrunas, asestando terribles tajos con su alfanje. Golpeaba furiosamente en el montón, sin tregua, como un carnicero atarcado. Mas erró un golpe, y un perro al cual únicamente había tronchado las patas, le saltó al rostro con las fau-

ces horriblemente abiertas. Con un enorme salto hacia adelante, Muktar logró librarse de él, y sin molestarse casi en mirar al animal, que moría a sus pies, se dirigió hacia Mafarka diciendo:

—¡Amo! ¡Se cumplió mi destino! ¡Concededme ahora la gracia, antes de morir, de matar al negro capitán que dirige el rebaño de los perros!

—¡A los hombres de tu valor todo les es concedido! ¡Anda, Muktar!

El gigante se prosternó, levantando los brazos al cielo, rezó su oración. Luego saludó a Mafarka y se desprendió del parapeto. Todos se inclinaron entre los merlones para verlo.

Un rojo pavor corría como raudales de lava con el Sol que anegaba la llanura, y los soldados le sentían deslizarse como hielo por la espalda.

—¡Oh! ¡Hermano! ¡Hermano! — exclamó Magamal, cuyos dedos se llenaban de sangre aferrándose a la piedra.

—¿Qué deseas, Magamal? ¡Habla! ¿Por qué te estremeces así?

—¡Mafarka! ¡Deseo seguir a ese hombre!

—¡No! ¡Debes permanecer junto a mí!

—¡Oh, Mafarka! ¡Las uñas me queman

con la ansia de desgarrar la faz de aquellos negros! ¡Permíteme bajar! ¡Quiero ir! ¡Todas mis entrañas me empujan allí... Mi corazón libre de amor se llena hasta rebosar de una salvaje audacia.

—¡No! ¡No, hermano mío! ¡Desvarías! ¡Debes multiplicar el ímpetu de tu valor organizándolo con cálculos mesurados! ¡No ha llegado tu hora! ¡Deja a ese hombre, a quien no quedan sino pocos días de vida! ¡Va hacia una muerte segura!

—¡Sin embargo, hermano mío! ¡Soy igual que lo que fuiste tú en el pasado! ¡Di! ¿Te ha decepcionado el amor al peligro? ¿Acaso únicamente los muertos pueden llevar a cabo acciones memorables?

Mientras tanto, el pavor arqueaba todos los dorsos sobre el parapeto de los bastidores. Todos deseaban ver a Muktar; mas los salientes del muro le ocultaban todavía.

Y todos trepidaban de angustia, ahogados por una horrible ansiedad.

¡Finalmente apareció, fatal y desnudo, más arrogante que el único pilar en pie de un templo derruído! ¡Escollo atacado por la espumante marca de los canes!

De pronto, Muktar se adelantó hacia el capitán negro, que le aguardaba tieso en su

gran caballo recubierto de pieles verdes y tidas. Su marcha era arrogante y noblemente rítmica. Erguida la cabeza, fijos los ojos en el Sol ofuscador, sacudía indiferente un perro grisáceo que se le había prendido a la espalda, cual si fuera una grandísima babosa. Otro perro negro, pendía de su brazo derecho, a manera de escudo; estremeciéndose de modo que el asqueroso animal le daba apariencia de halconero.

El asombro y la exaltación conmovían cada vez más a los guerreros árabes, que avanzaban el torso para observar mejor, cuando más corta era la distancia que separaba a los dos enemigos terribles.

Cuando hubo alcanzado la sombra del enorme caballo, Muktar se libró con una brusca sacudida de los perros que llevaba, se plegó sobre sí mismo y se precipitó rápidamente contra el negro capitán.

El impulso fué tal, que cayó desplomado de la cabalgadura bajo el peso de Muktar. Y ambos desaparecieron debajo de una nueva oleada de animales ladradores.

En aquel instante Mafarka levantó la diestra gritando:

—¡Magamal! ¡Detente, Magamal! ¡Hemos triunfado!

Y cuando la cabeza de la postrera jirafa de guerra se retiró, resonando todos sus músculos, no había frente a la ciudadela más que un charco amarillento y cenagoso del cual cabrilleaban hocicos estremecidos.

A la distancia, un incesante ladrar, en una nube de polvo. Enhiesto en el muro, Mafarka, desnudo hasta la cintura, jadeaba de victoriosa alegría, entre las colosales jirafas de guerra, cual un almirante en medio de las altas arboladuras de su flota. Admirando nostálgicamente más allá del puerto el resplandor del ocaso, soñaba con dormirse en las fastuosas nubes, almohadones de púrpura acumulados sobre el tapiz de las olas.

Y tendía el brazo para sopesar en su poderosa mano el portentoso Sol de oro macizo que allá abajo le ofrendaba un dios invisible, como una recompensa por su triunfo.

IV. — EL PREMIO DE LA VICTORIA

Por todos los rumbos se había esparcido la noticia del triunfo en alas del céfiro de la tarde, colmando de deliciosa frescura los bronquios oscurecidos y los extraños rumores de la ciudad.

De todos lados, por los caminos y por las calles adyacentes, el pueblo, ebrio de alegría, conmovido por locas esperanzas, se expandía en charlas placenteras, entretanto que llegaba a los bastiones para victorear al protector de Tel-al-Kebir.

Mafarka aguardaba a los ciudadanos cerca de su hermano Magamal, en el terrado inferior de la ciudadela. Era la hora en la

que el Sol se baja para beber en los frescos manantiales del mar.

La luz rosada de la tarde tenía la densa y suave diafanidad de un aceite aromático con el que ungía la brisa, con sus manos femeninas, el gran cuerpo extendido de la ciudad deshecho de cansancio.

Tarde armoniosa, tarde de enervamiento y de ternura carnal, que pausadamente calmaba la musculatura gigantesca de las fortalezas, aun crispadas por la violencia, y la atemorizada osamenta de los bastiones.

Todos los ciudadanos, ebrios del boato de sus vestidos festivos se habían congregado en la plaza de Kayum, para ofrecer imponentemente al vencedor la coronal real.

En aquel oleaje de entusiasmo frenético, se había convenido que todas las doncellas de la ciudad se exhibiesen a Mafarka, a la cabeza del cortejo, para abandonarse a su deseo, aun cuando sólo fuese para complacerle el capricho de un instante.

Ya se adelantaban todas, vestidas con túnicas color canario, bien oprimidas al cuerpo y dejando libre el cuello. Portaban ramos de lilas bien florecidas; sin embargo, más que su fragancia, embriagaba la atmósfera su voz, entonando una dulce melopea, en la cual

todas las aves canoras habían confundido sus vocalizaciones para enajenar el calor glorificador y divino de aquel crepúsculo de verano.

Las más opulentas venían al trote nervioso y brincador de sus borriquillos, ornados de negras gualdrapas, con largos trenzados po-[illegible] y sartas de perlas turquíes. Y sus padres, de luengas barbas rizadas, con turbantes de seda azul, las admiraban de lejos, sobre los elevados camellos, recubiertos de sedas verdes, incrustadas de conchitas, semejantes a peñascos cubiertos de algas, en el jubiloso regocijo de una aurora.

El perfume torturante y acre de la fama hinchaba el pecho de Mafarka.

—¡No me dejes aún — expresaba; — no me dejes aún, Sol salvaje, Sol de actividad y potencia despiadada! ¡Tú arrancas de mis miembros, una por una, las garras de ánimo que me habías clavado en la carne! ¡Tus rayos de púrpura lava circulan por mis venas! ¡Ya no seré otra cosa que una playa de secas arenas, ya no seré nada, si te vas de mi pecho, oh Sol! ¡Ya lo ves; mi alma es medrosa!... ¡No sabe recibir una agobiante alegría y se ahoga en la marea de deliciosa voluptuosidad!

Cuando las doncellas se hubieron congregado en ramilletes policromos sobre las [illegible]derías del terrado, Mafarka percibió en la faz la versátil caricia de un abanico de plumas movido suavemente por una mano invisible.

Era que agitaban rítmicamente los ramos floridos, como para apartar los sueños malignos de un niño dormido. Sus cabelleras teñidas con henné, habían sido peinadas en apretadas trenzas contenidas en mallas constituídas con moneditas de oro, cuyo tintineo cristalino marcaba el ritmo de sus movimientos ondulantes de nadadoras. Y el subir y bajar suaves del deseo agrandaba sus negras pupilas de gacela y hacía balancear sus dóciles bustos.

Mafarka aspiraba la fragancia virginal de aquellas hermosas criaturas, que se le introducía en el alma por el sombrío pórtico del recuerdo, y circulaba por sus venas y por las cuerdas tirantes de sus nervios.

El abanico de sus voces y de sus ademanes le acariciaba con sublime frescura. Percibía en el pecho una mano femenina de dedos pequeñuelos y aguzados, que paulatinamente se contraía. Y su deleitosa inquietud

llegó a hacerse tan patente, que exclamó sobresaltado:

—¡Magamal! ¡Magamal! ¿Dónde estás?

Una alegría grande tuvo al sentir bajo la mano el calor agitado del rostro de su hermano, entretanto que se inclinaba hacia la masa florida y latente de las vírgenes primaverales.

Se acercaban a él en ondas aceleradas, aunque medrosas, ocultándose unas tras otras cada cual empujando a su vecina, con atrayentes mohines y con flexibles contorsiones que descubrían toda la elasticidad de sus senos en flor.

Luego, bruscamente, escondían los ojos bajo los penachos exuberantes de la cabellera, estallando en fragantes risas.

De tal modo rompen a reír las flores silvestres bajo los ojos del Sol y del Viento, en tanto que juguetean por los campos en primavera como colegiales en vacaciones.

En el magnífico cortejo de Mafarka florecían elevados alminares inverosímiles, cuyo contorno se complicaba en corredores, caballetes, arabescos y columnitas. Semejaban gigantescos lirios azules, que pretendiesen rasgar el cielo con su pistilos dorados, que

despedían ácido aroma de sudor deleitoso y cálida castidad.

—Llegamos a ti sin saber ni desear, por capricho o por demencia. Nuestros rostros han enrojecido de castidad; no nos hubiéramos atrevido jamás a presentarnos a ti... ¡Oh! ¡No es amor el que nos impele, ni menos la curiosidad! Sin embargo, la brisa de la tarde nos impulsa a tus pies, como las insignificantes ondas que mueren en la playa... ¡No nos reconvengas, son nuestros padres quienes nos mandan, y nosotras cumplimos!

Ciertamente parecía que sus lánguidos ademanes produjesen prodigios, pues aquí y allá en el cielo azul oscuro, las puntas agudas de los verdes alminares se cubrían de corolas vivientes y armoniosas, y las cúpulas de las mezquitas, teñidas de púrpura, semejaban sandías partidas.

—Traemos frutas elegidas para ti y flores a montones para refrescar tu olfato abrasado por el viento del combate... ¡porque tú eres el defensor de Tel-al-Kebir! Sabes vencer en una batalla mejor que guerrero alguno; tu fuerza es irresistible; ¡tu pecho más poderoso que los fuertes de la ciudad! Nosotras no lo sabíamos... nos lo han conta-

do... Jamás te habíamos visto... ¡Te hallabas siempre en las torres más elevadas!... ¡Tú nos desdeñas por ser tan débiles, tan inútiles, tan medrosas! ¡Tus ojazos nos atemorizan! ¡Sin embargo, si quieres, puedes tomarnos en tus brazos, una luego de otra, y llevarnos como rosas a tus labios, te dejaremos hacer!... Esto agradará a nuestros padres y tal vez a nosotros también algo...

En la altura, a cielo abierto, vagas voces batían las alas con el impulso loco de airones de color de fuego, o suavemente como palomas lanzadas al espacio con una rosa en el pico.

De improviso, Mafarka se conmovió al sentir temblar bajo su mano el rostro de su hermano.

—¡Magamal! ¿Qué tienes? ¿Por qué te estremeces?

—No te inquietes, hermano... La brisa de la tarde me hiela... No temas... El canto de estas doncellas me place...

—Mas, ¿por qué palideces ahora? ¡Magamal! ¡Magamal queridísimo!... Ha llegado la hora de tu alegría... ¡Ve a reunirte a tu esposa y adormécete mucho tiempo sobre su corazón! ¡Recibe el beso de parabién que te ofrenda Mafarka en nombre de Alah!

Magamal se dejó besar sin replicar. Pausadamente tocó con los labios la faz del hermano. Mafarka se estremeció al ardor de aquel fúnebre beso, y siguió con melancólica mirada al mancebo idolatrado que se retiraba, y que pronto palideció; luego se disipó como leve sombra...

Nuevamente la excitante sensualidad de la tarde, llegando a sus labios y a su olfato, volvió a orientar su atención hacia las doncellas sabrosas... Con un dulce gesto les rogó que se le acercasen; pero ellas cantaban a toda voz, indiferentemente, con la cabeza echada hacia atrás, con los ojos entrecerrados para aspirar mejor la salvaje fragancia de aquel macho victorioso y dominador.

—¡Aproximaos y venid a mis brazos, a fin de que pueda absorber vuestra perfumada virginidad!

En ese momento, por el encanto de las noches africanas, el cielo volvió a inflamarse como si el Sol fuese a retornar. Una furtiva coloración rosada y azulina avivó el paisaje, que la acogió con gritos de cándida alegría.

Las doncellas enmudecieron de pronto para escuchar la voz de la luz, exponiendo a la vista sus dientes pequeños y blancos como piñones; y en ese momento Mafarka habló

con voz aduladora y aterciopelada, que semejaba amasada aún con la sublime dulzura de la leche materna. Parecía, de tiempo en tiempo, que la brisa arrancase armoniosos pétalos a sus labios toscos.

En sus contornos, las doncellas, inclinándose todas, adelantando sus cuerpos elegantes y arqueados, pugnando las últimas en levantar la cabeza, por encima de la primera fila, parecían pendientes, como bananas, del tallo delicioso de su voz.

—¡Oh!... ¡Os acojo a todas! ¡Sí! Y mimo de mil modos graciosos y expertos vuestros cuerpos, luego de haberlos desembarazado de sus cubiertas de seda. Los presumo vehementes, jugosos y formados para las destrezas y para las impetuosas luchas del amor. También yo, no obstante los mandobles dados y recibidos, no obstante las noches pasadas en vela sobre las rocas, también yo sé cómo se inflaman los deseos con las suaves caricias, y cómo se rinde la picaruela gatita que ocultáis entre los muslos, con su hociquillo rojo, su pelo blando como la seda y su runrún bajo los halagos...

Hablaba caminando. El ritmo amplio y flexible de sus pasos hechizaba a las doncellas, que gemían de goce siguiendo los ademanes

elocuentes con los que precisaba el perfil de sus ideas. Veían florecer un auténtico paraíso en los labios del rey, entre el brillo de sus miradas, y soñaban con extenderse bajo la íntima penumbra de sus luengas pestañas.

—¡Deseo haceros vibrar de deleite haciendo cosquillas en todo vuestro cuerpo... en las plantas de los pies y en los ramitos fragantes de las axilas, que aullan de amor como perros a la luna de abril! Y conozco también bromas lujuriosas... Las sé por cientos... E historietas amenas, para haceros caer de risa en los almohadones... ¡Sí! Cuando os las relate os apretaréis con ambas manos la hermosa barriguita redonda, abriendo las piernas convulsivas como para los adioses de la partida y oprimiéndose sobre su presa como las pinzas de un cangrejo...

"En agosto, cuando penetra por las ventanas la lividez y el olor acre del hastío, cuando el calor os rumorea en los oídos con su voz de moscardón, ¡no basta, no es suficiente estar desnudas! Es necesario que os desprendáis también de la ardorosa seda y de la lana que lleváis en vuestros senos almohadillados de punzantes deseos! ¡Oh! ¡Entonces yo bien sé cómo se debe obrar, frotándome con violencia entre los muslos de

las mujeres y luchando contra su gentil grula de los goces, hasta aniquilaros, con los vigorosos golpes de mi lanzón, la gatita encolerizada que se alarga, maúlla, bosteza, se lame el pelo y calienta con su hálito todas las adyacencias!

"Como observáis, no os desdeño por completo... Os amo y os entiendo, con toda la sed experimentada de mi carne, en la cual la vida socavó pozos insondables, estériles y oscuros... ¡Mas, después, seréis desgraciadas!... ¿No es, efectivamente, lo que más agrado en vosotras, el deseo de aniquilaros? ¡Qué es, pues, lo que podéis esperar de una daga viviente como yo? ¡Oh! ¡Malograros antes de la primera caricia, antes de la primera entrega de vuestras pupilas licuadas de pasión! ¡Oh! ¡Malograros hoy tal como os halláis, herméticas en vuestra corteza de castidad!... Sin embargo, tal vez pienso con exceso en el inevitable placer de rasgárosla pronto, a largas tiras, así como se monda un enorme fruto tropical... Sujetarse en tal punto: ¡tal es la ardorosa embriaguez, la miel de mi deseo! ¡Mas está escrito que habéis de ser destrozadas por la rudeza de mi vigor, despellejadas y descuartizadas por la

rueda dentada de fuego de mi lascivia egoísta y ávida!...

"¡Os deseo a todas, sabrosas hijas de mi triunfo! ¡Vírgenes con ojos de dichosa cosecha! ¡Vírgenes con ojos de lucha victoriosa! ¡Premio de la sangre derramada! ¡Espléndido don de mi amada ciudad!

En ese momento, un viejo vacilante avanzó laboriosamente a través de la muchedumbre agitada, que hacía sitio para que pasase. Tenía el andar de un gran mamífero. Su nariz, adornada con un cuerno violado, y su vasta túnica castaña, recargada de gemas, lo hacían semejarse a un rinoceronte.

Sin conmoverse, Mafarka reconoció de inmediato en aquel anciano, a Biobudana, al jeique supremo y funesto consejero de Babussa. ¿Qué miedo podía infundirle un cortesano tan bajo y despreciable?

Con grandes pasos sigilosos de jaguar fué Mafarka a su encuentro, entre la enajenante florescencia de las vírgenes; luego, inclinándose con desenvuelta arrogancia, asió sin pronunciar palabra, el cetro que el anciano le ofrecía temblando.

Entonces, enhiesto, en medio del terrado, cruzó sobre el desnudo pecho los brazos vigorosos, cuya presión hizo sobresalir los pectorales, vibrantes escudos, y entonó:

—¡Alah! ¡Alah! ¡Alah!... ¡Agradezco a la ciudad de Tel-al-Kebir el cetro con que me ha honrado y las ardientes y fragantes flores de sus hijas!

"El esplendor del Sol que muere, revive en mi aurora victoriosa. ¡Seréis las sombras proyectadas por mi energía broncínea, erguida ante la faz ardiente del Sol! ¡Me acataréis sin pestañear, como al Sol acatan las sombras! ¡Invocando el nombre de Alah cito a todos los eminentes de la ciudad al convite de la coronación, en el Vientre de la Ballena!... ¡Toda la población comerá esta noche a mi mesa, que se alargará fuera del salón en que he de presidir, hasta más allá de los muros, por todas partes, en las calles de la ciudad!

V. — EL VIENTRE DE LA BALLENA

Caía ya la noche cuando Mafarka llegó a galope al camino que serpenteaba sobre el lomo del promontorio hasta la ciudadela de Gazr-al-Husan, cuya blanca masa simulaba a lo lejos, bajo los sonrojos del ocaso, como una babosa gigantesca que tuviese el faro por cabeza, con vivos cuernos de luz.

El hedor acre y pegajoso que salía de las míseras casuchas se mezclaba terriblemente en las narices de Mafarka, con la sublime brisa que procedía del mar. De ese modo la respiración catarrosa de un anciano impotente corrompe el de una virgen en flor.

Una agitación misteriosa vencía paulatinamente al rey, entretanto que se sumergía en

la sombra honorable de la ciudadela de Gazr-al-Husan, obra de su progenitor, Ras-al-Kibir, rey de los reyes africanos.

El basamento tremendo de las murallas provocaba al mar en sus risotadas de espuma, bajo la energía suprema del faro nocturno que tajaba las tinieblas apartadas con sus luminosas tijeras, testimoniando para siempre el talento de su constructor.

Y Mafarka sintió correr una conmoción por las entrañas, al admirar la huella terrestre de aquel semidiós que le había dado el ser la tarde misma, quizás, de su gran triunfo sobre los reyes coaligados del desierto.

Su padre, en efecto, había ideado la planta de aquellos subterráneos portentosos, socavados en el granito en la base del promontorio; y él mismo había orientado la construcción de aquella gruta fantástica llamada el Vientre de la Ballena, para congregar en ella a todos sus súbditos y ofrecerles el espectáculo de la muerte de sus adversarios entre los dientes de los peces famélicos.

¡Brillante ferocidad de un talento dominador, que distribuía la propia voluntad fulmínea con la exactitud siempre igual del Sol fertilizador!

Mafarka, separándose hacia la derecha de

la vía espiral que llevaba hasta el faro, se dirigió a la izquierda, sin aguardar a su escolta de conductores de antorchas, por el camino cubierto que bajaba en rápido declive hacia el subterráneo.

Él y su corcel, entonces, se sintieron como tragados por la ansiosa boca de un horno. La crepitación de un incendio invisible le orientó mucho rato, por galerías más enredadas que las venas del cuerpo humano, hacia un sombrío embudo, donde la cabalgadura se detuvo, como si los remos se le hubieran clavado en un pantano.

Mafarka no pudo ver nada en la humosa oscuridad; mas poderosos brazos se apropiaron de sus riendas y hubo de bajar de la silla.

El suelo respiraba y aflojaba blandamente bajo sus pies. ¿Habrían dispuesto para el vencedor un tapiz suntuoso, improvisado con los cuerpos de los cautivos negros? Una inmensa alegría le henchía el pecho entretanto que circulaba bajo las puntiagudas estalactitas de la bóveda, conminativa como la triple hilera de dientes de una ballena.

Todos los invitados aguardaban en pie, con los brazos levantados al cielo y las caras vueltas hacia la entrada. Al mostrarse Mafarka

bajo el trono, todos inclinaron el cuerpo, con la blanda elegancia de un bosque de algas arqueadas por la corriente.

Parecía, en efecto, que caminaba sobre la arena glutinosa de las profundidades del mar. Una fuerza vigorosa y suave a la vez, le impelía hacia adelante, con la docilidad de una liviana barca. Sentía flotar su cuerpo en el verdoso bramar de aquella atmósfera ardiente y casi líquida. Pensó en las masas enormes de agua que se balanceaban blandamente encima de su cabeza; y esta sensación hubiese sido ofuscante para él, si no hubiese oído en su contorno los rasgueos de las arpas, los gritos desesperados de las flautas, los veloces redobles de los tamborcillos y los maullidos del benjoh.

El estruendo se reproducía en las bóvedas que curvaban sus marmóreas costillas, formando el formidable esqueleto de un cetáceo.

Aquí y allá, enormes haces de banderas, en fila, se hinchaban como gigantescas agallas. A ambos lados, las paredes arqueadas de la sala eran de losas de cristal, cuya límpida diafanidad permitía ver un grandísimo acuario que se comunicaba con el fondo del mar por medio de ingeniosos dispositivos.

Aquel raro estanque estaba repleto de grandes peces, que se habían dejado coger con cebo, bordeando el promontorio, y que se movían frenéticamente, hambrientos desde el día precedente.

Casi todos los eminentes congregados en la sala, tenían los ojos clavados sobre el acuario prodigioso, que proyectaba en las mesas siniestras reververaciones de corazas, de lanzas, de atletas resplandecientes de aceite que luchasen al sol.

En tanto que los músicos invisibles empezaban a palpar y a pellizcar los muslos y los senos armoniosos de las arpas, que se contorsionaban de risa o lloraban bajo sus flameantes túnicas de acordes, Mafarka se alzó sobre un cúmulo de almohadones. Sonreía, las manos abiertas como para distribuir los dones a su alrededor, diciendo entre graciosos gestos: ,

—Os invito, mis hijos muy queridos, a sentaros en torno del acuario para contemplar la variedad asombrosa de mis peces ponzoñosos.

E indicaba con majestuoso ademán los colosales peces, contando las propiedades que los hacían temibles. Pasado un momento, manifestó a los convidados:

—Comprendo por vuestros semblantes que empezáis a tener hambre. Más tarde podréis seguir entreteniéndoos. ¡Y dado que esta asamblea de peces os atrae, luego los veréis en actividad! Y ahora, aquí tenéis viandas con las que se satisfará vuestro gusto y os colmarán la tripa...

Caminando a largos pasos, brillante la mirada y pródigo el gesto, Mafarka dominaba los platos exquisitos que se hallaban alineados en medio de la sala.

—Y no es todo esto. Tenéis también *pilan* excelente... Su cocción ha sido controlada de modo especial. También tenéis helados de vainilla, preparados con nieve mantenida durante mucho tiempo entre rosas; pastelillos de arroz y miel; vinos procedentes de España y de Francia, coñac, ron... Todo os será servido sin orden, a fin de que cada cual pueda complacer los antojos de su estómago.

Se sentaron en el piso, con las piernas en cruz, en torno a los manteles, bordados de narcisos y fragancias.

Comían con gula entre un lánguido balanceo del cuerpo, profiriendo palabras extrañas alternadas con gruñidos de gusto.

De tiempo en tiempo sus manos, de uñas encarminadas, se clavaban en el plato del

medio como gallinas que picoteasen todas en un mismo recipiente.

Mafarka, sonriendo flemáticamente, dijo:

—¡Ciertamente, estoy observando que la alegría empieza a mermar! ¡No ha de decirse que hay alguien que se hastía en mi mesa! ¡Mirad hacia el acuario, pero abrid bien los ojos, que la función será digna de vuestras augustas digestiones ¡Conductores de antorchas! ¡Poneos en fila a derecha e izquierda para alumbrar bien los peces!

Del fondo cenagoso del acuario, dos cuerpos humanos ascendían nadando con frenesí hacia la superficie. Desnudos ambos: uno, pálido, seco, imberbe, de una suavidad femenina; el otro, que le seguía pausadamente, tenía voluminoso el vientre, y, sobre su rostro estropeado, la barba se pegaba enroscada como una hierba marina. Sus pies rojos se alargaban en tiras sanguinolentas.

Ya habían llegado a la superficie y se mantenían allí, agitando febrilmente las piernas y pugnando, con fuertes sacudidas de espalda y de brazos, en dejar fuera del agua la cabeza.

Sin embargo, el espacio respirable que les restaba era nada más que un cuarto de codo de longitud. Bebían a cada instante grandes

tragos. ¿Qué podían guardar ya aquellos míseros nadadores? ¿En dónde ocultarse? Alejados de sus adversarios implacables, tenían aún instantes de tranquilidad.

Efectivamente, los enormes peces de presa los habían perdido de vista, y buscaban ahora en el fondo del acuario, hozando en los rincones y castigando las paredes con sus colas metálicas, que repercutían con fuertes chasquidos.

Su inquietud crecía constantemente, y el agua aceleraba paulatinamente su trágico columpio, arrojando cada vez más arriba los dos cuerpos hacia el techo del acuario. Una agitación terrible retorcía de aflicción la garganta de los circunstantes.

En ese momento, los peces localizaron de pronto a sus dos víctimas, y se precipitaron sobre ellas con la boca furiosamente abierta. El más vigoroso de ellos se encarnizaba contra el abultado cuerpo del anciano, mordiéndole el desmedido vientre, con tanta violencia, que por un instante fué sumido en el irrumpir de las entrañas, entre las cuales quedó enredado el hocico, como en una red.

El cuerpo desinflado se replegó sobre sí mismo, y con la cabeza hacia abajo, cayó al fondo, escurriéndose como una anguila. Al

otro se le vió tenderse de costado, sumergiéndose, con la boca enormemente abierta y las piernas tragadas por el otro pez, el cual, sacudiendo con furia la cola, golpeó contra una pared del acuario aquel residuo quimérico y sangrante. Silenciosamente, el cráneo se estrelló como un huevo sobre el cristal, y los brazos del cadáver, se separaron como para abrazar a los espectadores, entretanto que su diestra parecía esbozar un ademán de saludo.

Mafarka, conmoviéndose, echó mano a la cintura y no halló allí sus amuletos. Mas en seguida los olvidó, para exclamar en alta voz:

—¡Por Alah, mis queridos invitados, que la función se hace fastidiosa! ¡Ahora admiraremos hermosas danzarinas!

Abdalá se presentó por la puerta del fondo.

—¡Son suficientes dos! ¡Pero que sean más hermosas que los rayos de la luna en mi acuario!

—Amo, ¡míralas! ¡Su belleza maravillosa bastaría para embalsamar un paraíso!

—¿Cuáles son sus nombres?

—Libahbane y Babili.

—¡Las conozco! ¡Eran las bailarinas predilectas de mi tío Bubassa! Abdalá, haz que se aproximen... y expulsa a los músicos. Deseo un silencio completo. Los cáuticos corrompen las viandas y amenguan el sabor de la carne de mujer... ¡Sobrado veneno tienen los labios femeninos, para que haya que agregarles el de la música!

Los invitados se habían extendido de bruces, entre cúmulos de frutas y el retintín de los vasos volcados. Y el asombro les mantenía quietos, con los codos hundidos en las esterillas y la barbilla entre las manos, porque un escalofrío prodigioso circulaba por la sala.

—¡Por Alah! — exclamó Mafarka. — ¡Retírense las luces! ¡No deseo ver en mis contornos caras convulsas de lascivia! ¡Es conveniente cubrir de tinieblas la faz humana cuando el deseo sensual le estruja y le retuerce como una tela mojada!

Los siervos retiraron braseros y antorchas. Sin embargo, todavía podía verse bastante porque dos cajas repletas de resina ardiendo permanecían olvidadas, y sus rojizos resplandores vacilaban sobre los invitados.

Las dos almeas se adelantaban, deslizándose con la languidez del céfiro entre las hojas de los árboles. Una preciosa tela de hilo de oro, de viviente suavidad, oprimía todo su cuerpo con excepción del vientre, los brazos

y los pechos, libres y ungidos con una mate-
ria fosfórea que relucía.

Ambas tenían negros los cabellos y la fren-
te oprimida por una banda purpúrea. Su cara
oval, de una pureza asombrosa, parecía cin-
celada con amor por los halagos del mar.
Y la palidez de sus mejillas era casta y ar-
dorosa, pero sus ojos tormentosos, llenos de
resplandores turquíes, poseían la frescura
electrizada de ansiedad de los campos fre-
cuentados por el rayo.

Caminaban con lentitud, deslizándose fur-
tivas entre los circunstantes extendidos co-
mo en un campamento nocturno.

De improviso, Babili vino a tenderse ante
Mafarka, y débilmente, con infinitas perezas,
se desató la veste y se libertó de ella como de
una capa dorada, de la que brotó el cuerpo
como un fruto apetitoso, cuya carne perfu-
mada debía quemar.

Libahbane se inclinó sobre ella fingiendo
pausadas caricias. Sus manos circulaban sin
cesar sobre las caderas y sobre el curvado
vientre de Babili, sin rozarle... Luego, con
sabio ritmo, sus dedos vagaron sobre los agu-
zados pezones de la compañera, resplande-
cientes de fosfóreo fulgor. Y la piel de ter-
ciopelo de la pequeña almea tendida se estre-

mecía bajo aquella caricia como el mar con-
movido por la brisa de la tarde.

Durante un largo rato Babili vibró de pla-
cer, con la deliciosa uniformidad de un es-
pasmo persistente... Y al fin Mafarka, al-
zándose sobre sus codos, dijo:

—¡Abdalá! ¡Que den cantáridas a estas
doncellas!... Haremos un juego muy entre-
tenido. ¡Pero es necesario una completa obs-
curidad! ¡Apagad también esas dos luces ber-
mejas!

La orden fué acatada. Los tizones resino-
sos agonizaron...

—Bien. Ahora tú, Libahbane, y tú también,
Babili, ¡acercaos a nosotros y elegid los ma-
chos más vigorosos y más bellos!

—¡Si no podremos verlos!... — replicó
Libahbane, con una voz suave como un humo
violeta...

—¡Tal justamente es el juego!... Para
elegir os orientaréis por el olfato, o mejor
acataréis el instinto de vuestra vulva, pues
los ojos podrían ilusionaros, u os dejarían
atraer por los bordados de mi túnica...

En la obscuridad, los alientos de los invi-
tados silbaban irritados y profundos, con ba-
bosos gorgoteos y suspiros de deseo, en tan-

to que las bailarinas pasaban saltando en las tinieblas.

Repentinamente, Mafarka sintió deslizarse en sus brazos un cuerpo de mujer ardoroso y gélido a la vez... ¿No era por ventura el vientre escamizo de uno de aquellos peces del acuario, que se habían ocultado cuando la luna hubo declinado?

Sin embargo, la boca misteriosa que se adormecía en la suya era suave y ondulante; tanto, que sus entrañas se estremecieron de deleite y de pavor. De un salto se irguió y, repeliendo a la mujer, rugió:

—¡Basta! ¡Retírate! ¡Retírate¡ ¡Esclavos! ¡Encended las antorchas! ¡Atad a estas mujeres y lanzadlas a los peces!

Un horrible mugido le contestó. Todos se habían alzado en las tinieblas, apretujándose unos a otros y gritando alborotados, como pájaros enjaulados en las cámaras de un barco durante la borrasca. Mafarka abrióse paso entre la multiud, a codazos, brincando de uno a otro lado como una fiera.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Tiradlas a los peces! ¡Las amaréis más aún después de muertas!... Mas, vivas... ¡no, no! ¡No deben continuar vivas entre nosotros!

Luego dióse vuelta hacia las almeas, y las insultó soezmente:

—¡Maldición! ¡Maldición! ¡Al igual que las moscas y las mariposas, poseéis trompas para absorber la fuerza y la fragancia del macho!... ¡Así como las arañas, os coloreáis hasta adquirir los tonos de pétalos de rosa y despedís perfumes perturbadores para atrapar insectos como nosotros, ansiosos de flores!... ¡Os llenáis de escamas para asemejaros al mar resplandeciente por el Sol, y nuestra sed de frescura nos convierte en vuestras víctimas! ¡Os llenáis de objetos sonoros, porque los tigres se hechizan ante el retintín de una campanilla! ¡Todos los tósigos del infierno se encuentran en vuestras miradas, y hasta la saliva sobre vuestros labios tiene reflejos que aniquilan... sí, que aniquilan como puñales!

Muchas voces se oyeron en las tinieblas:

—¡No! ¡No! ¡Su vida es nuestra! ¡Son doncellas castas e inocentes! ¡Son bailarinas sagradas!

—¡Salid! — contestó Mafarka. — ¡Precipitad al acuario esas criaturas que me corrompen la sangre con sus miradas!

Y mientras las antorchas volvían a resplandecer, desapareció Abdalá llevando con-

sigo a las dos bailarinas, entre el vocerío ensordecedor de la muchedumbre...

En ese instante, un esclavo aproximóse a Mafarka y le susurró al oído algunas palabras.

El rey palideció terriblemente, y abandonó la sala como un ciclón, atropellando a los invitados.

VI. — UARABELI-CHARCHAR Y MAGAMAL

Habían recorrido ya el camino cubierto, y Mafarka se detuvo para reanimarse; luego, como herido por una idea ponzoñosa, rugió al mensajero:

—¡No he comprendido bien! ¡Repíteme tus palabras!

Lo había asido por la garganta, y lo agitaba como a un saco repleto de bestias asquerosas.

—¡Amo! ¡Que me ahogas! ¡Soy inocente!

Mafarka soltó al esclavo, que rodó a tierra.

—¡Sí, lo sé, sé que eres inocente! Sin embargo, la verdad... ¡Deseo conocer la verdad y me la niegas!

—¡No, amo; nada te oculto!

Y el siervo, sollozando, repitió su información:

—Había una multitud en el portal... Estaba sombrío porque nadie había creído necesario encender luces... Las mujeres aullaban como fieras... Yo vigilaba aquí y allá inquiriendo qué había ocurrido... ¡Nadie me respondía! De pronto, Fatima se me aproximó y me dijo: "Corre hacia la fortaleza de Gazr-al-Husan y di a Mafarka que venga de inmediato, porque su hermano Magamal hállase muy enfermo".

—¿Cómo enfermo? ¿Qué me quieres decir? ¡Enfermo! ¡No es posible! ¡Se encontraba tan bueno ayer!

Y Mafarka, con la mordedura del desvarío en el corazón, se agitaba airadamente injuriando al esclavo:

—¿Qué te quedas ahí con la boca abierta? ¿No hay un caballo? Necesito uno... Sin él no llegaremos hasta mañana... ¡Está tan distante! ¡Hacia el otro lado de la ciudad! ¡Golpea, golpea también tú! ¡Golpea las puertas y solicita un caballo para el rey!

Sin embargo, en las casuchas no respondían. ¡Estaban silenciosas como tumbas va-

cías, bajo las estrellas murientes en el creciente resplandor de la Luna!

Mafarka extendió el puño contra ellas furiosamente, y vió con pavor el faro que imitaba su ademán, irguiéndose como un enorme brazo y esparciendo alrededor a raudales sus gemas luminosas.

Sin embargo no era otra cosa que una alucinación, y el rey se frotó los ojos vigorosamente para librarse de las tinieblas que le alteraban el cerebro.

—¡Marchemos de inmediato! — gritó finalmente. — ¡Es necesario correr!

Mafarka y su siervo pasaban ahora el barrio de los pescadores. En ese dédalo de callejas que se retorcían y se anudaban volublemente, el pavimento cenagoso le obligó a hacer más pausada su carrera. De tiempo en tiempo, el siervo golpeaba en una puerta; mas nadie daba señales de vida, pues todos los hombres se hallaban en alta mar pescando.

A la entrada de una caserna encontraron, finalmente, un caballo y una antorcha, especie de minúscula caja de hierro, que tenía por cabo una larga pértiga. La colmaron de resina inflamada, y Mafarka saltó a la silla aguijoneando furiosamente a la cabalgadura. El

esclavo marchaba a su lado, al viento su cabellera de llamas, portando una porción de combustible de reserva en la chilaba, que se inflaba a la espalda como una joroba.

Se oían con intermitencias los ladridos iracundos y vengativos que desolaban la obscuridad.

—Son perros rabiosos... — exclamó el esclavo.

Mafarka se detuvo, con el corazón en suspenso.

—Han penetrado a centenares por los boquetes de los bastiones y han atacado a mujeres y niños.

—¡Es preciso exterminarlos a todos! ¡A los perros y a quienes hayan mordido! — manifestó Mafarka.

Tan pronto hubo pronunciado estas palabras, cuando una ola de voces roncas y estridentes gritos le asaltó al doblar la calle de los Armeros. Debajo, en una calleja que moría en una plaza profunda como un embudo, se agitaba una multitud de mujeres desgreñadas, una monstruosa maraña de brazos que hormigueaba bajo las garras blancas de la luna.

—¿Ves, amo? ¡Tratan de cazar a los perros!

Mafarka volvió a excitar a su caballo, que cambiaba a cada momento de andar, como si hubiese sido acometido de extraña angustia. De tiempo en tiempo erguía sus orejas, viendo deslizarse sobre los muros blanqueados por la lechosa luna la propia sombra transformada fabulosamente, y la del esclavo, que parecía morderle en los calcañares como un perro...

¿No era acaso como la baba de un perro rabioso esa luz plateada y glutinosa sobre los muros?

Mafarka hizo apurar el galope al pasar por la desembocadura de las callejas en el puerto. Allá, en la infinita hondura, el mar espumoso se contorsiona erizando el pelo, con aullidos como un perro. ¡Igual que un perro! ¡Y así como un perro, Mafarka sufría el espanto de aquella fúnebre noche, que lo arropaba brutalmente, vomitándole en los dorsos sus ráfagas gélidas!

El rey y su siervo irrumpían ahora en el barrio de los opulentos. A la derecha e izquierda negocios, en los que se adormecía un comerciante sentado en el suelo, con las piernas en cruz y con el cuerpo brillante por la gran cantidad de lámparas encendidas. A la distancia, aquellos negocios semejaban bocas

de juglares negros, tragadores de fuego.

Paulatinamente, los negocios llenos de luz, quedaban lejos. Aquí y allá bostezaban humildes tabernas sombrías, medio muertas, como bocas de ancianos, con una sola lámpara, semejando el último diente amarillo y fúnebre, y frente a las puertas cúmulos de frutas putrefactas, baba y asquerosos escupitajos.

Mafarka aguijoneó al caballo para huir de su hálito bituminoso de pelo ardido...

Finalmente, entre una gran gritería, el rey y su esclavo se introdujeron en el patio de la casa de Uarabeli-Charchar.

Sintió que un indeciso pavor retorcía sus entrañas, entretanto que hendía la turba de sirvientes, atareados, bajo los ojos alargados de la Luna, encaramada en lo alto del terrado.

Ante él fluctuaba una multitud negruzca de gimientes mujeres. Extendían las manos, y de sus bocas surgían continua y monótonamente desconsoladas plegarias, lastimosos gritos.

Dentro del círculo de las plañideras, una mujer de imponente estatura agitaba, de cuando en cuando, con una ligera vuelta sobre sí misma, los paños ondeantes de su túnica negra desgarrada. Levantando una va-

rilla de marfil, ajustaba el ritmo rotatorio de las otras mujeres, que se aceleraba, penetrando en la casa como un viento de tempestad, y salía penosamente, deslizándose como un humo pringoso que alimentase fuegos de magia.

Sobre el umbral, hallábase un gran negro. Prorrumpía en rugidos de chacal irritado, rompiendo la melopea de las plañideras, apostrofando a las que se atropellaban por entrar en la casa. De momento, parecía atacado de un frenesí, pues sacudía la cabeza y en la enorme boca abierta se veía moverse la lengua cual un reptil ponzoñoso.

—¡Rugid, rugid con más potencia! ¿Os fatigáis, bestezuelas infames? ¿Deseáis que os excite a golpes con mi nervio de hipopótamo? ¡No! ¡No entonéis eso! ¿Qué es lo que decís? ¡No, no es cierto lo que cantáis! ¡Magamal no ha muerto! ¡Callad! ¡No cantéis más, estiércol de perros! ¡Acabad de moveros así, rítmicamente, como lagartos! ¡Quietas, no os mováis!

Hassan corría de un lado a otro, conminando a las mujeres y escupiéndolas en el rostro. Algunas guardaban silencio durante un momento, acurrucándose ante él y cubriéndose la cara; luego, recomenzaban pa-

vorosamente su melopea, en cuanto se apartaba, para estrellarse contra las otras.

De pronto, Hassan asió un incensario, que sacudió tres veces en el aire... Luego lo lanzó a un rincón, y corrió a apoderarse de un gran alfanje.

Irguiéndose, entonces, cuan alto era, y esgrimiendo el arma formidable, se acercó al más fuerte de los árboles que sombreaban el patio y empezó a cortar el tronco, a tajos profundos.

Un olor muy agudo de drogas brotó de la herida vegetal. Hassan rugía:

—¡Genio maldito! ¡Deseo ensangrentar tu arrugada faz con la hoja virgen de mi hermoso alfanje! ¡Salid! ¡Sal de esta mansión! ¡Te conjuro a penetrar en el tronco de este árbol!

Repentinamente, por maravilla, el árbol se animó, se retorció como presa de un misterioso histerismo y cayó al suelo con gran estrépito.

Pero, ¿en dónde se hallaba Uarabeli, la bella prometida de Magamal?

Mafarka entró en la sombra de la cámara nupcial. En torno, sobre las columnas, esfinges y fantasías de granito se alzaban, inmóviles, con sus barbas entrelazadas. Y el rey creyó oír el jadear terrible de sus pulmones

ampliados por el esfuerzo, como si aquellos monstruos pretendieran librarse de sus lazos pétreos para saltar hacia adelante.

Resbaló sobre algo así como un fango blancuzco, sin reconocer lo que era. Mas un olor ardiente y dulce de semen humano y de podredumbre hirió su olfato, y sus ojos, habituados paulatinamente a la penumbra, adivinaron los restos de un cadáver femenino, diseminados por todas partes, en torno suyo, funestamente, como después de una flagelación.

Entonces, estremeciéndose de angustia, llamó al siervo, que avanzó conduciendo su antorcha de resina flameante.

El lecho se hallaba en absoluto embarrado de una especie de cieno escarlata y parecía arrasado en una lucha infernal. Entre los almohadones, calados de sangre, se observaban mechones de cabellos, vértebras y huesos que semejaban haber sido triturados por un tigre loco de lascivia.

Y Mafarka, con el corazón tembloroso y como delirante, miró mucho rato los restos miserables, de los que se desprendía un negro olor de sensualidad.

¡No quedaba más que aquello de la divina Uarabeli-Charchar!

Una enorme sombra atrajo las miradas de sus ojos, llenos de terror. En lo alto, junto a la bóveda, se descubría una rara figura encogida, pegada al capitel de una pilastra: un monstruo negruzco que parecía a la vez a una colosal babosa y a un enorme pajarraco nocturno. Sin embargo, aquel monstruo tenía los movimientos de un gorila pendiente de una rama, con el cuerpo replegado y la cabeza metida entre las espaldas.

Un hilo de baba blanquecina circulaba a lo largo de la columna y caía a gotas en las piedras del pavimento, cortando la melopea de las plañideras, que se debilitaba melancólicamente como presa del sueño. Un ladrido distante, rojo y persistente, la interrumpió de improviso.

Entonces Mafarka reconoció repentinamente, sobre el capitel, el cuerpo encogido de Magamal, y rodó por tierra, estrujándose los brazos de aflicción.

Sollozos hondísimos, lejanos, brotaban trabajosamente de su pecho y le llegaban a la garganta, entre los dientes, que castañeteaban con energía. Y el corazón le latía, le latía furiosamente entre las costillas, a derecha, a izquierda, achicándose para encontrar una salida, como un cautivo entre los barrotes de una reja.

—¡Oh! ¡Hermano mío! ¡Mi amado hermano! ¡No me conoces y ya vas a morir! ¡Te emponzoñó la sangre mortal dentellada, y has devorado al motivo de tu amor, a la bella Uarabeli, tu prometida adorada! ¡Oh! ¡No! ¡No te ensañes así contra ti mismo, cual si fueras la estatua del remordimiento! ¡También yo deseo morir! ¡Abrázame todavía! ¡Y clávame tus dientes, si esto puede servirte de consuelo! ¡Aquí están mis brazos para oprimirte contra mi corazón! ¿Qué será de mi vida sin tu sonrisa? ¿Podré acaso soportar el recuerdo de tu agonía terrible? ¡Oh! ¡Tus manos! ¡Tus buenas manos blancas! ¡No te las devores así! ¡No te rasques el pecho, retorciéndote como una serpiente! ¡Aquí me tienes para darte reposo, para calmar tu hambre y tu sed! ¡Aquí están mis mejillas para apagar el rencor de tus dientes! ¿Qué significan la fama y la corona si sólo pretendílas para ofrendártelas como juguetes? ¡Y has de morir sin concederme una mirada... sin ofrecerme toda tu pena en el último beso... sin encomendarme tus últimas lágrimas como un tesoro!...

De pronto, el cuerpo de Magamal se soltó del capitel y cayó pesadamente sobre el pavimento, al pie de la pilastra...

Mafarka huyó rugiendo furiosamente...

VII. — EL DISCURSO FUTURISTA

—¡Mafarka! ¡Mafarka!

Sobresaltado, se despertó Mafarka bajo la ardorosa lava del crepúsculo del africano Sol.

Había dormido durante mucho tiempo en la cueva de una roca abrupta, al final de una ensenada que unía al mar por un estrecho canal. En su contorno, un hervir púrpura de las olas, fogosas de locura y de contenida fobia.

En alta mar, galopa sin freno la tempestad...

—¡Mafarka! ¡Mafarka! ¡Amo! ¡Señor¡

Púsose en pie de un salto.

—¿Quién llama allá abajo, tras el promontorio? ¿Quién llama pese al ronco gritar de las olas?

Un velero de escarlata y ébano asoma en el canal, precediendo a otros tres que se tambalea, sin avanzar, repletos de marineros negros y semejantes a tinas pletóricas de uva sobre los carros vacilantes por una carretera llena de baches y de rodadas.

Los marineros voceaban simultáneamente, como condenados, para superar a la potente voz del mar...

—¡Amo! ¡Aquí están tus hermanos, tus hijos, tus compañeros en las luchas, que vienen a ofrecerte... ¡Oh!, ¡no!... ¡a rogarte que aceptes el poder supremo!

Mafarka, enhiesto, inmóvil, replicó escupiendo en el mar:

—¡Puf! ¡Puf! ¡Huíd, raza de perros y de siervos apaleados! ¡No puedo perder tiempo en razonamientos con imbéciles, con bellacos! ¡Carecéis, pues, de una idea que os pertenezca, de una voluntad propia! ¡Oh! ¡Abdalá! ¡Bien podíais haberos evitado este viaje! ¡Tú, mi hermano de armas...; tú, el joven capitán bizarro a quien he distinguido más que a otro alguno! ¿Qué sangre circula por tus venas? ¿De qué materia estás hecho para haber experimentado la necesidad de precipitarte

hacia mí como un niño entre las faldas de la mujer? ¿Qué tienes por corazón para no haber sentido jamás el deseo de matarme para ocupar mi lugar? ¿Tan larga es la vida que quieres malgastar la mitad postrado de hinojos ante mí? ¡Ciertamente, yo he huído por temor de envejecer con un mezquino cetro entre las manos! ¡He tenido terror de conformarme con la decadencia de la edad y con las futuras vilezas!... Sí, he tenido envidia y celos de ti y de tu juventud victoriosa, que uno u otro día me hubiera superado. ¿Me hablas de recuperar el cetro? ¡Mejor es un cayado de pastor! Sé que habrán de acusarme de dejaros sin defensa ante los adversarios luego de haberme aprovechado para elevar sobre vosotros mi grandeza... ¡Pero no es, ciertamente, para vanagloriarse de ello, puesto que os devuelvo el cetro conquistado! ¡Ya he gozado de él con exceso! ¿Qué queréis? ¡Me he hartado bien pronto!

—¡Gloria a ti! ¡Mafarka! ¡Gloria a tu fuerza irresistible! ¡Solicitamos tu brazo omnipotente!

—¿Qué podríais hacer de él? ¡La guerra ha fenecido! ¡Podéis predecir al mundo que ahora soy constructor de pájaros mecánicos! ¿Os causa risa? ¡Ah! ¿No comprendéis, pues?

¡Fabrico y pariré a mi hijo, pájaro irresistible y colosal, que tiene grandes y ágiles alas para alcanzar las estrellas! Nada tendrá poder sobre él. ¡Ni las borrascas ni los rayos! Allá abajo está, hacia el final del golfo y podéis verle... Hace treinta días que dura mi tarea, y jamás he temido no poder hacer de él el hijo digno de mi alma... ¡El infinito será suyo! ¿Creéis imposible ese milagro? ¡Porque no tenéis fe en vuestra potencia de machos! ¡Es preciso tener la alegría y la voluntad de abandonarse al prodigio como un suicida se entrega al mar! ¡Con mis propias manos he tallado a mi hijo en la madera de una joven vecina! ¡He hallado una mixtura que convierte las fibras vegetales en carne viva y en músculos vigorosos! La faz de mi hijo es armónica y potente, mas nadie le ha contemplado todavía... ¡Trabajo en él con mi escalpelo en la noche a la luz de las estrellas, y de día le oculto entre pieles de tigre, para evitar que los obreros le mancillen con sus bestiales miradas... Los artífices de Milmiláh fabrican bajo mi dirección, una gran caja de hierro y encina que protegerá a mi hijo contra la violencia del viento. Son dos mil arrojados a fustazos de sus pueblos y dominados por mi voz... Los tejedores de Lu-

gahurso alistan entre tanto la tela fuerte y ligera que cubrirá las grandes alas palmeadas de mi hijo. Es una tela inalterable, tejida con fibras de palmera, y que tiñe al Sol con las distintas tintas del oro, del óxido, de la sangre...

Marchaba a saltos sobre las puntas de las peñas. Su cuerpo semejaba estar exento de la gravedad humana, que de tiempo en tiempo parecía transformarse en libre y alado como un águila protegiendo su nido.

—¡Trasladaré toda mi voluntad al cuerpo joven de mi hijo! ¡Será poderoso con toda su belleza, que no fué jamás atormentada por el espectáculo de la muerte! ¡Le transmitiré mi alma en un beso; viviré en su corazón, en sus pulmones y en el cristal de sus ojos y apareceré en las ventanas púrpuras de sus labios!... ¡Será más hermoso que todos los hombres y también que todas las mujeres de la tierra! Su estatura gigantesca llega a los veinte codos y sus brazos todopoderosos pueden mover durante un día entero dos alas más fuertes y grandes que las tiendas de los beduínos y que las techumbres de vuestras chozas... ¡Y sabed que he concebido a mi hijo sin la cooperación de la vulva! ¿No me entendéis?... Oídme, pues... Una tarde, repentinamente,

me pregunté: ¿Acaso necesito gnomos que circulen bajo mi pecho, como marineros bajo cubierta, para alzar mis brazos? ¿Hay, tal vez, un capitán bajo la casilla de mi frente para abrir mis ojos como dos lumbreras? A estas dos preguntas mi espíritu seguro ha respondido: ¡No! ¡Y he deducido que es posible emprender, sin el concurso y la repugnante convivencia con la matriz femenina, un coloso eterno de alas imbatibles! Nuestra voluntad debe brotar de nosotros para apropiarse de la materia y transformarla en nuestro capricho. Así podremos formar cuanto nos rodea y renovar infinitamente la faz del mundo... Pronto, si vigorizáis vuestra voluntad, concebiréis hijos también vosotros, sin recurrir a la vulva de la mujer. ¡De este modo he aniquilado yo al amor, sustituyéndole por la ideal voluptuosidad del heroísmo! ¡Ese es el nuevo deleite que librará al mundo del Amor cuando yo instituya la nueva religión de la Voluntad purificada y del diario Heroísmo! ¡Ensalzo la muerte violenta que corona la juventud, que nos lleva cuando todavía somos merecedores de sus transportes divinos! ¡Guay del que deja que su cuerpo envejezca y que su espíritu se marchite!

Cuando escuchó estas palabras, el hijo de

Muktar se levantó gigantesco sobre el bauprés y expresó estas palabras:

—¡Creo en ti, Mafarka! ¡Verásme morir en el esplendor victorioso de mi juventud!

Luego, desde lo alto de la proa, se arrojó abiertos los brazos, sobre una aguda roca sobre la que quedó clavado por mitad del cuerpo, deslizándose luego ensangrentado como los atunes que la tempestad arroja a los escollos.

Rugidos contestaron a su último gemido desgarrador.

—¡Silencio! — gritó Mafarka. — Yo levanto la voz porque ni la misma Muerte tiene facultad para quitarme la palabra.

Provocaba al viento que lo golpeaba con violencia, como una multitud que alza en cien brazos a su déspota o a su libertador.

—¡Admirad mi alma endurecida, y mis nervios flexibles y vibrantes, bajo la voluntad inexorable y lúcida! Mi cerebro metalizado ve por todos lados ángulos exactos, en rígidos métodos geométricos... Los días venideros están enfrente de mí, fijos, rectos y paralelos como las vías militares bien delineadas por los ejércitos de mis intenciones... ¡Y el pasado de mi juventud anulado, tachado!... Yo también he disfrutado noches de amor en

las que me agradaba vendarme los ojos con los castos brazos de una virgen... ¡Y ocultaba la cabeza entre los fragantes senos, para no ver los remordimientos multiformes, que se alzaban como nubes en el horizonte! ¡Sí! ¡El amor... la mujer... todo ello puede ocultar por un instante el cielo y llenar el vacío del espacio!... ¡Mas yo he suprimido estas cosas de mi memoria! Y, no obstante, ¡cuán dulces sombras hay en mi país, en donde la luz del crepúsculo es acogedora e íntima!... ¡Las estrellas eran tan familiares! ¡La noche tan tolerante como mi bajeza!

Entre los brazos de las mujeres, recordaba las debilidades diurnas y sentíalas deslizarse por mis pies, llegarme al corazón, cosquilleándome los nervios contraídos y febriles, entretanto que mi imaginación tenía deleitosas ansiedades doradas con el vuelco fugitivo de las sensaciones... ¡Todo esto es la ponzoña de la vida!... Entonces yo disfrutaba y sufría por todo: ¡por vivir y por amar, por soñar y por auscultar mi martirio en la oscuridad! ¡Poesía! ¡Poesía! ¡Oh, sublime podredumbre del alma! ¡Por fin he llegado a ser como deseo: entregado al suicidio y presto a concebir el dios que cada uno lleva en las propias entrañas! ¡Mi muerte es indispensa-

ble para su vida! ¡Es mejor así! ¡Oh el éxtasis de abrirse como una cáscara de huevo, de cuyo seno ha de salir el polluelo perfecto! ¡Balanza de la vida y de la muerte! ¡Apúrate a pesar mis días! Llevo en mis manos mi sino, como el cuello de un caballo leal, presto a conducirme adonde vuela el águila de mi deseo.

"¡Predecid al pueblo de Tel-al-Kebir que Mafarka abandonará pronto su alma en la boca de su hijo Gazurmah, el irresistible señor del espacio, titán de enormes alas anaranjadas!"

Mafarka corría de un lado a otro sobre las cúspides de la escollera, instigando al deleito de morir a todas aquellas vidas que se retorcían de placer sobre el cuerpo estremecido de la gran diosa negra.

Tenía la voz bronca y convulsiva del hombre que a fuerza de halagos impele a la carne de su amante idolatrada hasta un espasmo espantoso, diciéndola: — ¡Disfruta, disfruta, mi amor! ¡Disfruta siempre y con todo tu cuerpo! ¡Con tus tetitas y con tus dos boquitas rosadas!... Padeces de placer, ¿no es cierto?... ¡Oh! ¡Padece más todavía!

Allá abajo los veleros se escurrían, negros, danzantes e ideales, en el turbión de la tempestad, y su línea de flotación, blanca de espuma, reía desordenadamente sobre el ébano de las ondas, semejando la boca de un negro.

VIII. — LOS ARTIFICES DE MILMILAH

Ya el sol se lanzaba al mar como un nadador, cuando Habibi y Luba arribaron al bosquecillo de plátanos de los Hipogeos. Eran dos aldeanas misteriosas, ágiles y pequeñas, con caras de un color de madera cortada y abrillantado por el Sol. Iban oprimidas en túnicas obscuras y suaves. De su rostro no se veía más que los sombríos ojos, circundados de kohl, que lucían bajo la línea de las cejas y bajo el arco injurioso del brazo desnudo, broncíneo que sostenía encima de la cabeza un cestillo pletórico de frutas. Sus cabellos negros, trenzados y con mechones en forma de higos en sazón, acrecentaban su gracia salvaje. Se insinuaron calladamente bajo la

sombría bóveda, para ocultarse detrás de las columnas.

Ansiosas, examinaban con la mirada la playa, allá abajo, en donde una enorme caja de hierro se veía rodeada por el ir y venir de los hombres desnudos que se doblaban rítmicamente a lo largo de la negra armadura, bajo la vasta curva de los martillos que esgrimían.

—Todavía está allí... ¿Le ves, Habibi?... ¡Mafarka es aquel hombre imponente sobre las peñas, con la enorme fusta que ondea como una bandada de pájaros nocturnos!

—¡Preferiría que Guna y Gemela no nos hubieran visto!

—¡Oh! Hemos adelantado mucho tiempo y se hará de noche antes que arriben aquí.

—¡Oh, Habibi! ¡Di!... ¿Vendrá Mafarka?

—¡Sí! ¡Sí! ¡No tardará! ¡Abrázame! Soy tan dichosa como tú, si Mafarka nos quiere a las dos. No sufro cuando te mima...

—¡Nos distingue sobre todas! ¡Estoy cierta! Acepta todos nuestros obsequios... ¡Los que le traigo hoy son deliciosos!

—¿Qué le traes?

—Plátanos, pastelillos con aromas de rosa y conservas de dátiles.

—Y yo, vino de Siria, almendras, pista-

ches... ¡Cosas muy buenas! ¡Pruébalas!

—Sí, muy buenas... Pero le falta tiempo para saborear lo que come. Todo lo engulle con celeridad, como veneno, para terminarlo en seguida.

—¿Has visto sus ojos? ¡Cuando estamos desnudas y nos besa, se asemeja a un lobo devorando corderos! Ayer tarde me quedé sola cerca de él, entretanto que trabajaba allá abajo... Estaba escondida tras una roca... De pronto me vió y, su hacha, se arrojó sobre mí... Yo me dejé asir... Me tronchó de placer... ¡Luego, poniéndose en pie de un salto, descabalgó de mi cuerpo desnudo y regresó a su trabajo sin mirarme siquiera! ¡Mas cuán bello es ser poseída por él! Yo pasaría mi vida adorándole así y viniendo todas las tardes a postrarme a sus pies... Unicamente sufro cuando está con otras mujeres...

Habibi y Luba se habían agazapado en la penumbra, al pie de las columnas, y levantaban con esmero los velos rosados que ocultaban sus cestillos de frutas y dulces preparados con arte.

En aquel instante, un rumor de frescas voces anunció la presencia de las otras muchachas. Eran seis mujeres árabes, cubiertas de

sedas turquíes... Algunas llevaban un pequeñuelo de horcajadas en la cadera, otras hacían balancear con habilidad las ánforas sobre la cabeza o caminaban con una cesta a la cintura y con dulce latir de los senos bajo la túnica. Su busto se curvaba de manera que el vaivén gracioso de la cabeza descendía suavemente y se perdía en la sinuosidad de las nalgas elegantemente redondas.

El rumoreo melodioso de las mujeres se unía al ruido del mar, componiendo un lamento ahogado, mientras a la distancia se oía el tosco canto de los trabajadores...

Habibi expresó en voz baja a su compañera:

—¡Ah querida mía!... ¡Cuánto ansío sus besos esta tarde!... ¿Y tú? ¡Sin embargo quizás prefiera a nosotras una de esas necias que no le quieren. ¡Siento arder de pasión mis pechos! ¡Pálpalos! ¡Cuán duros están!

—Es verdad... ¿Y los míos? Fíjate: aquí, aquí, bajo la camisa... ¿Ves? ¡Bésame, Luba, porque me domina el temor de oír el ruido de sus torpes pasos! ¡Si imaginase cuánto miedo me inspira! ¡Se dice que es un demonio, un bello demonio, y que es necesario acatarle!

—¡A mí en cambio, me han dicho que es

un rey todopoderoso que rige en toda el Africa!

—¡Todos le acatan, no se sabe por qué!... ¡Basta una sola palabra suya para que todos se precipiten a sus pies! Hay viejos endebles que actúan como jovencillos... Han sucumbido más de ciento, de fatiga.

Enmudecieron, como por arte de magia, súbitamente sorprendidas por el mutismo de sus compañeras. Y, quietas, con el corazón palpitante, aguardaron temerosas.

Apareció entonces Mafarka. Su estatura imponente parecía enorme, hasta las cornisas de las elevadísimas columnas.

Cuando reparó en las muchachas, exclamó:

—¿Qué esperais aquí? ¡Idos! ¿No os he dicho cien veces que no podéis estar debajo de estas arcadas sagradas?

Habibi no se inmutó y sin temor le replicó con una voz aflautada, medrosa y lamentable:

—Amo, ¡estamos aquí por si deseases nuestras golosinas y nuestros labios!... Te hemos alistado una buena merienda...

Mafarka, con un ademán enérgico, alejó a las otras muchachas:

—¡Marchaos! — exclamó.

Luego, volviéndose hacia Habibi:

—Acércate. Ponte al lado de tu compañera. ¿Cómo te llamas?

—Habibi.

—Y yo, Luba.

—¿Qué me traéis, pequeñuelas?

—¡Oh! ¡Ved, ved, Gran Mafarka, puedes elegir!

—Son hermosos, los plátanos son hermosos.

Se sentó, con las piernas en cruz, entre Habibi y Luba.

—¡Tengo hambre, mucha hambre, y sed también! ¡Mi garganta está reseca por la amarga arena! ¡No obstante mi corazón está satisfecho, porque mi hijo fuerte e inmortal ha nacido ya! Su nombre es Gazurmah... Esta tarde le hemos colocado sus hermosas alas color de sol, y mañana... mañana... ¡Dame tus manjares, Habibi! ¡Oh, si supieras!... ¡Dadme todas esas frutas deliciosas!

Las dos muchachas reían, entregándose a la corriente en la fresca onda de su placer. Le oprimían con sus brazos y le llevaban a los labios las frutas, las flores y los dulces.

—¡Bebe — exclamó Habibi; — bebe, mi amor!

Acercaba a Mafarka un ánfora llena de vino de Siria, que vertía entre sus labios, le-

vantando cada vez más alto el brazo desnudo que el Sol poniente coloreaba.

—¡Oh! ¡qué frescura agradable, qué jardín de rosas has puesto en mi garganta!... Es, ciertamente, dulce, dulce como... ¡No! ¡Más dulces son tus labios, mi pequeña Habibi, y los tuyos, Luba! ¿No sois celosas? ¡Tanto mejor! ¡Así es menester que seáis! ¡Nada de celos! ¿Y ambas me amáis? ¿Sí? Pues bien; es necesario que os dividáis mis caricias. Quizás me canse un poco. Pero, no: ¡Soy joven aún, soy lo suficiente joven para poder satisfaceros a ambas esta tarde! ¡Mañana no existiré!...

Su rostro se ensombreció... El pasado volvía a él, echando por delante todas sus alegrías, claras y precisas. Toda la acre dulzura de la juventud ida le subía a la garganta, como de los patios de los colegios brotan los jubilosos gritos de los muchachos...

Luego los ojos se le colmaron de lágrimas, que se deslizaron por las mejillas cual un licor delicioso.

—¡Magamal! ¡Mi hermano amado!... ¡Tus ojos se cerraron para siempre y murió tu sonrisa! ¡Jamás oiré tu voz, que embalsamaba de lirios el aire!... ¡Habibi! ¡Luba! ¡Pequeñas felices! ¿Por qué os habéis puesto

tristes? ¡Es menester reír siempre a mi lado!... ¡Muéstrame tú tus tetitas, duras y erectas como si fuesen a provocar al mundo entero!... ¡Ríen, ríen tus pechos y queman! ¡Y percibo que me hablan cuando succiono sus puntas rosadas!... Y tú, también, aflójate la túnica, Luba... ¡Muéstrame tu vientre bellísimo! ¡No!... Aguarda... ¡Quiero yo mismo alzarte la falda! ¡Déjame hacer!... Me agrada introducir mis manos entre tus muslos ardientes y suaves!... ¡Oh! ¡el prodigio de tu vientre bajo mi mano abierta! ¡Cuán minúsculo, cuán infantil es! ¡Es medroso y leal como una joven esclava, como un sabroso pan caliente, igual que el Sol bajo la mano de Dios! ¿Y tu pequeña vulva? ¡Oh! ¡Se oculta la pobrecilla cual una bestezuela que desea y no desea!... Al igual que los cangrejos cuando el agua se aleja... y luego de pronto ¡plan! al agua... o ¡puff!, en un hueco.

Reía, reía entre lágrimas, estrechando entre sus brazos a Habibi por los flancos... Cayó sobre ella y la oprimió contra la roca, asestándole frenéticos golpes de su sexo arrollador... Su cabeza, por encima del hombro de la muchacha, se clavaba entre la fruta desbordante de la costa. Y en el ínterin Luba le

lamía la espina dorsal, de arriba abajo, con una gracia experta y minuciosa.

Habibi, extendida debajo de Mafarka, sonreía de tiempo en tiempo, para serle agradable; luego, quedaba seria, con la faz estremecida por las ráfagas del espasmo, teñida de voluptuosidad ardiente y ruda. Su boca jadeó al impulso del violento huracán de jugoso placer, que inyectaba en todos sus miembros un chorro de ardiente bienestar.

Por fin Mafarka púsose en pie con un plátano en la boca, sonriente, con los ojos y los labios humedecidos.

—¡Y ahora a ti, Luba! — exclamó asiendo por los brazos a la compañera de Habibi.

Y cayeron a tierra, el uno sobre la otra. Mafarka se abismó nuevamente en el placer, con contorsiones de frenética lascivia, y de pronto su cabeza, combatida por la violencia del espasmo, doblegóse sobre la espalda de la muchacha.

Mas sometiendo de golpe sus nervios, se levantó exclamando:

—¡Basta! ¡Idos! ¡Fuera de aquí¡ ¡Estoy hastiado!... ¡No, no; pequeña! ¿Lloras? ¿Por qué has quedado tan triste? ¿Me quieres! ¡Oh! ¿para qué amarme así? ¡Es una locura! ¿No sabías acaso que no es posible dar-

me alegría? Y por otra parte, ¿cómo podría servirme de la alegría si siempre está en mi corazón su faz?... ¡La faz de mi hermano idolatrado! ¡No le olvido! ¡Es atroz! ¡Salid! Vuestro deseo pugna, como un rapaz, en sacudir el tallo de mi alma para derribar los frutos... ¡mas no tengo frutos para daros! ¡Marchaos! Pero no... quedaos, mejor, aquí quietas para que os relate una historia...

"Ha tiempo conocí a un constructor de navíos que pasó su vida en construír un barco enorme y espléndido. Y todas las noches concurrían mujeres a abandonarle sus labios, para endulzarle su soledad... Mas él envejecía paulatinamente y su barco no se terminaba. La aflicción de morir, antes de haber logrado su obra, torturaba constantemente al constructor. Una noche de tibio claro de luna, luego de haberse entregado a melancólicos deleites, se despertó desapaciblemente al sentir un tirón en sus blancas barbas, apretadas por nalgas de su postrera amante... Pretendió librarse, mas la mujer parecía petrificada por el sueño. Irritado por la contrariedad de la propia vileza, el fabricante se levantó de un salto, lesionándose las mejillas y dejando la barba, desarraigada, bajo el culo de la mujer. Manó la sangre del mentón; mas al

verse reflejado en el espejo nacarino de un charco bajo la luna, gritó pasmado al verse remozado en más de treinta años, enajenado de primavera y de vigor. Su cuerpo había reverdecido. Una sola mirada fuéle suficiente para terminar el barco...

"Mas, ¿para qué os cuento estas cosas insensatas? ¡Idos!... ¡Ya he saciado el hambre y la sed! ¡Basta! ¡Deseo morir!

Se volvió y se halló solo.

—¿Morir? ¡Mañana! ¡Sí! ¡He de morir mañana!

Persistía en el crepúsculo el interminable martilleo de los obreros, entre las nubes rosadas y transparentes que deshojaban en el mar sus punzantes aromas y su frescura violeta. De improviso, un gran alboroto de voces broncas y abominables se hizo oír amenazador. Era allá abajo, en torno a las enormes alas de Guzurmah. ¿Qué había ocurrido?

Mafarka no lograba distinguir más que un gesticular enérgico y circundante alrededor de la gran caja. Parecíale ver millares de simios que se pugnaban en encaramarse en lo más enmarañado de una floresta de lianas, o muchos cautivos apiñados por desesperación ante las rejas de la prisión. Pensó con intranquilidad en un retornar de la marea, que hubiese hecho irrupción en la escollera y desarraigado los palafitos.

—¡No! ¡No! Era algo muy diferente..., era cosa mucho peor. Acercándose entre ráfagas de gritos dolorosos constató que un combate terrible habíase producido entre los obreros constructores.

Cayó en medio del hormigueo humano y se sintió alzado, zarandeado por mil puños tendidos, bajo el vuelo sibilante de las hachas, que tajaban hombres como espigas. El viento de la cólera derribaba en su contorno hombres vigorosos, que se doblaban en dos bajo los resplandores de las espadas.

La Muerte se movía en medio de aquella quimérica orgía de las mil copas rebosantes de sangre. La Muerte pasaba ágil, con su flexible andar de copero negro, sacudiendo su cabeza de ébano, de la cual surgían blancas carcajadas, y su alba cabellera, empenachada de fuegos fatuos como un camposanto nocturno. Derramaba, al pasar, el negro aceite del odio en todos los ojos para volverlos a inflamar; y en todas las bocas, como en los vasos de un banquete, vertía a torrentes el rudo vino de la venganza.

Mafarka asió su fusta, la hizo vibrar furiosamente por encima de la cabeza y golpeó

con fuerza sobre la alborotada multitud, como en las ancas de un perezoso matalón.

—¡Terminad, canalla! ¡Brutos! ¿Os parece entretenida la función que me ofrecéis de vuestra asquerosa carnicería? ¿Es de ese modo, pues, como me agradecéis el haberos aceptado a la grande, sublime obra? ¿Queréis manchar con vuestra sangre las alas divinas de mi hijo? ¡Puff! ¡No quiero! ¡Callad! ¡Conozco el odio que os separa en dos campos!... Vosotros, herreros de Milmilar, operarios de brazos hercúleos como palancas, de pechos de toro, de piernas vigorosas como columnas, os apenáis porque habéis terminado vuestra labor, y me tenéis rencor porque he acudido también a los tejedores de Lagahurso, a los que desdeñáis con todo el poder de vuestros músculos y con toda la mezquindad de vuestra inteligencia... ¡Lo que habéis hecho vosotros podría haberlo hecho mejor!... ¡Lo reconozco y os lo agradezco! ¡La fama iluminará siempre los fuelles rugientes que son vuestros pechos!

Un ruidoso suspirar de alegría impidió continuar a Mafarka, que iba y venía con la flexibilidad de un tigre entre la gritería de los herreros sublevados.

—¡Loor a Mafarka! ¡Besamos tus rodillas

y componemos con nuestros cuerpos el tapiz de tu sueño y tu tranquilidad! Pero, Mafarka... ¡sálvanos de esos intrusos!

—¡No! ¡No! — exclamó Mafarka. — ¡No son intrusos! ¡Debéis considerarlos como hermanos!

—¡No se nos asemejan en nada, con esos cuerpos de mujerzuelas indignas! ¡Autorízanos para arrojarlos de aquí!

—¡No! ¡No! — insistió Mafarka con más fuerza todavía. — Yo pondero el metódico trabajo de su talento. Saben, mejor que vosotros, entrelazar las fibras de la palmera, coser la tela y asegurarlas sobre las largas costillas dóciles de las inmensas alas... Las tripas de gato que ajustan el vuelo las han dispuesto ellos... ¡Poseen el sutil ingenio de que vosotros carecéis! ¡Marchad! ¡Calmaos! ¡Bebed unidos, en afecto y compañía! Y luego, dormid... ¡Mañana, al amanecer, os invito al formidable espectáculo de la partida!

Todos los herreros se aplacaron como fieras domeñadas; luego encendieron pausadamente sus rojos fuegos entre las sombras acrecentadas de las rocas. Algunos se extendían ya a lo largo de los palafitos de la enorme jaula. Otros se movían todavía, llenos de resentimiento, dirigiendo los puños hacia los

tejedores de Lagahurso, que se habían congregado a la izquierda, elevando preces por sus muertos.

El rumor de sus voces se unía a los lamentos fatigados del mar, que gemía y lloraba en todas las venas y en todos los poros de los peñascos, como en un cuerpo humano.

De tiempo en tiempo, estallaba una tremenda carcajada. Eran los herreros, que se mofaban e insultaban con ocurrencias infantiles a los tejedores, endebles y temblorosos. Y éstos, encogidos unos junto a otros, susurraban bajo la risa violenta de sus adversarios, estremeciéndose al presentir cercano el helado hálito de la Muerte.

IX.— EL NACIMIENTO DE GAZURMAH, EL HEROE VIGILANTE

Pausadamente regresó Mafarka hacia los subterráneos; mas el alma le huía del pecho, cual una arena sutilísima, y la voluntad habíasele volado, a mucha altura, hasta las nubes, como una golondrina.

De pronto, sintió tras de sí pasos cautelosos, de una flexibilidad de leopardo, entre la hierba, que le seguían alzando un olor, verde y agudo, de menta salvaje.

Retrocedió. No; no se trataba del viento ni de un animal noctívago. Una negra sombra se hallaba cerca de él, una forma humana que jadeaba, una mujer, cuya faz brotaba de la noche; una faz perlina, alucinante, iluminada

por la reminiscencia de un claro de luna disfrutado en la infancia distante... Una cabellera negra y vehemente, rebelde sobre la nuca, le serpeaba feliz sobre la espalda arrogante y nerviosa. Abrió sus enormes ojos brillantes, de seda violácea, y repartió en su contorno la cálida sensibilidad de su mirada infantil. Sus labios, entrecerrados, suspiraban melancólicamente:

—¡Mafarka! ¡Mafarka!

Y acaeció algo sobrenatural. Oyéndole, el alma de Mafarka perdió la idea del silencio, transformado de súbito en una cosa increíble. El universo, los siglos, la luz, todo... todo empezaba con esa voz que le acariciaba cariñosamente, como las manos de una amante a la potencia varonil. Sus manitas desnudas insinuaban toda la desnudez cálida de su carne. Mafarka percibía ya encima, dentro de sí mismo, ese cuerpo seductor; y aquellos pies blancos, escondidos a veces bajo la negra túnica, eran tan vaporosos, tan dulces a la mirada, que hubiera deseado tenerlos sobre su rostro, en su propia boca, embriagado con ellos.

Bajo el vaporoso manto de aquella mirada, Mafarka se sintió, por un instante, tomado, cautivado, para siempre... No quería

otra cosa en el mundo; creía tener entre las manos, como objeto precioso, la alegría, la alegría de todas las alegrías... Y su garganta fué aferrada por la tortura de una sed insufrible, ante la dulzura fresca y empalagosa de aquellos labios que se entreabrían sobre un poco de blanco deleite. El jugo de los frutos del paraíso...

Le atacó un enorme deseo de llorar.

—¿De dónde procedes, angustia divina?..., ¡rosa cortada del cielo de la borrasca de mi corazón!

—Procedo de las azules profundidades de tu juventud. ¡Me llamo Colubbi! ¡Tú me has amado mucho en las noches de tus jornadas aciagas.

—No sé qué podré hacer contigo, pues es esta noche la de un hermoso día victorioso.

—¡Vengo a embalsamar tus labios para el beso que te aguarda!

—¿Sabes, pues, mi secreto? ... ¡Y deseas prepararme a la muerte! ¡Oh! ¿Has husmeado ya la divina corrupción de mi cuerpo?

De un salto, Mafarka se le arrojó encima y la oprimió entre sus brazos tan enérgicamente, que las voluminosas trenzas de la mujer se desataron, fluyendo. Ella no se amedrentó, dejó hacer, plegándose a la furia pa-

ra unirse al cuerpo de Mafarka con una presión pausada y voluptuosa de todos los miembros, que parecían licuarse sin dejar de ser sólidos y vigorosos.

El atrayente vientre de esta mujer tenía como un inconcebible anhelo deleitoso hacia el cielo... Y sus pechos, pequeños y juveniles, parecía que estaban prontos a alzar el vuelo...

Mafarka estaba ya enajenado de nostalgia.

—¡Ah! ¡No! ¡Apártate! ¡Vete! — exclamó rechazándola. — ¿Qué tienes? ¿Qué escondes en ti para que yo me sienta sacudir y contorcer de este modo hasta mis raíces?

Toda la desnudez ardorosa y fatal de Colubbi rugía estruendosamente bajo la túnica casta y severa, y su sensualidad era tanto más punzante, cuanto sus ademanes más intentaban hacerla olvidar.

Sus pechos se encolerizaban y rogaban, ofreciéndose y negándose al deseo, alternativamente, sin agitarse, con suaves cambios de expresión, así como su cara, ardiente y nacarada; así como su ojos, por los que circulaban la abatida tibieza de las lluvias primaverales, la espada de una idea despiada-

da, las vaguedades de los precipicios y de los cielos distantes.

Y Mafarka sentía aproximársele una oleada de suaves aromas y de gustos azucarados que portaba la brisa estremecida y gimiente, con gestos a un tiempo blandos y violentos, pero constantes, incesantes, reiterados, dulcísimos, por demás dulces, tan dulces, que exclamó de dolor:

—¡Oh! ¡No! ¡Ven! ¡Aproxímate! ¡Más! ¡Más! ¡Entre mis brazos!... ¡El viento del deseo me agita el alma como la puerta de una casa solitaria! ¡Tengo frío! ¡Ven a mi pecho! ¡Posee tu cuerpo modos tan graciosos de construirse el nido en mi corazón cual en un lecho! ¡No! ¡No! ¡Retira tu boca! ¡Retírala! ¡Sonríe, sonríe únicamente, con lentitud, así como se alza el velo de una lámpara! ¡Dime tu misterio! ¡No deseo tus besos! ¡No! ¡Aun no deseo morir! ¡Será mañana cuando haya de morir!

Ella se ofrecía melancólicamente, con estremecimientos de placer, lo mismo que una barca se entrega por completo al mar que la toma, la halaga, la abraza y la transporta lejos, al azul, a la variable frescura del horizonte.

Mafarka se postró en la arena, en tanto

que sus manos erraban sobre los flancos de la mujer, que le arrastraba débilmente a tierra.

Colubbi se encogía entre los vigorosos brazos del héroe, y su blanca faz se reclinaba sobre el movimiento del brazo con el que ella oprimía dulcemente su cuello. Parecía adormecida en suave embriaguez, pero trataba de atraer con suave esfuerzo fugaz aquella boca sensual y amada hacia las flores de sus senos, cuya fragancia de acacia se mezclaba con el olor a clavo que despedían las axilas.

Sin embargo, Mafarka evitó aquella insidia arrobadora, y, alzándose sobre el codo, púsose a mirar a la mujer cariñosamente en los ojos.

—¡Hermosura refrigerante, fuente vegetal de aturdidas dulzuras! Llevo tu cuerpo bajo mis labios, como una taza... Luego de diez años de andar sobre el desierto, con los pies ardidos por las quemantes arenas, ¡te hallo por fin! Te buscaba por todos lados, corriendo de una en otra palmera, precipitándome furiosamente por doquiera que hubiese sombra, como una bestia acosada, para evitar las mordeduras candentes del Sol y a su respiración polvorienta y ardorosa. Permíteme

lamer tu cuerpo, desde las raíces a los más altos ramos. ¡Permíteme morder tus pechos brillantes de gomas apetitosas y tus brazos, que, como lianas, me oprimen el cuello! El torrente del tiempo se ha detenido ante tus castos pies, ha formado en torno a tu túnica un lago quieto, en el cual puedo mirar retratada mi potencia por toda la eternidad... ¡Oh! ¡Ya no temo la fealdad y la vejez! La decrepitud no puede llegar a quienes tú ames...

Mientras tanto, con un movimiento suavísimo de su brazo blando y terrible, Colubbi impelía hacia su seno la boca de Mafarka... Mas de pronto exclamó:

—¡Oh! ¡No hagas el ademán de mi madre! ¡Tus pechos están malditos y secos! ¡Aléjate!

Y Mafarka se precipitó sobre la mujer, que se libertó de sus brazos con la agilidad del humo.

—¡Ah! ¡Mafarka! ¡Mafarka! ¿Por qué me castigas así con tu voz y con tu áspera mirada? ¡Quiéreme! Me llamo Colubbi y no puedo dar más que besos, como las plantas dan flores y lluvia de nubes... ¡El odio y la benevolencia se funden en tus ojos! ¿Padeces mucho, amor mío?

Repentinamente, presa de una cólera sorda, Mafarka se lanzó sobre ella, apostrofándola:

—¡Retírate! ¡Te conozco, funesta pastora de hienas! ¡Apártate de aquí con tu rebaño lleno de sesos corrompidos! ¡No te dejaré ver a mi hijo! ¡Mi hijo es mío solo! ¡Yo le he formado el cuerpo! ¡Yo le doy vida con sólo el poder de mi voluntad! ¡No te he convocado para ayudarme! ¡No te he extendido supina para inyectarte en los ovarios, con frotamientos de placer, el germen divino! ¡Todavía le tengo aquí en mi corazón y en mi cerebro! ¡Seré yo solo quien vivifique a mi hijo! ¡Aléjate! ¡No quiero que manches con tus ojos su vigorosa juventud! ¡Márchate! ¡Cúbrete la cara y no te desnudes! ¡Oculta tus senos!

La áspera voz del hérce pugnaba con las bruscas oleadas de pavor que agitaban las aguas.

—¡Oh mar pestilente y nauseabundo, pletórico de vida humana, que trasudas y ruges el comercio y la avidez económica de los hombres! ¡Mar estrechado por la vanidad grotesca de los navegantes! ¡Yo te predigo que te ha de secar la ccdicia de sus ojos de traficantes! ¡No te abandonaré mi hijo cual

una bala de algodón o un saco de harina! ¡Te provocará, burlándose de ti, volando raudo, ofreciendo la boca a las estrellas!

Colubbi había desaparecido a la distancia, entre el alboroto de las ondas rugientes.

Mafarka ascendió por una escalera portátil hasta el borde de la vasta matriz de piedra en la que se hallaba la enorme jaula férrea. Llegó hasta la medida de la cabeza de Gazurmah, admirando con una sonrisa de sobrehumana alegría la gigantesca musculatura de su hijo, que parecía estar dormido bajo las pesadas pieles de tigre. Unicamente las dos alas sobresalían, enormemente extendidas sobre un diestro enrejado de acero, de bambú y de nervios de hipopótamo. Su tejido, que arrojaba al sol un brillo anaranjado, parecía seco y terroso en la penumbra.

—¡Hijo mío — exclamó Mafarka — eres poderoso y bello! ¡Alabo mi sagrado Orgullo, porque mis manos no han sido inferiores a su misión! ¡Me espantaba no poder dar a tu faz la armonía ideal!

¡Oh, la alegría de haberte concebido así, hermoso y libre de todos los defectos que proceden de la vulva maldita y predisponen a la ancianidad y a la muerte! ¡Eres eterno, hijo mío, héroe sin sueño! Te he fabricado

encadenando tus vértebras en dócil columna, para que tu potencia corra ligera hasta tu miembro imponente y broncíneo, que sabrá atravesar el pubis ardiente y jugoso de las doncellas.

Cuando Mafarka hubo articulado estas palabras, el miembro metálico y oscuro de Gazumah púsose tieso como una espada. Una oleada de vida pareció circular de pies a cabeza en el coloso recién nacido, estremeciendo sus músculos, rebosantes de la ruda piel. Sus ojos arrojaron una salvaje mirada hacia un punto invisible, más abajo, tras las peñas.

Mafarka, mordido por raros celos, se volvió. En la sombra, entre dos riscos, reconoció los grandes ojos umbríos de Colubbi, que lucían como gemas. ¡Ella espiaba cautelosamente el nacimiento de Gazurmah!

Entonces el héroe sintió arder en sus entrañas una cólera insufrible, cogió una piedra y la arrojó a la mujer. Esta la evitó ágilmente, y abandonándose a las olas, fuése nadando de flanco, entonando una irónica canción:

—¡Oh!, te perdono, Mafarka, que así desees apedrear a la madre de tu hijo... ¡Es mi hijo, bien lo sabes, pues su inicial mirada

fué para mí! ¡Me he sentido licuar de placer bajo la tosca caricia de sus ojos! ¡Y es también mi amante y me he entregado a todos sus deseos en esa primera mirada!... ¿Lo ves? ¡Ahora disfruto terriblemente bajo su potencia de macho que sueña con matarme derramando sus venas en las mías!

Y Mafarka vió con espanto a Colubbi supina y con la cabeza inclinada, con las facciones contraídas por el espasmo, bajo el brillo de un incendio de pasiones. Las aletas de su nariz se agitaban y jadeaba su pecho. Oprimía las piernas, una contra otra, en un esfuerzo de contacto deleitoso, y sus brazos nadaban, repeliendo las olas demasiado agobiadoras del placer...

—¡Sabes que mis ojos se entregan al ideal! Sabes que mis halagos hacen florecer el deleite en el ramillete de los nervios, como la fragancia hace florecer la reminiscencia, como la oscuridad nutre el sabor amargo de la venganza... ¡Si me matas, reviviré, reviviré sin cesar en el corazón de tu hijo, como un deleznable tósigo de aprensión y de amor!

Estas palabras abofetearon furiosamente a Mafarka. Todo giró en su contorno y, cerrando los ojos, sintió que faltaba la tierra bajo sus pies.

Cuando hubo recuperado las riendas de su propio ánimo, de su propia conciencia, sus ojos lloraban copiosamente, y sus entrañas temblaban de angustia y de ternura deliciosas, porque la alegría y el dolor quemaban y helaban por turno sus venas. Quieto, caídos los brazos a lo largo del cuerpo, admiraba a su hijo, inclinado hacia adelante con la mirada clavada allá abajo, en los escollos, tras los cuales las formas de Colubbi se habían ocultado.

Mafarka estaba mudo. Sintió que alguien le clavaba en la nuca agudos dientes de fuego.

Se volvió. Muy lejos, allá abajo, en el fin del horizonte, el Sol, víbora de fuego, hirió el blanco espacio con su lengua de oro emponzoñada...

En ese momento, en el hemiciclo de las enormes escolleras, que trepidaban ante la irrupción de la caricia solar, el frenesí de los frenesíes aferró la garganta a Mafarka, que exclamó por tres veces:

—¡Gazurmah! ¡Gazurmah! ¡Gazurmah! ¡Aquí tienes mi alma!... ¡Extiéndeme tus labios y abre la boca a mi beso!

Saltó al cuello de su hijo y aproximó la propia boca a la boca modelada.

El cuerpo gigantesco de Gazurmah se agitó violentamente, y sus alas vigorosas se distendieron, destrozando las paredes de la jaula... Como un corcel de guerra sacude las flechas que se le arrojan a la grupa, como un mendicante que simula ser rengo despide lejos las muletas cuando ha salido de la ciudad... así el más hermoso de los pájaros terrestres se libertó de las ataduras que lo aprisionaban. Sin embargo, no pudo precipitarse al espacio, porque su padre se había suspendido de su cuello, cual pesado collar de cariño.

Finalmente, Mafarka apartó la boca de la de su hijo; y reía de placer al ver los labios de madera ablandarse y temblar, tiñéndose de sangre escarlata. Sentía inflarse bajo el propio pecho, el de su hijo, poderosamente, como la ola bajo el vientre del nadador.

—¡Oh! ¡Hijo mío! ¡Dame otro beso, para que yo me funda en ti! ¡No me rechaces! ¿Estás hastiado de mí como de un vestido acicalado en exceso, del que nos libramos para precipitarnos al mar?

¡Recuerda mis consejos! Mas, apúrate a olvidar las líneas de mi faz!... ¡Vendrá un día, tal vez no lejano, en el que pugnarás en vano para recordar las formas de mi cuer-

po, y mi ademán predilecto y el color de mis ojos! ¡Y ha de dolerte no haberme amado lo bastante y no haber acariciado por más tiempo mis mejillas!... ¡No llores entonces! O, cuando menos, enjuga rápidamente las lágrimas que manarán de tus párpados... ¡Porque debes mantener tu alegría interminable!... ¡Mas tu belleza me agravia, me lastima, me ciega!... ¡Me matas, hijo mío! ¡Me matas! ¡Muero de envidia por ti!

Gazurmah no podía sujetar el indócil corazón, que golpeaba inquieto su vasto pecho. Bruscamente se balanceó con fuerza, y finalmente lanzó lejos a su padre, como un toro embravecido se libra del yugo.

Mafarka cayó inerte sobre los peñascos, estrellándose, como una tela mojada.

Y entonces las inmensas alas anaranjadas tronaron, como el tam-tam del templo, en el gran semicírculo de la escollera. Gazurmah se precipitó hacia adelante, entre las mandíbulas destrozadas de la jaula.

Impetuosos sus pies, golpeaban sobre los bordes cubiertos de algas de la inmensa matriz de piedra; luego, su pecho desgarró repentinamente la seda ondulante del mar. Una gran carcajada de espumas le regó el rostro, y de un salto voló en el vacío.

Un ser vivo y desnudo se adelantaba hacia él, nadando trabajosamente.

Parecía decaído, moribundo.

Y mientras aquel ser mezquino se encaramaba por un escollo, a ras del agua, Gazurmah se agitó de despiadada alegría, reconociendo a Colubbi. Extendida, con los brazos abiertos, llamaba a gritos a su inexorable amante.

—¡De ti aguardo la muerte! ¡Hijo mío! ¡Mi amado!... ¡Mátame, ya que he presenciado tu natividad divina!

Prodújose un formidable estruendo. Lamentos de olas heridas y sollozantes... Un potente chorro de sangre se estrelló como un penacho escarlata contra el pecho de Gazurmah, que, con un poderoso impulso de sus alas, voló hacia el cielo... Y lo hizo con tanta rapidez, que apenas oyó, lejanamente, la débil voz de Colubbi, susurrar así:

—¡Has destrozado mi corazón bajo tus costillas de bronce! ¡Mas, matándome, has matado a la Tierra... la Tierra! ¡Dentro de poco escucharás su primer estertor agónico!

El mar, a la distancia, jadeaba de reprimida rabia, bajo las piedras de lava que el Sol fugitivo le arrojaba en los intervalos penosos de su carrera.

Repentinamente, al variar la marcha de su vuelo, una armonía suave y rara acarició los oídos de Gazurmah.

Comprendió que brotaba de sus alas, más vivas y vibrantes que dos arpas, y henchido de entusiasmo, se entretenía mezclando aquellas melodiosas cadencias, debilitando las vibraciones e impulsando cada vez más alto las vueltas de la apasionada armonía...

De este modo, la gran esperanza del universo, el gran ensueño de la música total, se ejecutaba, por fin, en las alas de Gazurmah... ¡El vuelo de todas las canciones de la Tierra se exaltaba en su vasto remar inspirado! ¡Divino anhelo de la poesía! ¡Ansia de fluidez! ¡Generosas advertencias de los humos y de las llamas!

Y Gazurmah se elevaba. La armonía entusiasta y leve de sus alas anaranjadas había domeñado a un ejército de cóndores que le escoltaba por el cielo, extensa banda constantemente atada y desatada...

FIN

INDICE

Pág.

F. T. Marinetti, fundador del futurismo y académico de Italia 5
¡Grandes poetas incendiarios! 11
I. El estupro de las negras 15
II. La estratagema de Mafarka-l-Bar 55
III. Los perros al sol 93
IV. El premio de la victoria 111
V. El vientre de la ballena 124
VI. Uarabelli-Charchar y Magamal 139
VII. El discurso futurista 150
VIII. Los artífices de Milmilah 160
IX. El nacimiento de Gazurmah, el héroe vigilante 175